

# EL FENÓMENO DEL TURISMO. SU EVOLUCIÓN

## INTRODUCCIÓN

A pesar de su importancia en el marco de la economía canaria contemporánea, quizá ningún fenómeno histórico haya sido tan ignorado por los historiadores y la historia económica y social de las islas. Al menos no ha sido abordado con el rigor que requiere. Es curioso cómo el acercamiento a la historia del turismo en Canarias lo hayan realizado investigadores de áreas científicas alejadas de su cometido o aficionados que bien en las revistas a todo color o en la difusión de fotografías antiguas en cuyas publicaciones sólo han despertado interés, principalmente por la documentación gráfica. Son numerosos los libros de fotografías sobre los primeros hoteles y turistas, que aunque han contribuido a acercarnos a esos primeros años de su inicio, carecen de análisis histórico alguno o de conceptualización científica. Existen, no obstante, ciertos trabajos importantes. Sebastián Hernández Gutiérrez lo ha afrontado en sus obras *De la Quinta Roja al hotel Taoro* y *Cuando los hoteles eran palacios*. Agustín Guimerá Ravina también lo ha abordado en dos monografías, *El Hotel Taoro* y *El Hotel marquesa* y en *Mar y ocio en la España contemporánea*, junto a Alberto Darías Príncipe. Ulises Martín Hernández en *Tenerife y el expansionismo ultramarino europeo (1880-1919)*. Recientemente María Isabel González Cruz en su tesis doctoral *La convivencia anglocanaria* lo ha estudiado con referencia a la isla de Gran Canaria. Por mi parte lo he abordado en *Las islas de la ilusión (británicos en Tenerife, 1850-1900)*, en mi tesis doctoral *Génesis del turismo y presencia británica en Canarias. Tenerife (1850-1900)*, *El Puerto de la Cruz y el nacimiento del turismo en Canarias*, *Del Hotel Martiánez al Hotel Taoro, historia de la primera empresa turística en Canarias* y *El turismo en la historia de Canarias*, en colaboración con Pedro Mirando Bejarano. Sin embargo, tal vez nadie haya hecho una síntesis explicativa de conjunto como el alemán Uwe Riedel, de cuyo trabajo de investigación sólo conocemos el resumen publicado en el Anuario de Estudios Atlántico, *Las líneas de desarrollo del turismo en las islas Canarias*. A pesar de tales lagunas historiográficas sobre el turismo, todos, junto con investigadores de otras disciplinas, destacan el papel tan significativo que desempeña en la economía canaria actual, fundamentalmente entre aquellos que se han acercado al estudio del mundo británico en las islas o se ocupan de las relaciones entre Canarias e Inglaterra. En efecto, en la medida en que su génesis tuvo mucho que ver con los británicos establecidos en las islas, han sido los estudiosos de las relaciones anglocanarias los que se han ocupado de él, aunque tales ocupaciones se centran mucho más en el marco de las relaciones comerciales exteriores y otros aspectos de la economía canaria, siendo el turismo tratado, como algo marginal en el marco histórico. Desde unas décadas para acá, estamos asistiendo a un tímido y creciente interés por el estudio del turismo, pero solamente centrado en el de masas que comenzó desde finales de los años sesenta y principios de los setenta de esta centuria. Sin embargo, también hay que decirlo, está siendo estudiado más bien por sociólogos y geógrafos que por los historiadores.<sup>1</sup> Por lo

---

<sup>1</sup> Sobre el impacto mediambiental negativo y el retroceso de suelo agrícola como consecuencia del desarrollo del turismo en el Valle de La Orotava se encuentran los trabajos de Antonio Álvarez Alonso, *Turismo y Agricultura en Canarias. El Puerto de la Cruz* (1981), Juan Fco. Martín Ruiz, *Las repercusiones demográficas del desarrollo agrario y turístico del Valle de La Orotava (1940-1981)* y Machado Carrillo, Antonio, *Ecología, medio ambiente y desarrollo turístico en Canarias*. 1990. Sobre la irrupción del turismo en el Sur de la isla destacan las publicaciones de M<sup>a</sup> del Carmen Santana Santana, *La producción del*

tanto, los escasos esfuerzos por explicar su nacimiento han sido obra exclusiva de los que han estudiado unas relaciones en función de las cambiantes circunstancias comerciales internacionales, insisto, marginalmente, y sin tener en cuenta la dinámica interna insular. Se hace necesario, pues, en primer lugar, hablar, como en toda acción humana, de sus agentes. ¿Quiénes hacían turismo?. ¿Quiénes eran los hoteleros?. ¿Qué sectores financiaron su puesta en marcha?. ¿Por qué se inició en el Puerto de la Cruz?, etc. Responder a estas preguntas supone hablar de los intereses, costumbres y mentalidades de los que hacían turismo, los británicos, y de los anfitriones, los canarios. La perspectiva epistemológica de la que partimos para el estudio del turismo es intentar comprender el contexto económico y sociocultural en el que se fraguó. Un estudio crítico que contextualice las características del tipo de turismo que nos visitaba. La principal ambición de la historia del turismo que comienza con este volumen es un intento por aportar una explicación general y unificada sobre su nacimiento.

Si bien el turismo en Canarias comenzó en la década de los ochenta del siglo XIX, el fenómeno del turismo como tal, en términos generales, no tiene su origen en épocas tan recientes. Data desde el mismo momento de la expansión de la navegación atlántica en la Edad Media. En efecto, las Islas Canarias ejercieron un singular atractivo sobre el mundo del viaje que se despertó en la Edad Media y se afianzó en la Ilustración. Esto fue debido, además de la apertura de las rutas oceánicas para la exploración de los nuevos continentes y el tráfico comercial, a múltiples y complejas razones, donde intervino el concurso de ciertos acontecimientos económicos, sociales, culturales y políticos. Todos ellos han sido responsables de la arriada de numerosas visitas, aunque en ocasiones no tan deseadas, pero que sin lugar a dudas favorecieron la proyección de las islas en Europa. Pero esas mismas singulares circunstancias son las que propiciarán una corriente viajera de gran magnitud. A la vez, la publicación de los relatos de los viajeros se convierte en un factor determinante en el conocimiento de Canarias en el exterior, porque es en estas narraciones donde el archipiélago alcanza un protagonismo central.

¿Eran nuestros primeros visitantes “turistas”? o ¿puede el viaje considerarse turístico? Hoy en día, viajero y turista es prácticamente lo mismo. Bormann, Morgenroth, Fussell, Fuster y otros inducen el concepto de viaje a la hora de definir el turismo. Para ellos, los dos términos son sinónimos. Consecuentemente, todo turista es un viajero en la medida en que el turismo engloba a todos los viajes. Sin embargo, hasta finales del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX eran bien diferentes. En los siglos XVII y buena parte del XVIII los términos *turistas* y *turismo* no se usaban. Los que hacían desplazamientos de un lugar a otro, se les llamaban *viajeros*. Dentro de esta categoría estaban los «viajes de caballeros» realizados por los británicos en el siglo XVII y XVIII, conocido como el *Grand Tour*, el cual veremos más adelante. Por tal razón, se dice que el turismo es un invento de los británicos. De hecho, etimológicamente las raíces *tour* y *turn* de las palabras *turista* y *turismo*, aunque la primera es un galicismo, proceden del inglés en el siglo XVIII. Las invenciones de las dos palabras (turistas y turismo) son de orígenes ingleses y que se usaban para designar una actividad iniciada primeramente en Inglaterra.<sup>2</sup> Para el *New Shorter Oxford English Dictionary*, la raíz *tour* significaba a mediados del siglo diecisiete «una vuelta, una gira, una excursión, un paseo, una salida, etc.». Sin embargo, desde finales del siglo XVII hasta mediados del XVIII significaba «un viaje o periodo de viaje de un lugar a otro, especialmente unas vacaciones que comprende visitas a un número de lugares en una ruta». También significaba «una serie de actuaciones,

---

*espacio turístico en Canarias* (1993) y de Fernando Sabaté Bel, *Burgados, tomates, turistas y espacios protegidos* (1993).

<sup>2</sup> Fernández Fuster, Luis. *Introducción a la teoría y técnica del turismo*. Alianza. Madrid, 1985. Pág., 21.

encuentros, etc., en diferentes lugares a través de una ruta». Hoy en día *tour* se usa en dos ascensiones bien diferentes de lo que significó en tiempos pasados. Por un lado, describe el viaje de un día o bien hace alusión a cualquier trayecto turístico que incluya cierto tiempo de viaje. La industria del turismo la emplea en expresiones como *package tour* (paquete turístico), *inclusive tour* (viaje con todo incluido) o *touropoperator* (empresa turística que organiza transporte, alojamiento y otros servicios en los paquetes turísticos).

Con la aparición del turismo de masas en Inglaterra y en el continente en el siglo XIX la distinción entre turista y viajero se puso más de manifiesto. Evelyn Waugh escribe en 1930 que cada inglés en el extranjero le gusta considerarse a sí mismo más como un viajero que como un turista. Aunque es difícil determinar la línea divisoria, había, como la hay hoy en día, una clara diferencia. Los viajeros son unos visitantes cuya estancia en un lugar estaba motivada por la movilidad. No permanecían en un lugar para «descansar», como determinaba el viaje de un turista, sino que entre sus intenciones estaba el trasladarse de un lugar a otro con el ánimo de conocer, en busca de la observación, tanto de lo pintoresco del lugar como su civilización, aunque en muchas ocasiones con incomodidades. El turista en ocasiones también lo hacía, pero la diferencia de uno y otro es que el viajero se dota de un cuaderno de notas y una pluma para registrar sus emociones, sus impresiones, mientras que el turista utiliza una guía que le va indicando el itinerario que tiene que visitar. A través de sus diarios, cuadernos de notas, etc., los viajeros reflejarían sus experiencias. Sus escritos son de gran valor para la historia social del país que visitaban. Es la literatura de viajes que con todo derecho forma una parte importante de la narrativa, que en la inglesa adquiere carácter de género. Sus autores son los que han marcado la tradición viajera del pueblo británico.

Por contrario, el turista se desplazaba por el ocio y descanso -como señala Paul Fussell-. Buscaba para conseguirlo el *comfort* y la familiaridad, a la vez que lo hacía a los lugares de moda para protegerse de los *shocks* que les pudieran provocar lo novedoso y extraño.<sup>3</sup> En efecto, los turistas se movían, como hoy en día, en busca del descanso y hacia los lugares de recreo siguiendo la moda. Viaja por placer, a diferencia del viajero que viaja por aventura. Son los roles que diferencian a uno del otro. Hacer turismo era la dinámica que la aristocracia y la nueva burguesía europea imprimía a sus gustos y necesidades, el deseo de alcanzar disfrutes, de ocio. Las clases acomodadas aspiraban a que el ocio formase parte de su vida cotidiana.

En efecto, estrechamente relacionado con el fenómeno del turismo está el fenómeno del ocio y del tiempo libre el ocio, hasta tal punto que el turismo es producto de sus existencias en la sociedad humana. El tiempo libre y el ocio con frecuencia se han considerado una misma cosa, sin embargo son bien diferentes. En la cultura occidental el hombre distribuye su tiempo en función de las horas de trabajo, horas de sueño y horas de tiempo libre.

Normalmente se relaciona el tiempo libre en oposición al tiempo que se trabaja. Es pues tiempo libre es el que queda después de trabajar y de satisfacer nuestra necesidad de dormir. Ocio, por su parte, es un concepto más complejo y tiene que ver con la forma en que se emplea el tiempo libre. El ocio pues está muy determinado por la cultura, los valores humanos y las creencias del grupo al que se pertenecen. Tanto el tiempo libre como el ocio son resultados del comportamiento humano que varía a lo largo de la historia. Cada modo de producción genera su propia forma humana de tiempo libre y ocio. Centrémonos en el estudio de este último por su complejidad.

En la antigüedad grecorromana el ocio basaba su existencia en la esclavitud, aunque había diferencias entre Grecia y Roma. Para el griego ocio implicaba el ejercicio

---

<sup>3</sup> Fussell, Paul. *The Norton book of travel*. Norton. New York, 1987. Pág., 651.

de la sabiduría, la contemplación y el pensamiento. La dedicación al pensamiento y a la reflexión utilitaria constituía la forma más elevada de vida para el griego. Solamente tenían derecho a estas actividades intelectuales los acaudalados, los hombres libres, mientras que los esclavos, los que trabajaban, carecían de tiempo libre para ejercitar ese ocio.

Los cambios económicos y políticos de la sociedad romana conllevaron a la configuración de un concepto diferente del ocio, aunque algunos filósofos practicaron la forma de ocio griego. Para los romanos el ocio era el tiempo en el que no se trabajaba, y en sí era el tiempo de descanso del cuerpo y recreación del espíritu necesarios para la vuelta al trabajo o a la guerra. Bajo el Imperio, cubrir el ocio con entretenimientos y espectáculos con el fin de combatir el aburrimiento y posiblemente para evitar desordenes sociales era uno de los objetivos del Gobierno de Roma. Pero en la sociedad romana, los patricios que vivían en Roma residían entre una gran masa de población, envueltos entre un gran tráfico en las calles y otras incomodidades, hechos que favorecieron la construcción de segundas residencias en lugares más tranquilos, salubres y alejados, a los cuales se trasladaban para descansar.

Los romanos también inventaron el concepto de *salud per aquam* –spa- y lo convirtieron en uno de los elementos básicos de la vida cotidiana y que se puso de manifiesto en el esplendor de un gran número de termas a lo largo de todo el Imperio.

Estas dos visiones del ocio, la griega que pone énfasis en la mente y en la sabiduría, y la romana, que pone el acento en el descanso y entretenimiento con un trasfondo de control social, caracterizan las dos concepciones dominantes de ocio a lo largo de la historia.<sup>4</sup>

En el modo de producción feudal predomina otro tipo de ocio practicado por los señores feudales que consistía en las fiestas y diversión que a la vez servía como una forma de exhibición social, de ostentación económica. En posición a este ocio ostensible de los señores feudales se encontraba el ocio popular, que en el mundo del viaje se traducían en el viaje de peregrinación a lugares santos.

Pero en la Edad Media cabe destacar también que en el sustento ideológico del feudalismo, la Iglesia católica veía en el trabajo la redimición del pecado original. El único ocio creado por Dios era el día de reposo para seguir trabajando. Nos encontramos ante uno de los pilares de la ética del trabajo en la sociedad capitalista. En efecto, si bien la Reforma jugó un papel importante en el nacimiento del turismo moderno, como tendremos ocasión de ver, y los teólogos protestantes rechazaran muchas tradiciones católicas, mantuvieron y reforzaron esta noción heredada de la Edad Media: el único valor del ocio era para el descanso y el culto a un Dios que esperaba del hombre que trabajara duro para su recompensa después. El privilegio de disfrutar del ocio sólo pertenecía al grupo de nobles dada su posición natural en la Tierra.

Por lo tanto, la concepción del ocio en la antigüedad y el ocio caballeresco de la Edad Media sustentan las bases de la vida ociosa de la aristocracia, responsable del *Grand Tour* en los siglos XVII y XVIII y que pronto practicó la burguesía comercial inglesa.

Pero esta visión aristocrática del trabajo como algo degradante, propia únicamente de la esclavitud y el campesinado, comenzó a tambalearse pocos años después de la Revolución Francesa, cuando el proceso de industrialización emprendido por la burguesía industrial comienza su andadura, originando un cambio ideológico de consecuencias sociales radicales. El trabajo y la productividad son los únicos que proporcionan la riqueza y los bienes de la humanidad. Tal mentalidad impregnó en toda la sociedad, incluso la concepción cristiana demostró ser un instrumento social útil para

---

<sup>4</sup> Jafari, Jafar (ed.) Enciclopedia del turismo. Síntesis. Madrid, 2002. Pág., 462.

contribuir al desarrollo del modo de producción capitalista y particularmente para la Revolución Industrial. Precisamente la miseria, la pobreza y la enfermedad originadas en el marco del desarrollo del capitalismo provocaron la aparición de algunas voces en el siglo XIX (Robert Owen, John Stuart Mill, Paul Lafargue, Thorstein Veblen) que reclamaban el derecho al tiempo libre y al ocio de las clases trabajadoras. Por su parte, las organizaciones políticas y sindicales obreras socialistas se encargaron de luchar por la conquista del derecho a las vacaciones. Constituyen los antecedentes del tiempo libre conquistado por los trabajadores y consagrados tras los cambios producidos tras la Segunda Guerra Mundial, y que a la vez facilitó el derecho a hacer turismo a los que se les tenía negado históricamente. Son los años del nacimiento del turismo de masas, estudiado en su momento de esta historia.

Pero la sociedad hoy está tan estrechamente jerarquizada como en las épocas anteriores, lo que nos pone de manifiesto que el ocio lo disfruta la élite acaudalada, de una manera diferente a los que se encuentran en la base, los trabajadores, que necesitan urgentemente su trabajo para satisfacer sus necesidades vitales. En la práctica esto se traduce en la existencia de dos modelos de turismo: el de alto standing y el de masas.

### *El nacimiento del turismo contemporáneo*

Con la aplicación del vapor al transporte terrestre, el capitalismo industrial hizo que las cosas cambiaran en las comunicaciones. Las diligencias y otras formas de comunicación de carros de caballos fueron sustituidas poco a poco por el ferrocarril. Desde 1825, con las estaciones de Stockton y Darlington en Inglaterra comienzan a operar los ferrocarriles a larga distancia, lo que suponía que los pasajeros que utilizaban el nuevo medio de transporte podían trasladarse de forma más rápida, segura y cómoda que en los diferentes tipos de carruajes y a un precio más módico. No tardó en aprovecharlo Thomas Cook en 1841 para realizar una serie de giras hacia los balnearios, los centros de recreos, exposiciones, etc. En ese mismo año se estableció la *Railway Clearing House*, agencia de viajes especializada en organizar complejos viajes.<sup>5</sup> A partir de la década de los cincuenta el campo de acción no sólo se dio en Gran Bretaña sino que pronto su radio se extendió a París, Bruselas, Baden-Baden, etc. Comenzó de esa manera el turismo organizado o de masas.

### *Turismo terapéutico. Invalids y health resorts*

En estas primeras páginas hemos hecho mención a términos recogidos de la lengua inglesa que tienen difícil traducción al español. Nos referimos a los morfemas *invalids* y *health resorts*. Veamos por separados que significaron cada uno en la historia del turismo.

La palabra inglesa *invalid* es de suma importancia para poder comprender la historia del turismo y más concretamente la del turismo en Canarias. El léxico inglés *invalid* no puede traducirse por «inválido», tal como lo podríamos hacer hoy. Error que ha inducido a algunos a traducirlo como el equivalente a personas disminuidas físicas. No hay clima en el mundo que devuelva la pierna al cojo, el brazo al manco o haga desaparecer la pata del jorobado. El término *invalid* se deriva de las palabras inglesas

---

<sup>5</sup> Brendon, Piers. *Thomas Cook. 150 years of popular tourism*. Secker and Warburg. London, 1991. Pág. 17.

*infirm* (persona enfermiza, endeble, débil de salud física) y de *disabled* (personas imposibilitadas por alguna enfermedad, lesión o herida etc., cuyos síntomas los incapacitaban para llevar una vida normal). No hace referencia a inválidos físicos ni a otras enfermedades de determinadas sintomatologías similares. *Invalids* hace referencia a personas que padecían de la gota, reumatismo, escrófula, ciertos enfermos zimóticos, asmáticos, aploplexia, hepáticos, asma y sobre todo a enfermos pulmonares y bronquiales, fundamentalmente la tuberculosis pulmonar y otras afecciones respiratorias. También se llamaba *consumption*, en la medida en que incapacitaba, a la vez que acababa y consumía, la vida de quienes padecían una enfermedad como la tisis. Como correctamente afirma Raymond Carr, la tuberculosis era la verdadera enfermedad mortal del siglo XIX.<sup>6</sup> Utilizaremos a lo largo del texto la expresión turismo terapéutico, o sanitario, para referirnos a los que visitaban las islas por problemas de salud, aunque no dejaremos de utilizar el término inglés. De hecho, el viaje por razones de salud, el turismo sanitario constituido por los *invalids*, está considerado como uno de los primeros motores que pusieron en funcionamiento el fenómeno social del turismo<sup>7</sup> y nunca mejor aplicado que en Canarias, pues el nacimiento del turismo en las islas tiene un origen sanitario. La pureza del aire y su salubridad propia de los climas marítimos como el reinante en Canarias favorecía el tratamiento de la tuberculosis.

El clima tiene el poder de aliviar ciertos males o curar algunas enfermedades. La utilización del clima con fines terapéuticos se llama climatoterapia. Se desarrollaba bajo prescripción médica. Es decir, los doctores elegían lugares con ciertas condiciones ambientales y climáticas (poder refrigerante del aire, confort térmico, humedad relativa, determinada insolación, temperatura del agua del mar, etc.) con el fin de enviar a sus pacientes, “turistas”, para la cura de alguna dolencia. Esencialmente los médicos trataban de sacarlos del medio poco favorable y hostil donde vivían y que causaba la enfermedad e impedía su cura, para situarlos por una larga temporada en lugares con climas más óptimos. En otras palabras, se trataba de la utilización del clima con fines de salud. Desde la antigüedad Clásica las clases altas utilizaban sus desplazamientos por problemas de salud. En un principio fueron los balnearios. La utilización de las aguas mineromedicinales de las estaciones termales para la convalecencia de determinadas enfermedades, donde se incluía el estrés, fue hasta principios del siglo XIX el procedimiento más extendido. Los más acaudalados viajaban al continente europeo a partir de la segunda mitad de XVIII para la convalecencia, lo que se le llamó *Grand Tour*. Al igual que las expresiones *invalids* y *health resorts*, utilizaremos a lo largo del texto la expresión *Grand Tour* para referirnos al viaje de los ingleses al continente europeo en los siglos XVII y XVIII. El tratamiento que se practicaba hasta el siglo XVIII a los que no podían viajar consistía en aislar al paciente en una habitación totalmente cerrada para evitar el acceso del aire frío del exterior y de esta manera se le forzaba a respirar una y otra vez el viciado aire caliente y contaminado con el efluvio de su propia persona.<sup>8</sup>

Desde comienzos del siglo XIX, el cambio de aire, es decir, la inhalación de una atmósfera pura se impone como terapia para combatir la tuberculosis y otras enfermedades afines. Con la paz en los mares tras el fin de las guerras napoleónicas y el desarrollo del vapor nada se oponía a la navegación transoceánica. De esa manera, parte de ese turismo terapéutico invernal europeo pudo trasladarse a las Canarias,

---

<sup>6</sup> Carr, Raymond, “Prólogo” en González Lemus, Nicolas. *Viajeros victorianos en Canarias*. Las Palmas, 1998.

<sup>7</sup> Orte Bermúdez, José M<sup>a</sup>. *Conocimiento sobre el mundo del turismo*. Milenio. Lleida, 1997. Pág., 110.

<sup>8</sup> Boddington, George. «An Essay on the Treatment and cure of Pulmonary Consumption», London 1840, en *Source book of Medical History* por Logan Clendening. London. 1942. Pág. 433.

fundamentalmente hacia el Puerto de la Cruz en Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria. Constituyó una parte importante de los visitantes a esas islas hasta bien entrado el siglo XX. Se trataba de un turismo que evitaba las estaciones invernales de su país para la convalecencia, justo cuando se intensificaba el *smog* o *smoggy air*, esa niebla espesa y soporífera que cubría las ciudades industriales, mezcla del humo (*smoke*) contaminante que emanaba de las industrias y de la calefacción de carbón de las casas, y la neblina (*fog*) procedente de la evaporación del Támesis (caso de Londres). Se trataba de una huida de Gran Bretaña desde octubre hasta abril, justo cuando las temperaturas alcanzan sus niveles más bajos y la atmósfera se hacía irrespirable. Era un turismo fundamentalmente terapéutico. Por tal razón, a Canarias se llamó *health resort* (literalmente “centro de salud”, aunque la mejor traducción que se podría hacer es centro médico-turístico). Otro término inglés de suma importancia para entender los comienzos del turismo contemporáneo canario. Por tal razón, el concepto de *health resort* debe de ser aclarado antes de continuar.

Se llamaban *health resorts* a los lugares a donde se dirigían los “turistas” enfermos (*invalids*) para la convalecencia de alguna enfermedad. Los historiadores franceses han preferido llamarlo *healthy places*.<sup>9</sup> También se llamaban *spas*. La palabra inglesa *spa* viene del pueblo belga Spa, cuyas aguas mineromedicinales fueron utilizadas por los romanos. En la Edad Media el pueblo fue tan masivamente visitado que se impuso un «impuesto de cura».<sup>10</sup> Sin embargo, el flujo real de visitantes se produjo en el siglo XVI, convirtiéndose de esa manera en el *health resort* favorito desde entonces y alcanzó su esplendor en el siglo XVIII, momento cuando comenzó a ser visitado por la realeza europea. El uso frecuente de la ciudad belga por los ingleses dio origen a la palabra inglesa *spa*, cuyo significado en el siglo XVII era manantial de aguas medicinales.<sup>11</sup> En el inglés actual significa balneario. Cuando los *health resorts* son visitados no solamente por turistas *invalids*, sino también por turistas de ocio, cosa que sucede casi simultáneamente en la mayoría de ellos, entonces es cuando se transforman en centros turísticos. Este fenómeno sucede en Europa a lo largo de los siglos XVIII o XIX, sobre todo en este último, pues desde sus primeras décadas las necesidades del ocio serán un elemento constitutivo de la civilización burguesa en expansión. A los centros turísticos también se les llamaban *holiday resorts*. A partir de esos momentos el imperativo terapéutico comienza a ser sustituido por el principio de placer.<sup>12</sup> Se comienza a ofrecer una serie de atractivos y servicios para atraer y satisfacer a los visitantes. Así pues, los *health resorts*, los centros médico-turísticos, podrían ser los equivalentes de los centros turísticos de hoy en día. Reúnen todas las condiciones para que los convalecientes y los turistas de ocio se sientan cómodos y bien. Es decir, están dotados de una infraestructura de apoyo a las instalaciones de alojamiento y servicios auxiliares que dan bienestar a los visitantes. Por ejemplo, los hoteles estaban dotados de médicos, algunos de enfermeras, para el cuidado de los huéspedes enfermos, etc. Normalmente tenían sus centros de consulta. Canarias se convirtió en el *health resort*, es decir, en el centro médico-turístico más al sur en el Atlántico desde los años ochenta del siglo pasado hasta las primeras décadas del presente. Sin embargo, pronto se convertirá en un centro turístico, es decir, en un *holiday resort*, lo que no significa que deje de ser un *health resort*, pues el flujo de visitantes estaba formado fundamentalmente por turistas enfermos y en menor medida de ocio. Utilizaremos a lo largo del libro *health*

---

<sup>9</sup> Boyer, Marc. *L'invention du tourisme*. Gallimard. París, 1996. Pág., 34.

<sup>10</sup> Lytle Croutier, Alex. *Taking the waters*. Abbeville P. New York, 1994. Pág., 137.

<sup>11</sup> Hoad, T.F. *English Etymology*. Oxford University Press. Oxford, 1993. Pág., 451.

<sup>12</sup> Porter Roy. “The medical history of waters and spas”. *M.H.* n.º, 10. 1990. London. Pág., m X.

*resort* o centro médico-turístico, a pesar de la inexactitud el término, y *holiday resort* para referirnos a centro turístico.

A mediados del siglo XX, la utilización del clima con fines terapéuticos y curativos entró en una fase de recesión como consecuencia de los adelantos de la medicina contemporánea.<sup>13</sup> Es la razón por la cual algunos *health resorts* decaen y muchos hoteles dejaron de ser lo que fueron. Y sin embargo, desde las últimas décadas para acá se está volviendo a la utilización del clima como forma de medicación, sin que esto ponga en juicio la terapéutica farmacológica.

Había más clases de turistas en el siglo XIX. Estaban los turistas que viajaban por negocio y aprovechaban la estancia para hacer turismo. Los que se desplazaban a las islas por razones familiares. Los que acudían en calidad de científico, para prestar servicios como religiosos, etc. Pero ninguno de estos constituyó el grueso de los que se desplazaron a las islas. El grueso de los que se desplazaron en el momento del nacimiento y desarrollo del turismo en Canarias (1880-1914) lo hizo por razones de salud. La inmensa mayoría, alrededor de un noventa por ciento, eran británicos, seguidos de alemanes, en torno un diez por ciento.

## EL TURISMO EN CANARIAS.

El turismo, entendido como el desplazamiento temporal que realiza el hombre fuera de la residencia permanente en su país por motivos de ocio, aparte de existir desde la antigüedad, adquirió su protagonismo en el continente europeo a mediados del siglo XIX. En Europa adquiere fenómeno de masas tal y como lo entendemos actualmente como consecuencia de las condiciones de desarrollo industrial, sobre todo de Inglaterra. Pero eso estaba sucediendo en Europa. Muchas décadas tendrán que pasar para que las islas se convirtieran en centros de atracción turística masivos. No obstante, aunque el despegue del turismo en Canarias, como industria de servicios, comenzó en la década de los ochenta, sus comienzos como tal se remonta a las primeras décadas del siglo XIX. Pero por su larga historia en el mundo del viaje en Canarias podemos hablar de turismo desde los mismos comienzos de la expansión atlántica europea, pues muy pocos lugares del planeta Tierra, por no decir ninguno, excepto quizá Madeira, tuvo tal cúmulo de visitantes ilustres a lo largo de la historia de los viajes. Si la Providencia dotó a El Hierro con el árbol Garoé y a Tenerife el Teide, la Naturaleza colocó a Canarias en el sitio ideal para recibir a cuantos navegantes, naturalistas y viajeros cruzaban las aguas del Atlántico. Ese caudal humano foráneo en las islas a lo largo de su historia europea va a suponer un temprano reconocimiento de Canarias, participando como lugar privilegiado en la literatura europea de viajes. Muchos comerciantes extranjeros establecidos en las islas, fundamentalmente británicos, difundieron en sus países respectivos las excelencias del archipiélago. Sus relatos de viajes se convirtieron en clásicos del género de viajes y aventuras. Eran unos libros que cautivaron las mentes de los europeos hasta hacerles soñar con unas islas exóticas, cuyos habitantes, su geología, flora, fauna, clima y belleza natural comienzan a cautivar a los naturalistas de Europa, fundamentalmente de Francia y de Inglaterra, las naciones que más estrechamente han estado ligadas a Canarias a lo largo de la historia. A la vez, al amparo del modelo económico que se estableció en Canarias a lo largo de los siglos, las islas fueron articulándose en los circuitos del comercio atlántico europeo. El aspecto “turístico” de Canarias se va consolidando a través de su historia europea.

En este sentido, en su nacimiento, podemos distinguir cuatro etapas.

---

<sup>13</sup> Besancenot, J-P. *Op. Cit.* Pág., 144.



## **Etapas del turismo en Canarias**

1ª etapa, de la expansión atlántica al viaje comercial (del siglo XIV al XVII)

2ª etapa, el viaje expedicionario y aventurero (siglos XVIII y XIX)

3ª etapa, el turismo terapéutico y de élite (último cuarto del XIX y primera mitad del XX)

4ª etapa, turismo de sol y playa

**La primera etapa**, comprende dos periodos bien diferenciados: el de la expansión atlántica y el del viaje comercial.

La primera fase comienza en el siglo XIV cuando los portugueses y los castellanos, emprendieron la búsqueda de nuevos mundos que explorar, fundamentalmente la costa occidental del continente africano, entonces totalmente desconocida por ellos y por los italianos. Tanto unos como otros tenían algunos conocimientos de la costa atlántica de Marruecos, pero cuando decidieron ir más hacia el sur redescubrieron las Canarias. Ya en el siglo XV algunas islas son sometidas a la Corona de Castilla y los colonos establecidos en el archipiélago comenzaron el proceso de producción de la caña de azúcar, traída de Madeira. Una nueva campaña para conquistar el resto de las islas se llevó a cabo en el mismo siglo y pronto se extendió su producción a todas. Inmediatamente comenzó la producción del otro producto de gran demanda en el mercado, el vino.

La segunda fase de esta etapa comenzó en los siglos XVI y XVII cuando la necesidad del comercio de exportación de la producción vitivinícola y la importancia de importación de productos de los que carecía el archipiélago fomentaron los viajes comerciales a las islas. Son los años de la primera expansión imperial de las potencias europeas, las cuales comenzaron a fundar compañías para realizar el comercio en ultramar. Inglaterra y Holanda, enemigos de la católica Península Ibérica durante la mayor parte de los dos siglos, fundaron la *English East India Company* (1600) y por su parte Holanda la *West India Company* (1621). Inmediatamente después de las experiencias de ingleses y holandeses, el resto de las potencias europeas fundan sus propias compañías, un proceso que se extendería hasta el siglo XVIII.

Precisamente en el siglo XVII en las islas van a establecerse una colonia de extranjeros, fundamentalmente ingleses, como consecuencia del creciente comercio de exportación e importación y que va a jugar un papel importante en la europeización del archipiélago.

Es en esta etapa (siglo XVII) cuando los europeos realizan las primeras excursiones al Teide, auténtico reclamo de viajeros y aventureros.

**La segunda etapa**, abarca todo el siglo XVIII y gran parte del siglo XIX cuando los mares del sur empezaron a abrirse a los europeos a raíz de la carrera comercial emprendida por las cortes del Viejo Mundo. Las razones de la expansión potenciaron las expediciones científicas, las cuales también eran de tipo política en la medida en que en que las potencias imperiales mantenían estrategias expansionistas y la que se quedaba atrás perdía protagonismo en el plano internacional. Ello supuso un espectacular aumento de los viajes, donde Canarias fue lugar de visita de la mayoría de los navegantes y naturalistas por su posición y su naturaleza. El Teide fue como un imán que atrajo de todos en consonancia con el interés por las montañas despertado en la Ilustración y el Romanticismo.

En el siglo XVIII fueron los franceses y los ingleses los protagonistas, pero en el siglo XIX hace su aparición el viajero naturalista y aventurero alemán. Precisamente en este siglo comenzó el estudio del clima de Canarias por parte de una gran cantidad de médicos y geógrafos, preámbulo del despegue del turismo en las islas.

Las islas también asistieron al establecimiento de una colonia comercial irlandesa en el siglo XVIII y escocesa en el siglo XIX que estampó su sello en el desarrollo del turismo en el archipiélago.

**La tercera etapa**, que corresponde al turismo terapéutico y de elite, y que va desde el último cuarto del XIX y primera mitad del XX, intentaremos extendernos algo más por su importancia.

El Bloqueo Continental a Gran Bretaña durante el período de las guerras napoleónicas supuso, además de otros males, la prohibición a los ingleses de viajar al continente. Los más perjudicados fueron los que se desplazaban por problemas de salud, los que hacían «turismo terapéutico». Se les llamaban *invalids*. Éstos se ven obligados a dirigirse al sur de Inglaterra y a la Madeira «inglesa». Es en esos momentos, cuando realmente comienza la historia del turismo en las islas. Con el retorno de la paz en Europa, en el año 1815, los antiguos centros europeos volverían a recuperar su posición, pero ya Madeira se había consagrado como un centro de invierno privilegiado. Por su parte, la desaparición de determinadas trabas políticas en Canarias, como veremos a lo largo del presente trabajo, facilita que desde las primeras décadas del siglo XIX, las islas se incorporen rápidamente entre los lugares de los que practicaban los viajes por problemas de convalecencia y ocio. Fueron determinantes los efectos sociales de la Revolución industrial. El desarrollo de las fuerzas productivas potenció de forma extraordinaria el ocio como un conjunto de actividades complementarias al trabajo (juego, reuniones, etc.) y el desarrollo de los modernos medios de transportes (el ferrocarril y los grandes vapores). El desarrollo de los transportes favoreció el asentamiento de colonos en territorios de ultramar –la emigración– y la aparición de espacios turísticos de esparcimiento, de descanso y de ocio para las nuevas clases burguesas en ascenso. Se posibilita así el auge de la práctica turística. A partir de entonces, el turismo dejaría de ser exclusivo de la aristocracia y comienza a practicarlo la burguesía, dispuesta a tratar de evitar el fatal azote de la niebla y frío propio del clima de su país en ultramar. El vapor, por su parte, redujo el tiempo de duración del viaje y permitió que el viaje fuera más confortable, razones que animará el deseo de viajar.

El temprano recibimiento de turistas *invalids* en nuestras islas permitió la existencia de un incipiente turismo residencial. Es el caso de Charles Smith, que después de una temporada en Madeira por problemas de salud, se traslada de por vida al Puerto de la Cruz en 1834. En la medida en que aquí no había infraestructura hotelera, estos tempranos turistas alquilarían haciendas a particulares para permanecer una temporada en la isla. Entre los que alquilaban una hacienda, había quien ponía en producción las tierras arrendadas y de esa manera con los beneficios que obtenían de la explotación agraria costeaban la estancia.<sup>14</sup>

La visita turística no se realizaba solamente por problemas de salud. En ocasiones también por motivos de ocio. En 1848 llegó una expedición de británicos desde Madeira para realizar una excursión al Teide. Entre los años veinte y treinta se trasladan a Tenerife los médicos británicos James Clark, William Robert Wilde y William White Cooper. Los tres van a resaltar en sus respectivos escritos que el clima de Tenerife (Santa Cruz y el Puerto de la Cruz), suave en invierno y templado en verano, es comparable al de Madeira,

---

<sup>14</sup> Cooper, William White. *The invalid guide to Madeira with a description of Tenerife*. Smith, Elder & Co. London, 1840. Pág., 68.

aunque este último estaba sujeto al reproche de ser demasiado húmedo. Se puede afirmar que estos tres británicos descubrieron las ventajas turísticas de Canarias, particularmente Tenerife, y más concretamente el Puerto de la Cruz, desde principios del siglo XIX. La fama que adquirieron el paisaje y la benignidad del clima de las islas en la pluma de esos tres destacados médicos introdujeron a Canarias en la historia del turismo europeo. Sus relatos sobre el valor paisajístico de Tenerife, principalmente del valle de La Orotava, y las características climáticas del norte de la isla despertaron el interés de muchos médicos y meteorólogos-naturalistas y la vez consagraron al Puerto de la Cruz como el mejor “centro turístico” más al sur del planeta.

Sin embargo, a pesar de estas tempranas manifestaciones halagüeñas, el turismo tardó muchas décadas en desarrollarse, entre otras razones, que ya analizaremos más adelante, porque en Canarias se optó por la cría de la cochinilla para superar la aguda crisis vitivinícola de los años veinte y treinta. Las islas vivieron un esplendor económico con la cría de la grana. Como consecuencia de ello, la climatoterapia y el estado de la hospedería en las islas se descuidaron. Pero, después de una espléndida situación económica, se había manifestado con angustia implacable una fuerte crisis económica y social. La población se hallaba disgustada y anhelaba una salida a la situación. Así pues, la crisis de la cochinilla a partir de la década de los setenta y la ausencia de un producto de exportación sustitutorio agrario determina que el turismo se presente como una opción más de recuperación económica. Bastante ilustrativo es el comentario que hace la prensa local de La Orotava. A falta de un cultivo de exportación lucrativo y con una cochinilla, tabaco y caña de azúcar que no podrán ser explotadas en la escala que sería deseable para sostener la competencia con otros países,<sup>15</sup> gran parte de las clases altas canarias aprovecharán las condiciones históricas favorables de las islas (su climatología y la situación geográfica de Canarias -a las puertas de Europa y en el camino de África, América y Australia- como nuevas fuentes de riqueza) para poner en marcha el turismo. La existencia de un modelo a imitar -Madeira- y la presencia de inversiones extranjeras, sobre todo inglesas, en nuestra agricultura y en el turismo, además de poner de manifiesto desde muy temprano la relación existente entre el enfermo británico y el negocio, animaron a los isleños a estrechar los negocios en el capital foráneo. A partir de esos momentos, comienza a producirse entre los propietarios isleños una inclinación cada vez mayor hacia los negocios «extra-agrarios», sobre todo en el valle de La Orotava, Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas de Gran Canaria. Personas de alta posición social como el marqués del Sauzal, la marquesa de la Quinta Roja, el marqués del la Candía, el conde de Siete Fuentes, Antonia Dehesa Sanz, Andrés Carpenter, Jorge Víctor Pérez Ventoso y muchos otros, formarían a lo largo del segundo lustro de los ochenta sociedades hoteleras con importante participación inglesa. Aún a sabiendas de la relatividad de la fecha, podemos atrevernos a afirmar que el turismo en Canarias comenzó en el año 1885 en el marco geográfico del valle de La Orotava. Hablo de la supuesta relatividad de la fecha porque el desarrollo del turismo en las latitudes oceánicas, donde se incluye el archipiélago canario, se produce a lo largo del siglo XIX, como consecuencia de una serie de cambios históricos y sociales. En 1885 se forma en Tenerife la Compañía de Hoteles y Sanatorium del Valle de La Orotava con un capital social de 500.000 pesetas y en mayo de 1887 la Compañía Taoro, responsable de la construcción del *Grand Hotel* (Hotel Taoro). Lo mismo sucedió en Gran Canaria con el conde de la Vega Grande, Fernando del Castillo, Juan de León y Castillo, Fernando Delgado Morales, etc. En 1887 se forma la *Canary Island Company*.

Los elogios a la iniciativa emprendida para potenciar el turismo en el Puerto de la Cruz como lugar de recepción de un turismo invernal, se extiende al resto de la isla. Pronto se extiende al resto del archipiélago, sobre todo a Gran Canaria y La Palma,

---

<sup>15</sup> El Valle de La Orotava, 10-X-1888

aunque en esta última isla nunca llegó a cristalizar. En efecto, la presencia de la burguesía santacrucera en las sociedades formadas en el valle motiva que la misma compañía, desde el momento mismo de su constitución, emprenda las operaciones de crédito por valor de 50.000 duros,<sup>16</sup> para levantar otro en Santa Cruz de Tenerife. La opción por esta alternativa económica fue defendida firmemente por la burguesía capitalina a través del «Diario de Tenerife» de Santa Cruz. Se exhorta a los sectores financieros para que hagan los desembolsos y sacrificios necesarios para la construcción de un hotel en la capital «no reparando en los gastos necesarios que a buen seguro han de ser muy productivos», afirma, para más adelante concluir:

*No se nos oculta que en esta capital quizás no haya medio de hacerlo si no es por la asociación; pero, ¿hemos de ser siempre apáticos y retraídos? ¿No se despertará entre nosotros el espíritu de asociación? La conveniencia y el patriotismo lo exigen, y nosotros, mostrando esta verdad clara y patente a los ojos del público, cumplimos con nuestro deber.*<sup>17</sup>

El flujo de visitantes extranjeros que ocupó las dependencias del primer *sanatorium*<sup>18</sup> establecido en Canarias, *The La Orotava Grand Hotel* (futuro Hotel Martíáñez) en el año de su apertura, 1886, y la gran demanda de casas para alquilar por acaudalados británicos hacen pensar a las fuerzas económicas de Tenerife, especialmente las del valle de La Orotava, que el turismo sería, con toda seguridad, una industria a potenciar en las islas. Celebran con júbilo la formación de las tres sociedades formadas en el valle<sup>19</sup> para la construcción de hoteles y «apartamentos». Y utiliza sus ejemplos como modelo para emprender las grandes obras que el desarrollo necesita, porque “sin la «asociación» difícilmente se pone en marcha proyectos que La iniciativa privada es imposible conseguir”.<sup>20</sup> Desde todos los rincones sociales (médicos, propietarios, prensa local, centros recreativos, etc.) se señalan la nueva fuente de riqueza que se le presenta a los propietarios agrarios y sectores de la burguesía de Canarias, para recuperar su antiguo esplendor económico. Un periódico tan comprometido en la defensa de los intereses agrícolas, el *Valle de La Orotava*, no oculta la dramática situación que vivía las islas, en particular Tenerife, aún a finales de 1888, y la nueva fuente de riqueza que supone la visita de turistas a nuestra isla:

*En circunstancias tan críticas para los agricultores y para los industriales ha venido a iniciarse una nueva fuente de riqueza que hábilmente explotada y bien dirigida, podría ser la firme base de la futura prosperidad del territorio: nos referimos a la corriente de extranjeros que apreciando debidamente las*

---

<sup>16</sup> El Valle de La Orotava, 30-V-1888.

<sup>17</sup> El Valle de La Orotava del 6 de febrero de 1888 reproduciendo un artículo publicado días atrás por el periódico *Diario de Tenerife*.

<sup>18</sup> A lo largo del presente trabajo nos encontraremos con bastante frecuencia referencia a sanatorio (*sanatorium*). Obedece a un respeto escrupuloso al término que se usaba hasta los primeros lustros del siglo XX para designar a los establecimientos que en él residieron, *invalids* o turistas teniendo en cuenta principalmente las condiciones higiénicas y climáticas de la localidad. En ese sentido, *sanatorium* a la vez significaba hotel de buena calidad, con determinadas condiciones para un confortable hospedaje, como tendremos ocasión de ver. Por lo tanto, no debe confundirse con el actual significado que tiene hoy en día. La época histórica en que surge el turismo terapéutico en Canarias, *sanatorium* (nombre que se le dio al primitivo hotel Martíáñez) era similar a *grand hotel*. Por esta razón, emplearé el morfema latino en lugar del castellano.

<sup>19</sup> La Sociedad del Grand Hotel y Sanatorium de La Orotava, Grand Hotel Taoro y Grand Hotel y Villas de la Paz.

<sup>20</sup> El Valle de La Orotava. 14-IV-1888.

*condiciones inmejorables de nuestro clima y los hermosos y variados paisajes que ofrece nuestra isla, acuden a la misma en número ya considerable por fortuna.*<sup>21</sup>

Favorecieron también en la puesta en marcha del turismo, la atmósfera intelectual que se respiraba, el elevado número de médicos extranjeros que se encontraban en las islas en esos años de crisis, fundamentalmente en Tenerife, la presencia británica en suelo canario, la abundancia de productos británicos, fundamentalmente víveres, en las tiendas locales, la tranquilidad de las islas y sus gentes, y, sobre todo, la disposición de las clases altas isleñas en su fomento. En efecto, para que un centro turístico llegue a ser realidad, como afirma Dennison Nash, dependerá de ciertos factores “de los que destacaría la colaboración ciudadana de la zona”. Más adelante estudiaremos con más detenimiento estos aspectos históricos del marco del desarrollo del turismo canario. El importante papel del desarrollo del vapor en la movilidad de pasajeros ha inducido al historiador alemán Uwe Riedel considerarlo como la causa primera del despegue del turismo en Canarias. Es cierto que tuvo su importancia, pues el arribo de pasajeros a las islas se vio aumentado por el incremento de las comunicaciones con Europa, pero, como veremos, tal estereotipo *histórico* es insuficiente para explicar las razones de la aparición del turismo en Canarias. Cuando se observa de una forma más rigurosa los comienzos del turismo en las islas, se evidencia que sus inicios no fueron exclusivamente producto de la mejora de las comunicaciones exteriores, aunque, repito, es un factor importante, sino también del creciente interés mostrado por la burguesía insular para su desarrollo. A finales del siglo XIX un importante núcleo de la burguesía canaria supo comprender el valor económico del turismo, e intentó organizar, apoyada en la iniciativa extranjera, fundamentalmente británica, la explotación de dicho sector. Después de la época de crecimiento económico que atravesó Canarias con la explotación de la grana, su economía se vio frenada a partir de la década de los setenta con su estrepitoso hundimiento. Ante esta situación de crisis general en la que estaba inmerso el archipiélago, fueron destacados miembros de las clases altas isleñas, fundamentalmente de Tenerife y Gran Canaria, las que se movieron en aras de convertir sus respectivas islas en unos centros turísticos. Surge así una infraestructura de alojamiento en los principales núcleos urbanos de las islas mayores.

Podemos afirmar que fueron distintas coyunturas externas, donde la navegación atlántica es una de las más importantes, y otras puramente internas (las necesidades de recuperación económica, la bondad del clima, la belleza natural de las islas, el bajo nivel de vida, junto a otras) las razones fundamentales del desarrollo del turismo en las islas. El turismo se configura, pues, como una salida a la crisis originada por el *crack* de la grana. ¿Significa esto que si no se diera tal crisis no se hubiera desarrollado el turismo? No. El turismo contemporáneo es un producto de consumo más del desarrollo de la sociedad capitalista que indudablemente se habría impuesto. Pero tal vez se hubiera retrasado más en las islas, incluso hubiese tomado otras características.

¿Cuál era el tipo de turismo que se recibía en este período? Hasta bien entrado el siglo XX, el flujo de turistas que recibía las islas era fundamentalmente el británico de elite. La mayoría de los trabajadores, por no decir en su totalidad, aún carecía de vacaciones y el tiempo libre no lo asociaba con la idea de ocio. Un alto porcentaje de los acaudalados turistas que se desplazaron a Canarias estaba formado por rentistas, fundamentalmente industriales y financieros con un alto nivel adquisitivo, y muy pocos aristócratas. La mayoría era enfermos pulmonares, afectados de tuberculosis que venían para la convalecencia de sus dolencias. Era el turismo terapéutico. Veamos que

---

<sup>21</sup> El Valle de La Orotava. nº 51. 30-10-1888

entendemos por turismo terapéutico, motor nacimiento y desarrollo del turismo en Canarias.

Sin embargo, la opción por esta nueva alternativa económica no tuvo una marcha lineal. Lógicamente la incorporación de una nueva rama dentro del modelo de desarrollo económico implicaba un conocimiento técnico que en las islas no existía y pronto aflora a la superficie las consecuencias de esa deficiencia. Ausencia de personal cualificado, condiciones de alojamiento pésimas, servicios hoteleros inexistentes, ausencia de condiciones sanitarias, sistema de transportes deficientes y un largo etcétera incidirán negativamente en su marcha. Ahora bien, ¿cómo se consolida el turismo?; ¿por qué no se desarrolló mucho antes de los años ochenta?; ¿cuál fue el nivel de participación financiera de la burguesía isleña? Si estaba completamente descapitalizada, ¿a quién le debemos su puesta en marcha y posterior consolidación?; ¿cuál fue el papel que jugó el británico en su desarrollo? Sabemos aún muy poco del alcance de las inversiones foráneas en el sector turismo, como en el resto de las actividades económicas donde tuvieron grandes iniciativas financieras. Lo mismo sucede con la burguesía isleña. Aún está pendiente un análisis del efecto goteo del turismo en la economía canaria. ¿Hasta dónde llegaron los niveles de colaboración entre ambos grupos financieros? ¿Fueron los segundos (la burguesía isleña) meros testaferros de los intereses de los británicos en el sector, como afirman algunos?

**La cuarta etapa**, la del turismo de sol y playa, se inició a partir de los años sesenta del siglo XX. Este modelo turístico ya no está protagonizado por un turismo de elite como el de décadas anteriores, sino por amplias capas de la clase media y trabajadora de la Europa Occidental como consecuencia de la recuperación económica y la prosperidad de los años cincuenta y sesenta. En esas décadas el incremento general de rentas en la sociedad y la consolidación de una burguesía media, permitió el acceso a la cultura del ocio y la posibilidad de pasar las vacaciones fuera de su país de origen. Sus destinos turísticos fueron los lugares de sol y playa. Favorecieron a su desarrollo la paz que viviría la Europa industrializada después de la Segunda Guerra Mundial, la irrupción en el campo de las mentalidades del consumismo –comienza realmente a despuntar la sociedad del bienestar-, la revolución en las comunicaciones aéreas, la consolidación de una infraestructura del sector servicios basado fundamentalmente en la aparición de *tour operators* y el desarrollo de las agencias de viajes, y el incremento de la oferta de alojamiento a través de la intervención de propietarios locales y cadenas turísticas prestigiosas,

Por su parte, las dificultades económicas que atravesaba España –especialmente la carencia de divisas extranjeras- después de la finalización de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial llevó al régimen de Franco, a través del ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, en 1964, a poner en marcha una gigantesca campaña propagandística para vender los veinticinco años de paz, fruto del lema *Spain in different*, donde se ensalzaban las virtudes del Plan de Desarrollo, el *boom* turístico –en el año 1963 se recibió 11 millones- mientras se intentaba relegar al olvido la dramática Guerra Civil, la ejecución de Julián Grimau y la represión de la disidencia política.

A partir de los años noventa ha empezado a cuestionarse el modelo turístico de sol y playa, buscando otros modelos de turismo alternativo de mayor calidad sobre la base del patrimonio cultural, medioambiental y otras ofertas.

¿Cómo se manifiesta a lo largo de la historia del turismo? Es lo que pretendemos ver a continuación. Ahora bien, dado que hay muchos tipos de viaje y de turismo, nos ocuparemos solamente del viaje por razones de salud, en la medida en que el nacimiento del turismo en Canarias está estrechamente relacionado con él. Ello nos permitirá ver los antecedentes europeos del turismo en las islas.

## **EVOLUCIÓN HISTÓRICO-SOCIOLÓGICA DEL TURISMO Y SU PROYECCIÓN SOBRE CANARIAS**

### **LA EDAD ANTIGUA**

Los pueblos antiguos, los sumerios, egipcios, fenicios, griegos y romanos fueron grandes viajeros, pues las actividades comerciales que realizaban en todo el Mediterráneo los habían convertidos en destacados mercaderes y navegantes. Sin duda eso permitió que los habitantes de las diferentes costas se conocieran, a la vez que permitió un mayor conocimiento del área y medio geográfico. Los griegos de la antigüedad se aprovecharon de los conocimientos de los litorales mediterráneos de sus predecesores, de tal manera que crearon una cultura muy proclive al viaje por mar. Por tierra, la sociedad esclavista de la época clásica permitió la práctica de los rudimentos de lo que hoy entendemos por ocio y turismo. Una de las razones por la que los griegos viajaban por tierra era la peregrinación religiosa para visitar los santuarios, precisamente en muchos de los casos por salud. En Epidauro se encontraba la casa de Asclepio, dios de la curación y a ella iban muchos enfermos que esperaban dentro del templo toda la noche hasta el alba si era necesario para ver al sacerdote curador que les diera el tratamiento prescrito por los dioses. Así pues, con ellos el viaje turístico, por razones de salud comenzó a realizarse, aunque el tratamiento tenía un fuerte componente religioso. Otro motivo de desplazamiento era la asistencia a las Olimpiadas, competiciones de canto y representaciones teatrales. Los juegos en Delfos, con sus carreras de carruajes, competiciones de canto y representaciones teatrales fueron unas atracciones turísticas bien conocidas entre los griegos.<sup>22</sup> En Argos, Corinto y una docena de otros lugares los griegos visitaban las casas de los dioses. Cada cuatro años durante una semana se celebraban los Juegos Olímpicos, momento solemne en la vida de los griegos. La religión y los juegos eran los componentes fundamentales del turismo griego.

La asistencia a los balnearios fue otra razón por la que griegos y romanos practicaban el viaje. Ambos pueblos fueron unos ardientes usuarios de ellos por razones de salud, aunque la cura por medio de las aguas aún tenía un componente sobrenatural, ya que el tratamiento predominante de las enfermedades en la antigüedad griega estaba basado más en hechizos, embrujos y otros remedios,<sup>23</sup> como el religioso, que en tratamientos racionales. Pero, el interés por el conocimiento del medio físico invadió el pensamiento filosófico del hombre de la época clásica desde el siglo V a.C. La climatología, la salubridad y dimensión geográfica del lugar donde se encontraba el balneario adquirieron importancia por sí mismo. En este contexto hace su aparición el padre de la medicina occidental, Hipócrates de Cos (siglo V a.C.). Con él la concepción de las enfermedades cambiaría en el panorama de la ciencia médica en la antigüedad clásica. Aunque ya había sido con anterioridad insinuado por Herodoto, Hipócrates fue sin embargo el primero que establece la relación entre aires, agua y climas de los lugares

---

<sup>22</sup> *Ibidem.*

<sup>23</sup> Dampier, W. C. *Historia de la ciencia*. Tecnos, Madrid. 1992. Pág., 50

como factores que ayudan la cura de determinadas enfermedades. Hipócrates es el primer filósofo de la antigüedad que establece una relación directa entre los fenómenos meteorológicos y las condiciones sanitarias. Con él y sus seguidores la vía de la recuperación de la salud por vía natural adquiere cuerpo. En su tratado *Sobre los aires, aguas y lugares*,<sup>24</sup> sin duda, una de sus obras más célebres, describe los efectos nocivos y beneficiosos que sobre el hombre ejercen las condiciones ambientales y climáticas. Para la doctrina médica hipocrática la enfermedad estaba originada por causas naturales, consecuentemente debería de ser tratada mediante procedimientos racionales e implícitos y no mediante la intervención de procedimientos sobrenaturales o religiosos.<sup>25</sup> Hipócrates, en sus páginas, nos habla de la influencia de los climas sobre la salud y la importancia de las aguas en el tratamiento de las enfermedades,<sup>26</sup> además de señalar como perjudicial para la humanidad los ambientes húmedos y oscuros, mientras, por otro lado, indica los beneficiosos que son los ambientes soleados y la vida al aire libre para la mejoría de los enfermos del pulmón, fundamentalmente.

Uno de los seguidores de las doctrinas hipocráticas, Areteo de Capadocia, médico griego que vivió durante la segunda mitad siglo I y la primera mitad del II, habla incluso de la tuberculosis, la enfermedad epididémica del siglo XIX, y que tuvo que ver mucho con el desarrollo del turismo contemporáneo. Ya Areteo de Capadocia en su *Obra Médica* hace una clara alusión a los síntomas y causas de la tisis (tos prolongada, sudor y enfriamiento del cuerpo, debilidad y consunción del enfermo, etc.), pero a la vez recomienda las regiones cálidas para su convalecencia, pues «las frías y húmedas son, por sus características, las compañeras de esta afección».<sup>27</sup>

La doctrina médica hipocrática trae consigo, pues, un cambio de mentalidad en el mundo clásico y a partir de entonces empieza a creerse que la mejor manera de curar ciertas enfermedades era una larga estancia en los lugares con climas cálidos y el uso de las aguas termales. Aquí tiene su origen el termalismo. Se trataba de la utilización de aguas mineromedicinales para el tratamiento de las enfermedades. Los baños con dichas aguas se recomendaban para la cura de ciertas malaria, afecciones del pecho, para el alivio de los dolores de espalda, mejora de la respiración, alivio de la fatiga, contra los dolores de cabeza, problemas de piel, etc. Con el método curativo por medio de las aguas (la hidroterapia) nacen los balnearios, los centros para tomar baños con fines terapéuticos. Los balnearios en las ciudades de Epidauro, Parnaso, etc. solían ser frecuentados por la aristocracia griega, originándose así un tipo de turismo terapéutico que consistía en una larga estancia en ellos para restablecerse de alguna enfermedad.

Los romanos apreciaron con más intensidad que los griegos las virtudes de los baños con fines terapéuticos. Sin embargo, los romanos fueron más allá y dispusieron de más formas de practicar el descanso y ocio con fines médicos. Desde el siglo II a. C., los romanos comenzaron a abandonar sus modestos y rudimentarios cuartos de baño, donde un sistema de calentamiento complicado<sup>28</sup> proporcionaba el agua caliente, por el placer de un baño bien caliente en los establecimientos colectivos de las termas. En términos generales, los baños en las termas se realizaban por razones higiénicas, pero en ocasiones se realizaba la inmersión en las aguas no solamente con fines curativos, sino también como acto ritual en la curación sobrenatural, en una acepción simbólica –como indica Francisco Diez de Velasco– que comparte con el bautismo en cierta medida.

---

<sup>24</sup> Hipócrates. *Tratados hipocráticos*. 2 vols. Gredos. Madrid, 1986. v.ii. Pág., 39.

<sup>25</sup> Hull, L.W.H. *Historia y filosofía de la ciencia*. Ariel. Barcelona, 1989. Pág., 77

<sup>26</sup> Véase los escritos de Hipócrates en las traducciones castellanas de los *Aforismos*, ed. Alta Fulla (Madrid, 1986) y *Sobre los aires, aguas y lugares* en *Tratados Hipocráticos II*, Gredos (Madrid, 1986).

<sup>27</sup> Capadocia, Areteo de. *Obra Médica*. Akal. Madrid, 1998. Pág., 123.

<sup>28</sup> Malissard, Alain. *Los romanos y el agua*. Herder. Madrid, 1996. Pág., 102.



De todos modos, el auténtico viaje por salud se hacía hacia los balnearios. Las formas arquitectónicas de las termas son aplicadas a los balnearios. Se dotan de piscinas para la inmersión en agua caliente natural y bañeras para el cuerpo entero o alguna parte de él, salas de baños de lodo, sudarios, duchas e instalaciones para la inhalación de vapores, etc.<sup>29</sup> Sin embargo, el «baño» para el romano no era solamente una práctica de higiene, ni un ritual simbólico, sino también era un acto de placer, el lugar de relajación y reunión social, como la vida de playa en la época contemporánea.<sup>30</sup> Por tal razón, tanto la práctica de baños públicos (termas) como los balnearios privados, frecuentados por patricios, formaban parte de la vida diaria y cotidiana del pueblo romano. La decoración en las instalaciones para los romanos ocupó un lugar destacado, pues con ella se trataba de crear la atmósfera de lujo y confort propia de las clases altas. Los griegos también se rodearon de esta aurora, pero no llegaron a ser tan sofisticados como la de los romanos.

Pronto se asiste a un crecimiento espectacular de balnearios con fuentes de aguas medicinales fuera de las ciudades. Las buenas carreteras, puentes y túneles -construidas con propósitos comerciales y militares- eran usadas ahora con fines turísticos por los centuriones, los generales y la elite<sup>31</sup> para alcanzar los lugares alejados de la ciudad, lugares que por otro lado eran los más apropiados por sus virtudes curativas. En absoluto estaban distribuidos al azar, como señala Jean-Pierre Besancenot.<sup>32</sup> Se trataba de lugares que habían sido reconocidos por sus virtudes curativas, por sus aguas termales, por su clima, por su aire o por sus playas.<sup>33</sup> Bajo el gobierno de Roma y, sobre todo, en la época imperial, las riveras experimentaron un excepcional desarrollo, convirtiéndose en uno de los lugares más atractivos, sugerentes y visitados en el mundo clásico. Durante el verano se dirigían a la Toscana y a las alturas del Lacio, y en invierno a los sitios de costa. El Puerto de Baia, al oeste de Nápoles, en el siglo Iº a.C., el golfo de Tarento, y otras áreas se desarrollarían como centros médico-turísticos (*health resorts*), en cuyas termas se iba a curar de artritis.

Pero pronto estos centros no sólo fueron visitados por enfermos, sino también por los ricos patricios y oficiales legionarios. La toma de las aguas y la vida en sociedad se yuxtaponen, de tal manera que en el siglo I a.C., Baia, por ejemplo, ya era un *health resort* totalmente desarrollado que demandaba lujo y distracciones, además de terapia,<sup>34</sup> y se convierte en lugar de veraneo. En efecto, Baia, rico en aguas termales, se transformó en un balneario de moda. Casi todos los grandes de Roma, incluso los emperadores, tuvieron casas lujosas y con suelos cubiertos de mosaicos en Baia. De esa manera, la fama de Baia no procedía solamente de la bondad curativa de su clima y aguas termales, sino también del género de vida que se llevaba, de las relaciones de alta sociedad que se establecían.

Entre Nápoles y la Punta de Campanella, el clima es de los más ricos de Italia, razón por lo cual ciertos lugares también se convirtieron en centros de veraneo de los ricos patricios y donde se construyeron numerosas villas. Para la alta sociedad romana la villa y la costa eran unos insustituibles símbolos de *status*. También Palermo fue un lugar de salud y reposo importante. Tanto en los baños situados en las ciudades, Roma o Nápoles, como los *health resorts* situados en la periferia y confines del Imperio, se buscaba, además de la terapia con las aguas, el placer, el lujo y el entretenimiento. Lo mismo sucedió con los manantiales de las aguas termales de Baden-Baden (Alemania) -a donde solía ir el

---

<sup>29</sup> Díez de Velasco, Francisco. "Termalismo y religión" en *ILU*, nº 1. Madrid 1998.

<sup>30</sup> Veyne, Paul, "El Imperio Romano" en Georges Duby, *Histotia de la vida privada*, tomo 1º. Madrid, 1991. Pág., 196

<sup>31</sup> Siguax, G. *Op. Cit.* Pág., 11.

<sup>32</sup> Besancenot, Jean-Pierre. *Clima y turismo*. Masson. Barcelona, 1991. Pág., 11.

<sup>33</sup> *Ibidem*.

<sup>34</sup> Jackson, Ralph. "Waters and spas in the classical Wolrd" en *The medical history of waters and spas*. Roy Porter. *Medical History*, Supplement nº 10, 1990. London. Pág. 7

emperador Caracalla para curarse de su reumatismo -, Bath(Inglaterra)], Spa (Bélgica), Aix-en-Provence [Francia] u Otañe, cerca de Castro Urdiales (Cantabria). Precisamente en España los romanos tenían una considerable cantidad de balnearios. En Alange (Mérida) había uno dedicado a la diosa Juno; en la Rioja tenían el balneario de Arnedillo, en Navarra el de Fitero, en Granada el de Alhama, en Barcelona las termas de Victoria en Caldes, etc. Había alrededor de unos cien balnearios en el mundo clásico.<sup>35</sup>

Además de la toma de baño de agua caliente en las termas y balnearios, los romanos practicaron la natación en las aguas frías del mar. Aunque el gusto por el agua fría venía desde muy antiguo, entre los romanos, creció todavía más hacia fines del siglo I a. C., gracias a Antonio Musa, médico personal de Augusto.<sup>36</sup> La fama de Musa comenzó a extenderse cuando prescribió al emperador la toma de baños en agua fría para la cura de su enfermedad. Inmediatamente sus teorías se propagaron por toda la sociedad de Roma. A partir de entonces, los baños de agua de mar despertaron un gran interés médico. A Baia iba a nadar la alta sociedad romana.

Otras de las formas de practicar el turismo fue la retirada al campo. Estaba estrechamente ligada a la convalecencia de los síntomas de la melancolía y tristeza. Los ingleses utilizaron el término *spleen*, para indicar el estado de ánimo y la apatía de quién lo padecía. Más adelante insistiremos en el *spleen* en Inglaterra. Aunque el origen de la palabra es griego, proviene de *splên*: fue Séneca en su *De tranquillitate animi* quien recomienda la estancia en la naturaleza, los paseos y los viajes para superarlo. Eso despierta el amor del romano por la naturaleza. Los que tenían medios se hicieron construir hermosas villas donde retirarse a vivir cuando viajaban. Los romanos de la alta sociedad solían poseer varias villas.<sup>37</sup> Las equipaban y dotaban de confort y lujo para poder disfrutar plenamente de ella y de la naturaleza. El marco natural es efectivamente muy importante para gozar del frescor. En este sentido, las villas estaban abiertas hacia el exterior, a la naturaleza del entorno.<sup>38</sup> Construyen el jardín, muy a menudo inspirados en los modelos del mundo griego, y los dotan de avenidas de árboles, parterres de flores, etc. Además, en las villas construían baños y termas. La villa se convertiría en el lugar de retiro donde el romano encontraba el silencio, paz y libertad, mientras el jardín se convertiría en la manifestación natural de una voluntad de gozar de la existencia.<sup>39</sup>

No obstante, como podemos ver, esta forma de turismo y ocio se proyectaron e la sociedad occidental de tal manera que la práctica turística en el *Grand Tour* y en la época contemporánea son exactamente igual que la que se dio en Roma.

### *Canarias en la Edad Antigua*

En la antigüedad Canarias era una sociedad que vivía en la etapa del neolítico. El tipo de vivienda más frecuente era la cueva, normalmente la cueva natural. Con el barro fabricaban cerámica y usaban el hueso, la piedra y la madera como utensilios más destacados. A pesar de las dificultades de la navegación por el litoral atlántico africano, los fenicios cartagineses y romanos visitaron las islas.

En efecto, los fenicios, pueblo navegante originario de las orillas del golfo Pérsico, desarrollaron y establecieron una intensa actividad comercial y marítima en el Mediterráneo y a lo largo de la costa noroeste de África. En el extremo occidental fundaron una de las factorías más importantes hacia el año 1100 a.C., la antigua Gadir, la

---

<sup>35</sup> Jackson, Ralph. *Op. Cit.* Pág. 1.

<sup>36</sup> *Ibidem.*

<sup>37</sup> Robert, Jean-Noël. *Los placeres en Roma.* Edaf. Madrid, 1986. Pág., 158.

<sup>38</sup> *Ibidem.*

<sup>39</sup> *Ibidem.* Pág., 172.

actual Cádiz. Después de este punto los fenicios encontraron el océano, más allá del cual no existía el mundo habitable, una idea que conocían por pueblos anteriores a ellos. Pero los aventureros y comerciantes fenicios no se detuvieron ante lo desconocido y se atrevieron a salir para introducirse en su interior. Exploraron el Océano a lo largo de la costa y en la costa occidental africana fundaron factorías. Por el norte también habían establecido un comercio marítimo a lo largo de las costas de España y Francia hasta las islas Scilly frente de la costa de Cornish de Inglaterra, donde comerciaban cerámica y sal por estaño.<sup>40</sup> La habilidad en la navegación y la experiencia naviera de los fenicios pudieron haberles llevado al interior de las aguas del Atlántico y visitar las Canarias, Madeira, incluso las Azores.<sup>41</sup> Recientes investigaciones de P. Atoche y otros en Lanzarote han puesto de manifiesto no sólo la presencia de asentamientos en la época romana, sino también indicios de frecuentes visitas a la isla en época prerromana, aunque es imposible determinar la antigüedad de los contactos de los fenicios con las islas.<sup>42</sup>

Las referencias a las islas en la antigüedad son confusas, pues hasta Plinio, solamente se hace alusión a unas islas afortunadas, pero no se especifica si se refieren a las Canarias o Madeira. Un ejemplo lo tenemos en el poeta griego Hesíodo, en el siglo VIII a.C., ya que es el primero que habla de unas islas dichosas y afortunadas situadas en el extremo occidental y donde iban a residir los héroes,<sup>43</sup> pero no hace alusión a unas islas concretas. El poeta las sitúa junto al océano, habla de la fertilidad del suelo de las islas que permite bienes agrícolas tres veces al año, etc. Según Hesíodo, en ellas vivían aquéllos héroes que no perecieron junto a Tebas o en la Guerra de Troya, exentos de dolores y en medio de la plena felicidad y abundancia.<sup>44</sup> Idea que tuvo que recoger Hesíodo de noticias sobre las islas que ya circulaban en la antigüedad. Así pues, en la antigüedad existían noticias de las Canarias, pero aún eran muy vagas. En un principio el conocimiento de las islas del Atlántico lo formaba un corpus mítico y religioso, a la vez que muy vago y confuso. El mito dominaba todo, de tal manera que en los escritos de la antigüedad, no se encuentra una información mínimamente completa y precisa de los archipiélagos macaronésicos, sino que todo parece estar rodeado de misterio, y las referencias son hechas en la medida en que era el extremo del mundo occidental, situadas en el ámbito del océano Atlántico. En el siglo III a.C. tres grupos de islas eran conocidas al oeste de la costa de África: *Insulae Fortunatae*, *Insulae Hesperidum* y *Purpurariae*.<sup>45</sup> Los relatos míticos y religiosos continuarán siendo normales en los textos de muchos poetas grecolatinos (Píndaro, Diodoro, Estabón, etc.),<sup>46</sup> y hasta el siglo IV a.C. las islas atlánticas eran todavía una cuestión de la literatura, cantada más por los poetas que por los historiadores o viajeros. En el siglo V a.C. el geógrafo e historiador Herodoto (alrededor de 480-421 a.C.) las llama las *islas Bienaventuradas*. Herodoto fue uno de los primeros viajeros en la historia del viaje y uno de los primeros turistas porque el asunto que le ocupaba en todos sus desplazamientos no eran los intereses comerciales –principal razón por la que se solía viajar en la antigüedad– sino el interés por el estudio de las costumbres, religiones, técnicas, etc., de otros hombres.<sup>47</sup>

---

<sup>40</sup> Johnson, Donald. *Phantom Islands of the Atlantic*. Souvenir Press. London, 1896. Pág., 8

<sup>41</sup> *Ibidem*.

<sup>42</sup> Atoche Peña, Paz Peralta, Ramírez Rodríguez y Ortíz palomar. Evidencias arqueológicas del mundo romano en Lanzarote. *Arrecife*, 1995. Blázquez, J.M<sup>a</sup>. Alvar, J. Wagner, C.G. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Cátedra. Madrid, 1999. Pág., 370.

<sup>43</sup> Martínez Hernández, Marcos. *Canarias en la mitología*. C.C.P.C. Laguna, 1992. Pág., 58.

<sup>44</sup> Gómez Espelósín, F.J., Pérez Largacha, A., Vallejo Girvés, M. *La imagen de España en la antigüedad clásica*. Gredos. Madrid, 1995. Pág., 85.

<sup>45</sup> Johnson, D. *Op. Cit.* Pág., 171.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p., 87.

<sup>47</sup> Sigaux, Gilbert. *History of tourism*. Traducción de J. White. Leisure Arts. London, 1966. Pág., 9.

La aparición del libro *Las Vidas Paralelas* del historiador y moralista Plutarco(50-125) va a ser de suma importancia. Plutarco nació en Queronea en el siglo I de nuestra era. Muy pronto se trasladó a Atenas para completar su educación. Estuvo en Egipto y en Roma por un período de unos 20 años durante el reinado de Vespasiano. Plutarco relata el apuro del capitán romano Sertorio. En Cádiz, Sertorio se encontró con unos marineros que justo habían llegado de unas islas del Atlántico llamadas Bienaventuradas, las cuales distaban 10.000 estadios de Libia (África). Dice el historiador que “las lluvias son moderadas y escasas, y gozan la mayor parte del año de unos “vientos dulces y provistos de rocío, lo que hace que estas tierras no sólo sean fértiles y ricas para el arado y las plantaciones sino que también produzcan un fruto natural que por su abundancia y su dulzor, basta para alimentar sin dificultad y esfuerzo una población ociosa”. Continúa narrando “que el aire que sopla en estas islas era saludable “debido a las imperceptibles diferencias de temperaturas que se producen al cambiar las estaciones porque los vientos del norte y este que soplan de nuestro continente, como tienen que atravesar un espacio vastísimo a causa de esa misma distancia, se difuminan y pierden su fuerza antes de llegar a las islas; mientras que los vientos del sur y del oeste, que envuelven sus costas, a veces traen de la mar lluvias suaves e intermitentes y con mayor frecuencia una brisa humectante que refresca la tierra y la alimenta dulcemente. Por esta razón, existe la misma creencia incluso entre los bárbaros de que en aquel lugar se encuentran los Campos Elíseos y la morada de los Bienaventurados”.<sup>48</sup>

Sigue comentando Plutarco que cuando Sertorio oyó esta descripción, se apoderó de él un vivísimo deseo de habitar aquellas islas para que su vida discurriera con sosiego en ellas y librarse así de la tiranía y de las guerras sin fin.<sup>49</sup> Los marineros hablaron de la existencia de dos islas. ¿A qué dos islas se referían estos marineros que Plutarco recoge en *La Vida de Sertorio*? Existen diversas opiniones. Para Marcos Martínez esas dos islas son Lanzarote y Fuerteventura. Sin embargo para M<sup>a</sup>. Antonia Ozaeta las dos islas en cuestión son seguramente Madeira y Porto Santo, pero no las Islas Canarias.

Fuese como fuere, el texto de Plutarco es importante desde la perspectiva turística ya que nos habla claramente de la existencia de unas islas atlánticas con un clima agradable y benigno, tópico que no se abandonará a lo largo de la historia.

De las supuestas referencias a las Canarias en la literatura antigua, no es hasta la descripción de Plinio el Viejo, escritor romano que vivió entre los años 24 al 79 del siglo I, cuando se encuentra una descripción seguramente la más científica y exhaustiva de todos los testimonios sobre las islas Afortunadas, basada en la relación que el rey Juba II de Mauritania (52 a.C-18 d.C.) escribió tras haber visitado el archipiélago.<sup>50</sup> Las islas Afortunadas de Plinio parecen corresponder geográficamente con las Islas Canarias. Así pues, sólo las descripciones de Plinio contemplan la existencia de siete islas y sus comentarios resultan convincentes, pues sus detalles parecen corresponderse con las realidades geográficas de las Canarias.<sup>51</sup> En efecto, en su *Historia Natural* Plinio el Viejo habla detalladamente de cada una de ellas. Aquí recoge Plinio los datos suministrados por Juba. Según el relato, las islas Afortunadas son Pluvialia, isla donde no hay agua, sino solamente de la lluvia; Invale, por su enorme concavidad y donde la altura de los árboles

---

<sup>48</sup> Plutarco. *Vidas Paralelas*. Trad. M<sup>a</sup>. Antonia Azoeta Gálves. Alianza. Madrid, 1998. Pág., 228.

<sup>49</sup> *Ibidem*.

<sup>50</sup> Manfredi, Valerio. *Las islas afortunadas*. Anaya-Muchnik. Madrid, 1997. Pág., 37

<sup>51</sup> Fernández-Armesto, Felipe. *Antes de Colón*. Cátedra. Madrid, 1988. Pág., 170. También, entre otros, véase Castro Alfin, D. *Historia de las islas Canarias*. Editora Nacional. Madrid, 1983; Cabrera Perera, A., *Las islas Canarias en el Mundo Clásico*, Canarias (1988); Marcos Martínez, *Canarias en la mitología*, Tenerife (1992) y *Las islas Canarias de la antigüedad al Renacimiento*, Tenerife (1996); Jorge Godoy, S., *Las navegaciones por la costa atlántica africana y las islas Canarias en la antigüedad*, Canarias (1996); Díez de Velasco-M. Martínez- A. Tejera, *Realidad y Mito*, Madrid (1997).

se eleva hasta ciento cuarenta pies; Planasia, por su aspecto totalmente plana; Ombrion, donde no hay vestigio de ningún edificio y “tiene una laguna entre montañas y unos árboles semejantes a la cañaheja, de los que se extrae el agua, la de los árboles negros es amarga y la de los más claros, agradable de beber”;<sup>52</sup> Junonia, en la cual solamente hay un templo construido con piedras; Capraria repleta de enormes lagartos; Ninguaria, cubierta de nubes y que recibió este nombre por sus nieves perpetuas; Canaria, llamada así por el gran número de canes de enorme tamaño que allí se crían. Todas las islas –continúa Plinio- están repletas de frutas y de aves de todo tipo, y Canaria tiene además abundancia de palmeras, que producen dátiles, piña y miel.<sup>53</sup> A pesar de las diferencias a la hora de identificar cada una de ellas, todo indica que las islas Afortunadas de las que habló Plinio corresponden a las Canarias.

La ciencia griega en el período alejandrino adquirió un avance espectacular en el conocimiento de la tierra. Tras las conquistas de Alejandro Magno, el centro principal de la ciencia pasó de Atenas a Alejandría. En todas sus campañas Alejandro llevaba geógrafos, ingenieros, naturalistas, etc., que levantaban planos de los países conquistados, señalando sus recursos y recogiendo una gran cantidad de observaciones sobre la historia natural y geografía.<sup>54</sup> En Alejandría, Ptolomeo, sucesor de Alejandro, fundó el Museo de Alejandría, dotado de la mayor biblioteca del jamás conocida (con 500.000 de rollos), de un zoo, un jardín botánico, un observatorio astronómico, etc. Un nuevo talante adquirió la ciencia griega, pues los griegos sacarán gran provecho de todo el saber acumulado en la antigüedad y de las matemáticas y la astronomía babilónica que conocieron cuando se apoderaron de Mesopotamia. Los astrónomos, los matemáticos y los geógrafos de entonces llevaron muy lejos los conocimientos de la naturaleza y de la tierra. La geometría conocerá un desarrollo sistemático con Euclides. Los esfuerzos por ampliar el conocimiento de la astronomía fueron sorprendentes. Arquímedes sostuvo que la tierra giraba en torno a su eje diariamente. Aristarco realiza el primer intento científico de medir las distancias de la Luna y del Sol. El estudio de la geografía matemática y astronómica también adquirió protagonismo. Le levantó mapas de la tierra con las líneas de las latitudes y las longitudes. Eratóstenes pensaba “que si no fuera por la vasta extensión del Océano sería posible navegar de España a la India siguiendo el mismo paralelo”.<sup>55</sup>

Es en este contexto cultural y científico cuando todo el caudal de noticias míticas y geográficas sobre la existencia de las islas va a ser representado geográficamente a través de la cartografía. La labor se la debemos al astrónomo, geógrafo y matemático Claudio Ptolomeo, siglo II de nuestra era. Ptolomeo vivió y trabajó en Alejandría. Recogiendo todo el legado cultural de sus predecesores, sobre todo de Hiparco, Posidonio y Marino de Tiro, Ptolomeo describe en su *Geografía*, la obra geográfica más importante de la antigüedad la tierra y representa las Canarias como el límite del mundo conocido. Con anterioridad a Ptolomeo el meridiano de longitud era Siena y Alejandría, que, según se creía, pasaba por Bizancio. Como paralelo de latitud se había tomado la línea de los 36° que pasaba por el estrecho de Gibraltar y la isla de Rodas.<sup>56</sup> Ptolomeo dividió el mundo en 36 meridianos, pasando el meridiano cero por las islas, concretamente por El Hierro, el último confín del mundo en la antigüedad. Detrás de éste punto comenzaba el Mar Tenebroso, el Océano, el mar de la oscuridad. Esta representación física de las islas ejercerá una gran influencia en la cartografía islámica y en la renacentista europea. A pesar

---

<sup>52</sup> Plinio. *Historia Natural. Libros III-IV*. Gredos. 1998. Pág., 411.

<sup>53</sup> *Ibidem*. Pág., 412.

<sup>54</sup> Mason, Stephen. *Historia de las ciencias. La ciencia antigua*. Alianza. Madrid, 1984. Pág., 58.

<sup>55</sup> *Ibidem*, Pág., 65.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

de esa clara representación geográfica, la situación de las islas siguió siendo imprecisa durante mucho tiempo.

Así pues, las islas ocuparon un lugar destacado dentro del pensamiento griego como sede de civilización o localización ideal de sociedades utópicas o fantásticas, cuya importancia se deja notar en casi toda la literatura griega.<sup>57</sup> En ellas ubicaron los antiguos el Paraíso. El mito de las islas Afortunadas se proyectó en la cultura romana. Pero lo poco que se sabía de las islas Atlánticas cayó en el olvido con la desaparición de la cultura del mundo clásico y su sustitución por el pensamiento inspirado en la filosofía escolástica y cristiana. El Océano es entendido como un territorio de tinieblas y monstruos prohibido al hombre.

Sin embargo, uno de esos escasos viajes realizado por el océano, el del abad San Brandán en el siglo VI<sup>58</sup> -en una de las muchas peregrinaciones de los dinámicos monjes irlandeses guiados por fines misionales o convencidos de la posibilidad del hallazgo del Edén-<sup>59</sup> y que dio origen a la leyenda de San Borondón, una isla paradisiaca que muchos la identifican con las Canarias y otros con Madeira o las islas Feroe, incluso con las de Siete Ciudades, va a suponer un avance en la medida en que legó la certeza de la navegabilidad de unas aguas poco frecuentadas y temidas.<sup>60</sup> Castro Delfin, recoge la sugerencia del arabista Vernet, que afirmó que las Canarias no eran desconocidas para los árabes y en especial para los de Al-Andalus, no sólo porque sus tablas tolméicas de latitudes y longitudes tenían las islas sino también la existencia de expediciones que hablan del arribo de naves a Canarias.<sup>61</sup> En el siglo IX los vikingos navegaron hacia el norte y Erik el Rojo, una vez establecido en el sur de Islandia, emprendió su viaje a América alrededor del año 1000.

## LA EDAD MEDIA

La crisis de Roma a partir del siglo III y las sucesivas invasiones germánicas y bárbaras durante los siglos IV y V van a provocar la desintegración de la sociedad romana, y va a significar un paréntesis en la práctica del viaje y consecuente del turismo. Son siglos donde la confusión se apodera de Occidente y el mundo romano se aleja cada vez más de sí mismo. El cristianismo se consolida como religión alternativa. La desaparición de la *Pax romana* y el influjo de la civilización urbana de los siglos III y IV asestaron un golpe fatal al viaje y al turismo, en particular al turismo climático.<sup>62</sup> Los bárbaros dejaron de lado las costumbres romanas y las termas y los balnearios quedaron abandonados. Por otra parte, tras la caída del Imperio romano de Occidente también se produce una profunda desertización cultural y científica. La filosofía de Aristóteles, que junto a Platón y Aristófanes había criticado duramente a Hipócrates, se impone como cuerpo pseudocientífico a lo largo de la Alta Edad Media a través de la escolástica. El aristotelismo se convirtió en la base ideológica y teológica de la cristiandad occidental y toda discrepancia contra la filosofía de Aristóteles implicaba la heterodoxia y la herejía. Para el mundo cristiano los baños públicos que los romanos habían extendido por toda Italia y Europa fueron vistos como inmorales. Consecuentemente, negó el placer del baño público al ser éste una de las formas de ocio practicada por las clases altas romanas, origen

---

<sup>57</sup> *Ibidem*. Pág., 92.

<sup>58</sup> Benedeit. *El viaje de San Brandán*. Siruela. Madrid, 1983.

<sup>59</sup> Gutiérrez Escudero, A. *América: Descubrimiento de un mundo nuevo*. Istmo. Madrid, 1990. Pág., 32.

<sup>60</sup> Castro Alfin, Demetri, "La imagen del mundo" en *El País* -11-X-1992.

<sup>61</sup> Castro Alfin, D. *Op. Cit.* Pág., 43.

<sup>62</sup> Basancenot, Jean-Pierre. *Op. Cit.* Pág., 11.

de promiscuidad sexual, erotismo y placer. La limpieza se igualó al lujo, al materialismo y al excesivo sensualismo reinante de Roma; esto hace que la suciedad fuera un distintivo de santidad y el rechazo de los baños un acto de auto abnegación digno de alabanza.<sup>63</sup> La Iglesia restringió la limpieza, especialmente en aquellos que eran jóvenes y tenían salud. El papa San Benedicto (siglo VII d.C.) comparó un cuerpo sin lavar con un templo misericordioso.<sup>64</sup> Sólo en los monasterios se conservó una viva relación entre el agua y la limpieza, pero estaba más condicionada por la religión que por la estricta higiene y el placer sensorial. En España, sin embargo, debido a la influencia de la civilización árabe, pervivió la afición a los baños públicos, a los que se acudía con asiduidad y también por motivos de recreo.<sup>65</sup>

En la Edad Media el viaje se va a desarrollar por tierra y por mar. Por tierra era poco practicado en la Alta Edad Media, pero aparece el peregrinaje. Los peregrinos marchaban, a pie, en caballería, en carreta, hacia los Santos Lugares (Roma, Santiago de Compostela, Mont St.-Michel, etc. <sup>66</sup> Pero en general, el turismo medieval se realizaba esencialmente por razones de fe y peregrinación.

Pero, en la Plena y Baja Edad Media la movilidad del hombre europeo aumenta y comienza a retomar la pérdida tradición del viaje. Las antiguas villas termales romanas, a pesar del desuso y abandono de sus termas, comienzan a renovarse en el siglo XII, especialmente Bath, donde Enrique I hizo construir el epónimo King's Bath poco después de año 1100.<sup>67</sup> Por su parte, las relaciones con Oriente, el desarrollo del comercio marítimo y la expansión de la filosofía árabe y el islamismo en el continente, propician la formación de ciudades y un espíritu de libertad comienza a surgir. Algunos centros médico-turísticos usados por los romanos durante la antigüedad clásica (Salerno, Roma, Porreta, Spa, etc.) comienzan a ser frecuentados de nuevo, a pesar del fuerte sentimiento religioso de la civilización occidental. Sentimiento que va a impregnar de un sentido milagroso, religioso, las aguas de algunos de los manantiales y fuentes. En ocasiones tampoco eran visitados por prescripción médica. De todas maneras, aunque en términos generales, la Edad Media fue una época de regresión, donde se olvidaron muchas prácticas saludables, ya que el agua había sido relegada en gran medida a la alimentación y a la agricultura,<sup>68</sup> en los últimos años de su existencia hubo un gran interés por la terapéutica de las aguas. Pazzuoli, por ejemplo, gozó de popularidad en la época medieval debido a sus baños.

### *El viaje por mar en la Edad Media y la incorporación de Canarias en la órbita europea*

En el siglo XIII, tras la pérdida de los emporios comerciales de Oriente y del Mediterráneo, los europeos inician la búsqueda de nuevas rutas comerciales para conseguir las especias de Oriente, además del oro de África. El hombre medieval se ve en la necesidad de desafiar el oscuro mundo del océano Tenebroso del Atlántico, lleno de demonios y monstruos, y que durante siglos aterrizó a los marinos cristianos y musulmanes. Las islas comenzaron a ser visitadas por esos expedicionarios europeos en sus primeras incursiones a lo largo de la costa occidental africana –el Mediterráneo

---

<sup>63</sup> Croutier, A.L. *Taking the waters*. Abbeville Press. London, 1992. Pág. 88

<sup>64</sup> Coutier, A.L. *Op. cit.* Pág. 89

<sup>65</sup> Guerrand, Roger-Henri. *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*. E. Alfons el Magnánim. Valencia, 1991. Pág., 13.

<sup>66</sup> Pascual, Pedro. "La vida cotidiana del peregrino medieval en *Vida cotidiana en la España Medieval*. Actas del VI Curso de Cultura Medieval celebrado en Aguilar de Campo. (Palencia) del 26 al 30 de septiembre de 1994. Aguilar de Campo, 1998. Pág., 197.

<sup>67</sup> Moldoveanu, Mihail. *Ciudades termales en Europa*. Lunwerg. Barcelona, 1999. Pág., 32.

<sup>68</sup> Pascual, Pedro, *Op. Cit.* Pág., 197.

atlántico, como lo denomina Chaunu-. Ahora, el cambio de mentalidad del hombre medieval y los progresos técnicos de la navegación traen como consecuencia la clara intención de redescubrir las islas Atlánticas. Las islas ocuparon un lugar destacado dentro del pensamiento griego como sede de civilización o localización ideal de sociedades utópicas o fantásticas, cuya importancia se deja notar en casi toda la literatura griega. Los europeos conocían su existencia y comienzan su exploración. Los primeros navegantes, sobre todo catalanes, mallorquines e italianos, van a mostrar un espíritu aventurero para realizar la visita física. En la Edad Media las islas dejaron de ser un lugar mítico para convertirse en una referencia real. En la antigüedad nunca se intentó la ocupación de los archipiélagos atlánticos, intención que sí aparece en la mente del hombre medieval.

La proyección de las islas en la Europa medieval se realizaría en dos vertientes: una escrita y otra cartográfica. Entre las fuentes escritas, la imagen de Canarias se nos presenta a veces a través de unos viajes imaginarios y otras veces a través de relatos de viajes reales. Veamos cada una por separado.

Entre los relatos imaginarios podemos poner como ejemplo *El libro del conocimiento de todos los reinos et tierras et señoríos que son por el mundo, et de las señales et armas que han cada tierra et señorío por sy et de los reyes et señores que los proueen* escrito por un anónimo franciscano castellano a finales del decenio de 1340.<sup>69</sup> El libro, que puede considerarse como la primera geografía medieval, fue esencialmente una compilación literaria, y no el registro de viajes hechos realmente por su autor, por África y otras partes del mundo. En su códice 12 aparece Canarias, donde por primera vez figuran enumeradas todas las islas, con los nombres que luego se generalizarán y en el orden correspondiente a su situación geográfica respecto a la costa africana.<sup>70</sup> En este texto se hace mención al viaje realizado a finales del siglo XIII, en 1291, en dos galeras por los hermanos mercaderes genoveses Ugolino y Vadino Vivaldi, pilotadas por mallorquines, con la intención declarada de abrir la ruta marina sobre la India. Los hermanos Vivaldi y sus acompañantes nunca regresaron para hablar de sus experiencias, ya que se perdieron en algún punto al sur de las islas, pero sí se ha sugerido que pudieron visitar Canarias.<sup>71</sup> Según el historiador inglés J.R.S. Phillips, el viaje de 1291 no fue un acontecimiento aislado, sino el inicio de una serie de expediciones atlánticas que se proyectarían a lo largo del siglo XIV, aunque algunos corrieron la misma suerte de los Vivaldi, como fue el caso de Jaime Ferrer en 1346. Pero mayor suerte tuvo Lancelotte Malocello.

Malocello era un comerciante genovés que había estado realizando el comercio entre Cherbough (Francia) y Ceuta. Además, había frecuentado el Atlántico sur. En uno de

---

<sup>69</sup> Phillips, J.R.S. *La expansión medieval de Europa*. F.C.E. Madrid, 1988. Pág., 188.

<sup>70</sup> Castro Alfin, D. *Op. Cit.* Pág., 58.

<sup>71</sup> Castro Alfin, D. *Op. Cit.* Pág., 49. Phillips, J.R.S. *Op. Cit.* Pág., 191-193. Aznar Vallejo, E. *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*. Síntesis. Madrid, 1994. Pág., 53. Existe una abundante bibliografía sobre la expansión atlántica. Pidiendo de antemano disculpas por alguna omisión, destaco los siguientes títulos: Serra Ràfols, “los mallorquines en Canarias”, *RH* (1941), “La navegación primitiva en el Atlántico africano”, *AEA* (1971); Cioranescu, A., “El descubrimiento de Canarias”, *Reseña* (1960); Rumeu de Armas, A., “La exploración del Atlántico por mallorquines y catalanes en el siglo XIV”, *AEA* (1964), “Mallorquines en el Atlántico”, *Homenaje a Elías Serra Ràfols*, Laguna (1970); Morales Padrón, F. “Los descubrimientos en los siglos XIV y XV y los archipiélagos atlánticos”, *AEA* (1971); Sevillano Colom, F. “Los viajes medievales desde Mallorca a Canarias. Nuevos documentos”, *AEA* (1972); Chaunu, P. *La expansión europea (siglos XIII y XIV)*, Barcelona (1972); Ladero Quesada, M.A., *Los primeros europeos en Canarias (siglos XIV y XV)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1979; Tejera Gaspar, A.-Aznar Vallejo, E., “El primer contacto entre europeos y canarios, ¿1312?-1477?”, *VII Coloquio Historia Canario-Americano*, v. i, Las Palmas de G.C. 1991. Favier, Jea. *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*. FCE. México, 1991; Morales Padrón, F. *Canarias en los cronistas de Indias*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1991.



estos viajes redescubrió las Canarias en 1312.<sup>72</sup> Según Verlinden, el viaje se produjo en 1336, o muy poco antes, cuando se encontraba el genovés al servicio de Portugal. La isla de Lanzarote recibió el nombre en memoria de su persona. Las islas Canarias fueron las primeras islas de Atlántico redescubiertas por los europeos. A raíz del viaje de Malocello, tanto mallorquines como portugueses se interesan por las islas.<sup>73</sup> En 1341 bajo bandera lusitana el almirante Pessagno se dirigió a Fuerteventura, Gran Canaria, El Hierro, La Gomera y La Palma. En la primavera de 1342 los mallorquines, al mando de los patrones Francesc des Valer y Domingo Gual, llegaron a Gran Canaria.<sup>74</sup> A partir de entonces, el archipiélago canario no dejaría de ser visitado.

La imagen de los aborígenes en estos primeros navegantes medievales estaba salpicada de monstruos, propia la literatura medieval donde la leyenda y la realidad se fundían en el relato y los países exóticos aparecían ilustrados con las imágenes de seres híbridos y criaturas divinas.<sup>75</sup>

Cinco años después de la expedición de Malocello se proyecta un viaje que va a ser uno de los más importantes de los realizados entre las primeras expediciones atlánticas, en la medida en que sus pilotos van a dar la primera descripción cultural de los aborígenes de las islas Canarias. El viaje fue realizado por dos naves bajo los auspicios del rey de Portugal. Zarparon de Lisboa el 1 de julio 1341.<sup>76</sup> Iban castellanos, catalanes, florentinos, genoveses y al mando de la expedición el capitán florentino Angelino del Tegghia dei Corbizzi y el piloto genovés Nicolosso de Recco. Dado el desconocimiento que había de las islas, cargaron sus naves con caballos y se dotaron con armas para asaltar pueblos y castillos. Fue posiblemente el primer viaje realizado por europeos donde se combinaba los fines «turísticos», de simple curiosidad exótica y espíritu aventurero, con los fines de exploraciones comerciales. Animados por el deseo de observar a los habitantes, recursos naturales y demás aspectos, aunque aún no se atrevieron a adentrarse en el interior de las islas permanecieron alrededor de dos meses en Fuerteventura, Gran Canaria, El Hierro, La Gomera, La Palma y Tenerife.

El encargado de redactar el viaje de Tegghia dei Corbizzi y Nicolosso de Recco fue el poeta renacentista y una de las figuras más grandes de la literatura universal, Giovanni Boccaccio. El relato del viaje, redactado entre 1342 y 1344, lo tituló «*De Canaria et insulla reliquis, ultra Hispaniam in oceano noviter repertis*»<sup>77</sup> (“Canarias y las otras islas nuevamente descubiertas más allá de España”). El Padre de Boccaccio, Boccaccino de Cellino, un hombre de familia burguesa rural, se trasladó a Florencia para probar suerte en la aventura comercial, entrando como agente al Servicio de los Bardi, una compañía comercial que entró en una estrepitosa quiebra en 1345, cuando el rey de Inglaterra, Eduardo III, no pudo devolverle a la compañía novecientos mil florines de oro que le había prestado para su guerra contra Francia. Ciertos comerciantes florentinos colaboradores de los Bardi en Sevilla debieron pasarle información a Boccaccio de la expedición a las islas de Corbizzi y Recco en 1341.<sup>78</sup> El texto fue encontrado en la

---

<sup>72</sup> Thornton, John. *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*. Cambridge U. Press. Cambridge, 1992. Pág., 23.

<sup>73</sup> Ladero Quesada, Miguel A. *Los primeros europeos en canarias (siglos XIV y XV)*, Las Palmas, 1979. Pág., 10.

<sup>74</sup> *Ibidem*. Pág., 11.

<sup>75</sup> Wittkower, R. *Sobre la arquitectura en la Edad del Humanismo*. Gustavo Gili. Barcelona, 1979. Pág., 73.

<sup>76</sup> Henry M., Richard en *Le Canarien* de Jean de Bethencourt. Hakluyt Society. London, 1872. Pág., xiii.

<sup>77</sup> Boccaccio, G. “*De Canaria et insulla reliquis, ultra Hispaniam in oceano noviter repertis*” en *Monumenta Henricina, 14 vols. Lisboa, 1960-1974. v. i.* Págs., 202-206 (existe traducción al español de J. A. Delgado, 1999).

<sup>78</sup> Hernández Esteban, María. “Prólogo” en la edición del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio. Cátedra. Madrid, 1998. Pág., 30.

biblioteca magliabechi de Florencia y difundido en 1827 por Sebastián Ciampi. Para la investigación isleña el texto fue divulgado por Sabin Berthelot, en traducción francesa y de él derivó la primera versión castellana, en 1849, debida a Juan A. Malibrán.<sup>79</sup> El relato de Boccaccio constituye las primeras páginas redactadas sobre la cultura prehispánica isleña (costumbres, manifestaciones religiosas, vestido, lenguas, viviendas, etc.). Aunque algunos datos deben ser admitidos con ciertas reservas, no cabe duda que nos encontramos con un relato que proyecta definitivamente al aborigen canario y su cultura en Europa.

Boccaccio comienza su relato con la primera isla que divisó Recco, según Richard Major, muy probablemente pudo ser Fuerteventura, aunque otros señalan también Lanzarote. Era una tierra sin cultivar, con abundante ganado, sobre todo cabras, y “sus habitantes iban desnudos, por sus apariencias y maneras parecían salvajes”. En la isla consiguieron gran cantidad de pieles y sebo, pero no se atrevieron a penetrar en su interior.<sup>80</sup> Luego pasaron a Gran Canaria, donde los naturales iban casi desnudos, pero había algunos, los superiores al resto, que estaban vestidos con pieles de cabras amarillas y rojas. Desembarcaron en el norte de la isla 25 hombres armados para ver las moradas de los habitantes. Según los viajeros, era la parte de la isla mejor cultivada, cosechándose trigo, cereales y frutales. No desembarcaron en El Hierro ni en La Gomera, pues creyeron que no estaban habitadas. Tenerife es destacada por su enorme Pico (el Teide). La alusión al mismo evoca el miedo y el terror a las montañas que aún existían entre los humanos. A lo largo de todo el mundo medieval y renacentista a Tenerife se le conocería como la “Isla del Infierno” porque “los labios del volcán eran los de la boca del infierno”. Señalaron que cada isla tiene una lengua diferente, razón por lo que tuvieron problemas para comunicarse con los aborígenes. También señalaron el hábitat de los antiguos pobladores, la alimentación, etc. Los viajeros contaron 13 islas, de las cuales algunas estaban vacías –según Major- solamente cinco estaban habitadas<sup>81</sup> y desconocían medios de comunicación, trasladándose de unas a otras nadando.

Los expedicionarios regresaron al puerto portugués en noviembre, llevando consigo cuatro nativos capturados en Gran Canaria. Según el relato, tenían cabellos rubios que le llegaban hasta el ombligo, con los cuales se solían cubrir. Apenas tenían unos taparrabos como vestimenta e iban descalzos. Eran robustos y fuertes, pero a la vez cantaban suavemente y eran muy alegres y amables. Tenían un gran sentido de la honestidad que les llevaban a compartir la comida cuando se les daba. Desconocían cualquier moneda de oro o plata, a las cuales no les daban importancia y desconocían perfumes y otras prendas de adornos.<sup>82</sup> Además de los nativos, también se llevaron pieles de cabras y focas, aceite de pescado, grasas y maderas de secuoyas, un árbol cuya resina se usaba para teñir. Décadas después los marinos vascos y andaluces recorrieron el archipiélago tomando cueros, cera y esclavos isleños.<sup>83</sup>

La expedición de los italianos Corbizzi y Recco es de suma importancia, pues es el primer testimonio literario donde se escribe la diversidad humana y geográfica de las islas. A partir de entonces las islas empiezan a ser fuente de suministro de esclavos y lugar de recolección silvestre de orchilla, barrilla y *Sangre de Drago*, tan apreciada en la farmacopea de la época.

A los pocos años del viaje a Canarias de los italianos, en noviembre de 1344 el Papa Clemente VI investía como Príncipe de la Fortuna (Canarias) al español Luis de la

---

<sup>79</sup> Castro Alfin, D. *Op. Cit.* Pág., 52.

<sup>80</sup> Major, R. *Op. Cit.* Pág., XV.

<sup>81</sup> *Ibidem.* Pág., XVII

<sup>82</sup> *Ibidem, pp.*, XIX.

<sup>83</sup> Aznar, E. *Op. Cit.* Pág., 55.

Cerda. El mismo Clemente VI con sus propias manos le ciñe la cabeza con una corona de oro., engastada con piedras preciosas.<sup>84</sup> Uno de los motivos de la expedición de conquista de Luis de la Cerda –de acuerdo con el texto pontificio- era el de convertir a los habitantes de las islas a la fe cristiana.<sup>85</sup> Sin embargo, esta expedición de conquista de Canarias nunca se realizó. Las expediciones continúan y pronto se produce la erección del obispado misionero de la Fortuna (1351) y se fija la sede episcopal de Fortuna en Telde (1352). Comienzan las primeras reclamaciones de soberanía sobre Canarias entre Castilla y Portugal, hasta los acuerdos diplomáticos firmados para restaurar la concordia entre ambos reinos (Tratado Alcaçóvas-Toledo de 1479 y Tordesillas del 7 de junio de 1494).<sup>86</sup>

Europa persiste en el dominio y control de las islas y el siglo XV asiste a la expansión europea y la conquista de Canarias, pues su estratégica ubicación animó a las potencias hispanas a convertir el conjunto de las islas Atlánticas en un objetivo de primer orden. En 1402 se realiza la primera de las expediciones con claras intenciones de conquista y están al frente de la misma Jean de Béthencourt, un rico normando de la región de Caux, propietario del importante castillo de Garinville-la-Teinturière, y Gadifer de la Salle, un funcionario real. Hay en la mente del normando la clara intención de conquistarlas. Con la visita de Gadifer de la Salle y Jean de Béthencourt se inicia la colonización de las islas en nombre de Castilla. Pero lo importante de esta expedición es que Jean de Béthencourt eligió a Pierre Bontier, un monje de St. Jouin de Marnes, y el cura Jean de Verrier, para que se encargaran de escribir la historia de la expedición. El resultado es el libro titulado *Le Canarien o el libro de la conquista y conversión de las Canarias*. *Le Canarien* es el texto más importante no solamente por la descripción de los aborígenes isleños sino también porque nos habla del paisaje isleño, a la vez que contiene valiosa información iconográfica.<sup>87</sup> El relato tiene el mérito –como señala Aznar Vallejo- de ser una mirada precisa sobre el archipiélago.<sup>88</sup> A partir del viaje de Jean de Béthencourt y Gadifer de la Salle a lo largo del siglo XV se suceden toda una serie de expediciones castellanas para la definitiva conquista de Canarias, hecho que sucede en 1496 con la definitiva incorporación de Tenerife.

A medida que se consolida el proceso de incorporación de las islas a la Corona de Castilla a lo largo del siglo, el archipiélago se convierte en un centro de aguada y avituallamiento; de escala obligada en la ruta hacia las Indias y África. Con estos viajes geográficos “todos los puertos abiertos al Atlántico son un hervidero de actividad, de ambiciones, de ideas, de proyectos más o menos locos; una religiosidad tan vaga como exacerbada fermenta en los espíritus, empuja a repetir la cruzada y a descubrir el Paraíso”.<sup>89</sup> En pleno proceso de conquista de las islas, en abril de 1455 el comerciante veneciano Alvise Cadamosto realiza su expedición a lo largo de la costa de África auspiciada por Enrique el Navegante y visita La Gomera y El Hierro. Descubrió el

---

<sup>84</sup> Weckmann, Luis. *Constantino el Grande y Cristóbal Colón*. FCE. México, 1949. Pág., 186-87.

<sup>85</sup> *Ibidem*. Pág., 88.

<sup>86</sup> Sobre el obispado de Telde, veáse Rumeu de Armas, A., *El Obispado de Telde. Misioneros mallorquines y catalanes en el Atlántico*, Madrid, 1986. y sobre la rivalidad castellano portuguesa, veáse Pérez Embid, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla 1948, y Varela Marcos, Jesús, *El tratado de Tordesillas*, Valladolid, 1997.

<sup>87</sup> Existe traducción en español con notas a cargo de Alejandro Cioranescu, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1986. Existe bastante literatura sobre esta expedición, de la cual destacaría, además de la ya mencionada de Cioranescu, Bonet Reverón, *Las Canarias y la conquista franco-normanda*, Laguna, 1944; Ladero Quesada, Miguel A. *Los primeros europeos en canarias (siglos XIV y XV)*, Las Palmas, 1979; Cioranescu, A., *Juan de Betencourt*, Santa Cruz de Tenerife, 1982; entre otros.

<sup>88</sup> Aznar, E. *Op. Cit.* Pág., 55.

<sup>89</sup> Zumthor, P. *Op. Cit.* Pág., 240.

Senegal.<sup>90</sup> Después de su regreso exitoso a Portugal, a principios de mayo de 1456 pone de nuevo rumbo al sur, pero en esta ocasión sólo pasa por Canarias sin detenerse. Sus viajes son publicados con éxito bajo el título de *Relación de viajes*. Cadamosto es el primero que nos da una relación demográfica de las islas. Según él, Gran Canaria tiene de 8.000 a 9.000 habitantes y Tenerife tiene entre 14.000 y 15.000 habitantes. Habla mucho más de Tenerife que de otras islas.

Las observaciones que hacen Angelino del Tegghia dei Corbizzi y Nicolosso de Recco, Jean de Béthencourt, y Gadifer de la Salle y Alvise Cadamosto en sus relatos de redescubrimiento de las islas ponen de manifiesto las obsesiones del hombre medieval. Está presente en todos ellos el miedo a lo desconocido, la extrañeza del mundo. Se encuentran por primera vez con el salvaje. Se fijan en la vestimenta. Corbizzi y Recco señalan que iban semidesnudos, solamente tapándose sus partes con taparrabos de palmeras y juncos. Por su parte Cadamosto señala que iban siempre desnudos, excepto algunos unos pocos que ponían algunas pieles de cabra por delante y por detrás. Corbizzi y Recco señalaron que tenían pelos rubios que les llegaban hasta el ombligo, se cubren con los mismos y caminaban descalzos. Cadamosto señaló que se untaban el cuerpo con sebo de macho cabrío mezclado con hierbas para endurecerse la piel y protegerse del frío. Estaba presente en ellos, común al hombre medieval, las objeciones sobre la sexualidad y la moral. Cadamosto insinúa que las mujeres no son comunes, pero que les está permitido cuantas quieran. Hace referencia a la desfloración de las mujeres vírgenes por los menceyes. No menos importante para los cronistas fueron las referencias a las creencias religiosas idólatras, donde se adoraba al sol, la luna y los planetas. Es decir, quedaron cautivados por las costumbres y formas de comportamientos de extraños salvajes, de seres envueltos en la oscuridad, en contraste con sus formas de vida, con la cultura de lo iluminado, de lo civilizado. Nace en estos textos medievales la primera representación del salvaje real, blanco y humano, que se proyectaría en Europa, un siglo antes del indio americano. El aborígen canario sería el primero de este tipo que conocería una Europa prerrenacentista que comenzaba ya a desplazar a Dios y poner al hombre en el centro del mundo.<sup>91</sup>

Poco a poco comienza a surgir una nueva sociedad en Canarias. Una vez finalizada la empresa militar en cada isla, los reyes de Castilla en cada momento van otorgando poder a los señores conquistadores para realizar el reparto de bienes, fundamentalmente tierras y agua, en beneficio de los que hayan participado en su conquista y de los que acuden a establecerse en ella. La vieja organización social y política aborígen se sustituye por las de los nuevos colonos, procediéndose a la ordenación institucional como en el resto de los territorios de dominio de la monarquía. Se inicia la actividad económica que giraba en gran medida en torno a la tierra, primero con el cultivo de la caña y su explotación azucarera e inmediatamente con el cultivo del viñedo. La puesta en explotación de ambos cultivos incorporaría a Canarias en Europa definitivamente. Paralelamente, la repoblación aplicada por la Corona de Castilla permitió la formación de una nueva sociedad cuya característica básica es el mestizaje producto de la convivencia de los diferentes grupos humanos procedentes de Europa (Castilla, Aragón, Portugal, Génova, Francia, Flandes, etc.) y las aportaciones autóctonas, y más tardes de otros pueblos y continentes, como el americano.

Estaba naciendo el viaje de descubrimiento y asistiéndose a la expansión europea a través de los mares. Las islas recibieron las visitas de muchas de las más importantes expediciones que se realizaron a lo largo de las décadas siguientes, a la vez que se

---

<sup>90</sup>Favier, Jean. *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*. F.C.E. México, 1995. Pág., 331.

<sup>91</sup>González, Antonio. "El salvaje europeo". *La Provincia*, 5-IV-1999.

despertó el interés de los europeos por los viajes a la costa occidental africana. Por ejemplo, las del florentino Américo Vespucio, célebre porque llegó a grandes áreas desconocidas del Nuevo Mundo. Precisamente, el continente se llamó América en honor a su nombre. Quizá se trate del primer hombre que navegó en sus cuatro viajes por las costas del sur y norte de América, principalmente los territorios de Florida, y la mayoría del territorio que descubrió, el Brasil. Fue durante su primer viaje, el 10 de mayo de 1497, cuando estuvo una semana en las islas (Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife y La Gomera).<sup>92</sup> En el resto de sus viajes solamente pasó por aguas Canarias. O la visita de Cristóbal Colón el navegante que se ha convertido en el más universalmente célebre no sólo de todos los viajeros sino de todos los personajes históricos, durante sus cuatro viajes entre los años 1492 y 1502. O las visitas de Diego Alvarez Chanca (1493), Michael Cúneo (1495), Coma-Nicolás Esquilache (1494)<sup>93</sup> la de Magallanes y Juan Sebastián El Cano en septiembre de 1519 para repostar agua y víveres en su expedición alrededor del mundo.

Los más importantes historiadores y cronistas de viajes portugueses del momento comienzan a ocuparse de la aventura europea en el archipiélago canario. Tenemos la crónica de Gomez Eanes de Azurara, que, en 1448, habla de Canarias, según la información recogida por un marinero de Enrique el Navegante, Alfonso de Cerreira, durante su expedición para la conquista de Guinea, probablemente ocurrida en 1443.<sup>94</sup> O la de João de Barros, el gran historiador de la Portugal colonial del siglo XVI, aunque se relato data recién acabada la conquista. En 1522 el rey Juan III envió a João de Barros a Guinea como gobernador, permaneciendo en el cargo tres años. Dedicó todos sus esfuerzos a recopilar materiales y documentación de los viajeros para escribir en 1552 su monumental obra *Décadas da Asia*, trabajo donde aparece sus comentarios sobre las islas. En el siglo XVI también destaca la del militar e historiador portugués, de origen hindú, Antonio Galvão. Fue gobernador de las Molucas, donde redujo a los indígenas que se habían sublevado contra el dominio de Portugal. Escribió *El descubrimiento del mundo desde sus orígenes hasta el año 1555*, traducido al inglés por Richard Hakluyt. Aquí narra la historia de los descubrimientos del mundo desde los principios de la navegación hasta el año 1555, dos años antes de su muerte. Galvão da particular importancia a los viajes de los castellanos y portugueses a las islas desde el siglo XIV. Además, relata el descubrimiento de las Antillas e Indias realizado por los españoles, dedicando una amplia atención a los viajes de Cristóbal Colón. O Diogo Gomes, marino portugués, que trabajaba para el infante Enrique el Navegante. En 1556 hace una expedición a Guinea con tres carabelas, llamada una la *Picanso*, a cuyo mando estaba él.<sup>95</sup> En su libro *De la Première découverte de la Guinée*, narrado en un maravilloso latín, Diogo Gomes relata la historia de los viajes de los portugueses a lo largo de la Costa occidental de África. Durante su travesía de ida pasó por Gran Canaria y en la de su regreso paso por La Palma. Así pues, no se paró en las islas, ni en éstas ni en otras, pero escribió sobre ellas. Es el primero que da referencias de las creencias de los aborígenes, de los hábitos culinarios, etc.

Las islas también se proyectan en la Europa medieval a través de las representaciones cartográficas y los llamados portulanos. Los primeros de estos mapas (portulanos) eran conocidos como T, y en los mismos se proyectaban las ideas cosmológicas y geográficas que dominaron la Europa cristiana durante la Edad Media. Consistían en una esfera circular con el océano alrededor del exterior, el Este en el

---

<sup>92</sup> Kerr, Robert. *A general History and Collection of Voyages*. London, 1811.

<sup>93</sup> Morales Padrón, Francisco. *Primeras cartas sobre América (1493-1505)*. Universidad de Sevilla, 1990.

<sup>94</sup> Henry M., Richard. *Op. Cit.* Pág., xxvii.

<sup>95</sup> Gomes, Diogo. *De la Première Découverte de la Guinée, (fin XV<sup>o</sup> siècle)*. Centro de Estudos da Guiné Portuguesa. Bissau. 1959. Pág., 7 (existe traducción al español de J.A. Delgado, 1999).

extremo superior y Jerusalén en el centro.<sup>96</sup> Con frecuencia en el extremo superior se representaba la cara de Cristo. Ése es el caso del mapa medieval de unos 3 metros de la ciudad alemana de Ebsfort (1235). Aquí, el cuerpo de Cristo domina todo el mundo, su cara aparece reflejada en el extremo superior y sus extremidades en los puntos cardinales. En este mapa el extremo del mundo conocido aparece señalado San Borondón (*Brandanus*) como la Isla Perdida que los monjes irlandeses en el siglo VI afirmaron que existía cerca del archipiélago canario y sin coordenadas de latitud o longitud, es claramente una de las *Fortunate Islands* (islas Canarias).<sup>97</sup> De características similares es el mapa de la catedral de Hereford (1290), aproximadamente de un metro y medio, realizado por Richard de Haldingham, probablemente en Lincoln en 1280.<sup>98</sup> Otras fuentes los sitúan en 1290, incluso en el año 1300. El mapa está decorado con detalles bíblicos, historias medievales y bestiarios, donde las islas Canarias aparecen bajo la inscripción *Fortunatae Insulae sex sunt Insulae Sct. Brandani*.

Los portulanos eran unos mapas elaborados según la información facilitadas por los navegantes en los siglos XIV y XV utilizando las rosas de los vientos y rutas de los rumbos. Los navegantes mientras avanzaban en sus viajes, iban trazando unas cartas que indicaban la distancia y dirección entre los puertos de destino y se añadían los últimos lugares que se iban descubriendo. Estos mapas portulanos estaban basados en la experiencia directa de los marineros y los primeros empiezan a aparecer las Canarias de una manera permanente, aunque carecen de posición geográfica, incluso en muchas ocasiones lejos de la nomenclatura actual del archipiélago. Sólo a finales del siglo XV es cuando la imagen de las islas es más precisa producto del avance de la cartografía y del sistemático avance de la navegación. Así pues, esa visión de las islas generada por los viajeros se va a representar en los mapas de la época. Aproximadamente unos 600 mapas han sobrevivido en el tiempo. Señalemos los más importantes.

En el portulano de Angelino Dulcert (1339) que se conserva en la *British Library*, se puede apreciar el archipiélago canario integrado por tres islas: Vegi Mari (Isla de Lobos), Lanzarotus Marocelus (Lanzarote) y Forte Ventura (Fuerteventura). Llama la atención la situación de las islas, particularmente de Fuerteventura. La posición correcta de la isla es de 28.0 N y 14.0 O. Dulcert la representa 30.0 N y 13.0 O, es decir, unos errores mínimos. Un nuevo grupo de islas aparecen más al norte cuyos nombres son Canaria, Insula de Caparar y Coruimaris. Según Donald Johnson, parte corresponde a Madeira<sup>99</sup> y aparecen calificadas como *Insulle Sct. Brandani siue puelarum*. De características similares es el mapa de Pizigani de 1367, aunque ahora aparecen las siete islas y una sin nombre. Pero, pocos años después va a ver la luz el gran mapa del siglo XIV: el *Atlas Catalán*. Es un portulano a la vez que carta náutico-geográfico realizado en 1375 por el judío mallorquín Abaham Cresques y su hijo Jafuda. Comisionado por don Juan, el hijo del rey de Aragón, los Cresques reproducen un trabajo cartográfico artístico donde se combina la geografía de Europa y el Mediterráneo con la tradición ptoloméica de la representación de Asia.<sup>100</sup> El éxito y la difusión del *Atlas Catalán* fue inmediato. En 1381 es presentado al rey Carlos VI de Francia y Jafuda pasó al servicio del rey de Portugal hacia 1412 a solicitud del infante Don Enrique el Navegante, y dio un impulso renovador a la cartografía portuguesa.<sup>101</sup>

---

<sup>96</sup> Hodgkiss, Alan G. *Discovering Antique Maps*. Shire P. Ltd. London, 1996. Pág., 24.

<sup>97</sup> Johnson, Donald S. *Phantom Islands of the Atlantic*. Souvenir Press. London, 1996. Pág., 173.

<sup>98</sup> Harvey, P.D.A. *Medieval Maps*. British L. London, 1991. Pág., 28.

<sup>99</sup> Johnson, D. *Op. Cit.* Pág., 175.

<sup>100</sup> Hodgkiss, Alan G. *Op. Cit.* Pág., 93.

<sup>101</sup> Cerezo Martínez, Ricardo. *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI*. C.S.I.C. Madrid, 1994. Pág., 10.

El *Atlas Catalán* fue el prelude de los portulanos que aparecerán en el siglo XV, siglo de conquista de las islas y conocimiento de la mayor parte de la costa occidental de África. En los portulanos de este siglo el grupo de los archipiélagos canario y madeirense aparecen perfectamente situados y señalizados. Los portulanos de Matías Viladestes (1413), Zuane Pizzigano (1424), Pedro Reinel (1483) y muchos otros fueron significativos pues representaban las costas de Europa, África y Canarias. Destaca por su importancia los de Bartolomeo Pareto y Gracioso Benincasa. En el mapa de Bartolomeo Pareto de 1455 Madeira y Canarias están completamente representadas y señalizadas, incluso con los mismos nombres que las conocemos hoy en día. Pero, por añadidura, en el mapa de Pareto ya no solamente aparecen esos dos archipiélagos sino que también se representan las nueve islas de las Azores. Los tres grupos de islas están alineados de norte a sur, todos en la misma longitud. Esto no significa que los geógrafos y cartógrafos no conocieran las posiciones de los archipiélagos sino que era como consecuencia del desconocimiento de las medidas de longitud y latitud.<sup>102</sup> El portulano de Gracioso Benincasa es el más significativo del siglo XV. Cuando Cadamosto regresa a Venecia en 1463 con mapas e información hidrográfica se los entregó a Benincasa. De esa manera, años después, 1467, Gracioso Benincasa elabora un atlas de cartas portulanas de la costa occidental africana hasta ese momento conocida, que reproduce las observaciones de Cadamosto en su viaje a lo largo de la costa de África.<sup>103</sup> La importancia de estos dos portulanos radica en que las islas aparecen denominadas con topónimos de hoy en día.

Este material cartográfico contribuyó a fijar y difundir la nomenclatura de las distintas islas en la Europa medieval y renacentista.

También los primeros viajeros por las islas destacaron la benignidad del clima

## **EL NACIMIENTO DEL TURISMO. EL *GRAND TOUR***

Los ideales impulsados por el Renacimiento, la Reforma y el Humanismo a partir de mediados del XVI propiciarían de nuevo la práctica turística, el viaje a los balnearios y marca el comienzo de la Edad Moderna en la historia del turismo. Los renacentistas redescubren los textos clásicos de la literatura médica de Plinio, Hipócrates, Asclepiades, Celso, Galeno, Musa y muchos otros que habían elogiado la utilización de las aguas termales con fines medicinales y que sin embargo habían sido abandonadas durante siglos, a la vez los hombres de arte y de ciencias se inspiran en la cultura y monumentos de la antigüedad. Las prácticas termales de los antiguos se revalorizan e incitan a emprender el viaje hacia sus aguas.<sup>104</sup> Con el Renacimiento se despierta además el motivo del viaje cultural. Se consagra el viaje a Italia. El arte en el viaje se convierte en un motivo de desplazamiento a lo largo del siglo XVII, dando lugar al *Grand Tour*.

Por su parte, la Reforma proclama que el alma del cristiano protestante debía de liberarse de las trabas de los poderes místicos y que ocuparan su lugar el nuevo aliento espiritual proporcionado por las fuerzas de la naturaleza. El protestantismo, al subrayar la importancia de la conciencia individual y de la fe interna, permitía que el hombre actuara en libertad de acción. Probablemente nadie supo expresar esa mentalidad tan bien como el médico suizo Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493-1541), quien se dio a sí mismo el nombre de Paracelso. Máximo exponente de la medicina

---

<sup>102</sup> Jonhson, D. *Op. Cit.* Pág., 178.

<sup>103</sup> Brotton, Jerry. *Trading Territories*. Reaktion Books. London, 1997. Pág., 60.

<sup>104</sup> Moldoveanu, Mihail. *Op. Cit.* Pág., 33

protestante, Paracelso era un fanático de la experiencia, y de la fuerza de la naturaleza y sus peculiaridades. Según él, el médico no es más que un servidor de la naturaleza y “quien quiera ser un buen médico deberá anclar su fe en la luz de la razón de la naturaleza, sanar a partir de ella y no empezar nada sin ella”.<sup>105</sup> Paracelso, como Rowsee y otros pensadores de la medicina moderna, atribuían las curas no a nada sobrenatural sino a los efectos del aire puro y las aguas minerales de los manantiales y de los balnearios. De nuevo la hidroterapia empezó a ser asumida por los europeos. Como consecuencia de los cambios ideológicos que provocaron dichos movimientos, las aguas de las fuentes «sagradas» de los balnearios vuelven a ser de nuevo consideradas como uno de los elementos de la naturaleza a elogiar. A partir de entonces, los dictámenes médicos empiezan a sustituir a la fe en la mente de los acaudalados europeos.<sup>106</sup> La medicina ya no sería considerada por más tiempo un artilugio, mezcla de alquimia y magia, sino una ciencia basada en el conocimiento y la experimentación. Se establecen las relaciones causales entre los factores ambientales y las enfermedades. Tales ideas renacentistas y modernas adquieren mayor protagonismo en los países de mayoría protestante situados al norte de los Alpes, es decir, donde más claramente triunfaron las ideas paracelsianas,<sup>107</sup> siendo más lenta su difusión en aquellos países de mayoría católica.

Sin embargo, el interés mostrado por los médicos de la Europa no protestante en promover los balnearios pegados o cerca a los pueblos donde ejercían su profesión, provocó un cambio en el seno de las cortes europeas a partir de las últimas décadas del siglo, como por ejemplo en Francia,<sup>108</sup> dando origen al «termalismo de corte»; los reyes, las reinas (sobre todo aquellas que esperan un tratamiento contra la esterilidad) y los grandes del reino se dirigen a Pougues-les-Eaux, Bourbon-Lancy, Aix-en-Provence, etc. Realzado por la distinción de estos visitantes reales que recorren Europa, el gusto por «ir a las aguas» no conocerá ya fronteras, a pesar del costo y las dificultades que suponía el viaje en la época.<sup>109</sup> En Francia comienzan a destacarse Forbes, Vichy, Balaruc y otros lugares por las propiedades terapéuticas de sus aguas. Se desarrollan estaciones balnearias en Bélgica, Inglaterra, Suiza, Alemania, Italia y Francia, fundamentalmente. A ellos solían acudir las elites nacionales durante los meses de primavera y verano. En Italia sobresalían los baños termales de la región volcánica de Pazzuoli, cerca de Nápoles, Porreta en la región de Bolonia y Lucca, donde Michel Montaigne durante su *tour* a los baños italianos en 1581 bebió y se bañó en sus aguas. Lo mismo sucedía con los balnearios de Aquisgrán, Baden-Baden en Alemania. Sin embargo, destacaban sobre el resto Spa en Bélgica -auténtico lugar descubierto por los ingleses en los primeros años del siglo XVII y sitio privilegiado en el *Grand Tour*- y Bath en Inglaterra, país donde el viaje y el turismo con fines terapéuticos alcanzaron una gran práctica. Se ha llegado a afirmar que el turismo nació con los ingleses. La Edad de Oro de Inglaterra empezó en la segunda mitad del siglo XVI, la era de Isabel I y Shakespeare, una era marcada por la acción y el movimiento.<sup>110</sup> William Camden (1551-1623) durante sus viajes por Inglaterra recogiendo documentación para su obra *Britannia* (1586) anotó que muchas carreteras del país estaban llenas de viajeros a pie o a caballo, muchos de ellos por razones de ocio, pero otros se dirigían a lugares por razones de salud. Buxton en Derbyshire fue desde 1580 en adelante “un centro de vacaciones de moda donde se dirigían nobles y caballeros a tomar las aguas y se hospedaban en hermosos

<sup>105</sup> Paracelso. *Textos esenciales*. Siruela. Madrid, 1995. Pág., 97.

<sup>106</sup> Croutier, A. L. *Taking the waters*. Abbeville Press. London, 1992. Pág. 111.

<sup>107</sup> Brockliss, L.W.B. “The development of the spa in seventeenth-century France” en Roy Porter, *The medical history of waters and spas*. Medical History. London, 1990. Pág., 23.

<sup>108</sup> *Ibidem.*

<sup>109</sup> Moldoveanu, Mihail. *Op. Cit. Pág., 33.*

<sup>110</sup> Sigaux, G. *Op. Cit. Pág., 35.*



alojamientos con habitaciones encantadoras establecidos por el conde de Shrewsbury y pernoctar en habitaciones de encantadores edificios establecidos por el Earl of Shrewbury”. Buxton se convirtió en el “Lourdes” inglés en la Baja Edad Media.<sup>111</sup> El canto a la naturaleza y a las aguas de Paracelso tuvo una incidencia enorme en la sociedad inglesa. En Inglaterra aparece gran cantidad de literatura médica sobre el tratamiento con las aguas. La influencia de estos escritos sobre la sociedad inglesa se hace sentir inmediatamente y, consecuentemente, pronto se buscaron aquellos lugares donde se encontraban. Los balnearios abandonados por los romanos fueron recuperados de nuevo y considerados como la nueva panacea. Pronto se convertirían en auténticos hospitales. La cura balneoterápica comienza a invadir la conciencia del hombre moderno y como resultado proliferan lugares de aguas termales además de Buxton, Scarborough, Bath, etc. Rápidamente estos centros adquieren fama por la asistencia a ellos de un gran número de distinguidos visitantes, de nobles, miembros de la familia real, etc. Por ejemplo, los médicos de la reina Ana, esposa de Jaime I, la envían a Bath para su convalecencia. Pronto nacen nuevos *health resorts* cerca de Londres como Tunbridge Wells y Epsom.

Una de las causas que originó el desarrollo del turismo en la época moderna fue el crecimiento desmesurado de algunos centros urbanos y la consecuente falta de higiene en ellos. Londres, por ejemplo, a finales del siglo XVI había superado la barrera del medio millón de habitantes y a pesar de su fantástico tamaño, aún era una desordenada ciudad, un revoltijo fortuito más parecido a un pueblo rural que a un centro cívico,<sup>112</sup> donde las clases altas londinenses ya venían quejándose de la contaminación y del insano aire que se respiraba. Se dice que por esta razón, en 1578, la reina Isabel I se vio obligada a abandonar la capital.<sup>113</sup> Más tarde, en el siglo XVII, en Sheffield, Newcastle y en las riberas del Támesis se multiplican las quejas colectivas contra los humos sulfurosos del carbón, el polvo y las inmundicias.<sup>114</sup> John Evelyn, escritor y político londinense, consejero de comercio en la época de Carlos II y canciller en el reinado de Jacobo II, en su obra *Fumugurium* (1661) se ocupó de la contaminación del aire de la capital inglesa, originado –según él– por el humo de los fuegos de las cocinas de carbón y los “Túneles y Salidas” de los cerveceros, tintoreros y caleros y otros negocios privados, “uno sólo de cuyos espiráculos infecta manifiestamente el aire más que todas las chimeneas de Londres juntas”.<sup>115</sup> Esta es la primera exposición de la polución del aire debido a la industrialización.<sup>116</sup> La polución urbana, las deficiencias higiénicas y la mala alimentación provocan la aparición de la tuberculosis. En el siglo XVII, un médico escribió:

*Casi la mitad de los fallecidos en Londres mueren de males Tísicos y Pulmonares.*

Otra enfermedad producto de esta patología urbana es el *spleen*, (melancolía o profunda depresión). Médicos y escritores europeos de la época recomiendan para combatir los trastornos del ánimo conocido como el *spleen* la retirada a la naturaleza, la respiración del aire puro, estancias alternas en la ciudad y el campo. Robert Burton, médico, escritor y filósofo de Oxford, considerado como el *Montaigne inglés* y de quien John Milton, Jobsson, Sterne, Byron entre otros fueron fervientes admiradores, pertenece a esa clase de

<sup>111</sup> Macaulay, G. *Historia social de Inglaterra*. F.C.E. México, 1984. Pág. 176

<sup>112</sup> Laslett, Peter. *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*. Alianza. Madrid, 1987. Pág. 79

<sup>113</sup> Corbin, Alain. *El Territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Madrid, 1993. Pág. 91

<sup>114</sup> *Ibidem*.

<sup>115</sup> Glacken, Clarence J. *Huellas en la playa de Rodas*. Ed. del Serbal. Barcelona, 1996. Pág., 453.

<sup>116</sup> *Ibidem*.

doctores. En su *Anatomía de la melancolía* (1621), un complejo tratado de la historia del medio ambiente y la medicina, Robert Burton estudia la dieta y el aire como algunas de las causas que originan la aparición de la melancolía. Para superarla recomienda el cambio de aire como la mejor medicina, incluso más allá de las propias fronteras y recomienda el viaje al extranjero, como bien se recoge en la cita que exponemos a continuación:

*El cambio de país encanta nuestros sentidos con tanta dulzura que algunos consideran desdichado a aquél que nunca viaja, una especie de prisionero; y compadecen a quien desde la cuna hasta la vejez mantiene la misma quietud; quietud, la misma quietud, siempre la misma, hasta el punto que Rhazis no sólo recomienda, sino que impone los viajes y la diversidad al hombre melancólico, y que duerma en diversa posadas y busque diferentes compañías.*<sup>117</sup>

Las ideas filosóficas y psicológicas de Robert Burton van a tener una enorme influencia sobre las clases altas europeas, especialmente en la aristocracia y la gentry inglesa.

Así pues, las nuevas patologías, como la tuberculosis y el *spleen*, que invitan al viaje como forma de combatirlas, la visita de los balnearios y al retiro a naturaleza, como la antigua tradición romana, refuerza el gusto de la aristocracia europea, sobre todo inglesa, por las construcciones de las casas de campo con fines terapéuticos, aunque también las mismas respondían a una manifiesta competencia por el *status* y el prestigio entre la sociedad estamental de los siglos XVII y XVIII.<sup>118</sup> Por ejemplo, las clases acomodadas inglesas buscan lugares ideales, espacios abiertos, donde construir sus segundas residencias, residencias veraniegas y campestres, casas-mansiones por los alrededores de Londres. En Hampstead y Highgate, situados en una colina al norte de ciudad, famosos por su excelente aire, se construyen Kenwood House (1616), Fenton House (1693), Burgh House (1702), etc. Otros ejemplos de segundas residencias mandadas a construir por los nobles londinenses en el exterior para disfrutar en su retiro son también Ham House (1637), Hampton Court (1514), Ranger's House (1700), Marble Hill House (1720), Chiswick House (1725), etc.

El gusto por las residencias campestres no se apodera de la nobleza del resto Europa como en Inglaterra. Comenta Joseph Townsend durante su viaje por la España de Carlos III que “en toda España no recuerda haber visto una sola residencia campestre como las que tanto abundan por toda Inglaterra”. “Aunque en Francia ciertamente son algo más frecuentes –continúa comentando- y en todas sus provincias es posible ver castillos habitados, en este aspecto no pueden compararse, al igual que cualquier otro país, con Inglaterra”.<sup>119</sup>

Se añadirían a estas hermosas residencias campestres hermosos jardines como un elemento más de lucha contra el *spleen*.<sup>120</sup> El jardín se convierte, como en la civilización romana, en algo primordial que ayudaba aún más al silencio y la libertad del retiro. La elite inglesa solía viajar y retirarse a la naturaleza para alternar la vida en el campo con la vida en la ciudad. Eran sus *pleasant places*, donde se podía apreciar el paisaje y disfrutar de la sana vida campestre. Estos lugares agradables proporcionaban ese aislamiento solamente interrumpido por el perfume de las flores o el canto de los pájaros.<sup>121</sup> Eso creó

---

<sup>117</sup> Burton Robert. *Anatomía de la melancolía*. 2 vols. A.E.N. Madrid, 1998.

<sup>118</sup> Elías, Norbert. *La sociedad cortesana*. F.C.E. México, 1982. Pág. 93

<sup>119</sup> Townsend, Joseph. *Viaje por España en la época de Carlos III(1786-1787)*. Turner. Madrid, 1988. Págs., 96-97.

<sup>120</sup> Corbin, A. *Op. Cit.* Pág. 91

<sup>121</sup> *Ibidem*

un sentimiento de *privacy*.<sup>122</sup> Así pues, casas aisladas con jardines, con espacios abiertos, que permitiera gran cantidad de luz y aire. Las mismas serían a partir de entonces inseparables del gusto de la elite inglesa por la vida campestre, en el campo, los gustos de la aristocracia por la naturaleza serían asumidos por la burguesía más tarde. Nos encontramos aquí en los orígenes de uno de los valores culturales más importantes de la elite británica: el culto a la naturaleza. Aquí está una de las claves del éxito del valle de La Orotava como centro turístico. No obstante, como esto sólo lo que hace es adelantarnos en el relato histórico, lo trataré detenidamente cuando analice el turismo en las islas. Sigamos con lo que nos ocupa ahora. El *spleen* incita por lo tanto a viajar<sup>123</sup> a las clases dominantes inglesas a sus segundas residencias para pasar generalmente una parte del año en ellas. *Spleen* y viaje es un binomio inseparable.

Sin embargo, el turismo terapéutico no solamente se dirigirá a la naturaleza. El paracelsianismo en Inglaterra, revolucionó a la clase médica protestante inglesa «para quienes -según Walter Bailey- el uso de las aguas con fines terapéuticos era más propiamente de la profesión médica que de la esfera religiosa».<sup>124</sup> Efectivamente, la mayoría de los médicos protestantes recomendaban el tratamiento de las aguas, ya fuese bebiéndolas o bañándose, para la convalecencia de ciertas enfermedades. Tales recomendaciones son llevadas hasta sus últimas consecuencias por los ingleses. El hidroterapeuta adquiere un carácter profesional.<sup>125</sup> “Ningún otro europeo viaja a los *spas* como los ingleses” y mientras las condiciones bélicas y políticas lo permitieran se trasladarían al continente. Se origina lo que en la historia del turismo se conoce como el *Grand Tour*.

## EL GRAND TOUR

Sus orígenes se remontan en las últimas décadas del siglo XVI, cuando los jóvenes de la aristocracia inglesa, acompañados de un tutor, se trasladan al continente por razones de estudios. Favorecieron los viajes de estudio el desarrollo del pensamiento empirista y – como correctamente señala Sousa Numes- la instrucción clasista.<sup>126</sup> En efecto, a lectura de los autores antiguos constituía en la Inglaterra isabelina la base del sistema educativo. Su programa de enseñanza estaba fundado en el estudio de los clásicos griegos y latinos. Las lecturas de los textos de Horacio y Virgilio era un placer más dentro de la serie de placeres que formaban parte de la vida de las clases dominantes inglesas y se consideraban indispensables para la formación del gusto. Sólo ese conocimiento permitía participar en los debates estéticos de la época. Es claro que esto despertó una pasión por los vestigios de la antigüedad, y que se traduciría en el viaje a Francia, Italia, Grecia, y en menor medida a Alemania. Formaba parte de la instrucción de los jóvenes estudiantes para complementar sus estudios. Se trataba de viajes por razones “turísticas” para el conocimiento de otras culturas. Edmond Tyllney y Francis Bacon se esforzaron en dar sugerencias a los viajeros y turistas para adquirir conocimiento de las culturas de otros países. Respondía al nuevo

---

<sup>122</sup> *Ibidem*. Pág., 94. Igual que *invalids* es una palabra de difícil traducción al castellano. Una aseerción muy precisa de su significado la encontramos en el diccionario *The New Shorter Oxford*, el cual la define como un sentimiento o condición de estar retirado de la sociedad, o de la compañía de otros. También puede significar lugar de retirada o lugar privado.

<sup>123</sup> *Ibidem*. Pág., 93.

<sup>124</sup> Harley, David. “A sword in a madmn’s hand” en *Medical Histoty*, sup. 10. 1990. Pág., 48.

<sup>125</sup> Harley, David. A sword in a madman’s hand: professional opposition to popular consumption in the waters literatura of southern England and the Midlands, 1570-1850 en Roy Porter *Op. Cit.* Pág., 49.

<sup>126</sup> Sousa Numes, João de. “*Antecedentes británicos do turismo na Europa, entre os séculos XVI e XVIII*” en *Islenha n° 2. Jan-Jun. 1988.*

método empírico establecido por la filosofía inglesa que suponía la aceptación de una multitud de observaciones como fuente de aprendizaje.<sup>127</sup>

Pues bien, pronto el viaje por razones culturales también se realizaría por razones de salud. En efecto, durante los primeros años del siglo XVII, antes que las hostilidades comenzaran en el continente europeo, una serie de itinerarios eran usados por la gentry y nobleza inglesa a través de Europa. Muchos lugares en el continente llegaron a ser puntos de encuentro de moda entre los ingleses.<sup>128</sup> Pero mientras los jóvenes viajaban a Francia e Italia, incluso a Alemania y España por razones de estudio y los soldados ingleses iban y venían a Holanda, los mayores aquejados de malestar estomacal realizaban sus viajes de verano a tomar las famosas aguas de Spa (Bélgica). En la carretera que precisamente unía Bruselas con Spa el embajador de Inglaterra estableció su residencia en 1605. Él y los miembros de su familia periódicamente se trasladaban al lugar para beber sus aguas. Aunque por entonces pocos practicaban el viaje, no era extraño ver ingleses por las carreteras que conducían a Spa. Incluso algunos residían por los alrededores de la pequeña ciudad belga y se encargaban de proporcionar casas a los viajeros. Miembros de la nobleza inglesa, caballeros acaudalados, incluso altos representantes de la Iglesia como el Arzobispo de Canterbury solían viajar a Spa en el verano.<sup>129</sup> También se trasladaban a los balnearios de Alemania e Italia fundamentalmente. El viaje a Spa y al resto de los balnearios continentales se interrumpieron con el inicio de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y solamente acabada ésta comenzó de nuevo a ser visitado. Pero los años de contienda europea dieron la oportunidad a los ingleses para que los lugares con aguas mineromedicinales en Inglaterra comenzaran a ser frecuentados y consecuentemente a desarrollarse. Como el estado de los balnearios europeos llamó la atención, algunos buscaron en ellos un patrón de referencia a imitar.<sup>130</sup> Los médicos ingleses siguen los ejemplos de sus colegas de Europa. Así pues, desde el mismo momento que los ingleses tuvieron conocimiento de los balnearios europeos a través de los mercaderes, las tropas inglesas establecidas en el continente comenzaron a potenciar la hidroterapia y a ser unos incansables viajeros. Los testimonios en la época son constantes.

Como el viaje al continente era caro, se tardaba bastante tiempo y estaba limitado por las permanentes guerras, aún muy pocos podían hacer el *Grand Tour*.<sup>131</sup> Pero, a pesar de esos obstáculos, e incluso de la enorme importancia del viaje en el interior de Inglaterra en los siglos XVI y XVII, el viaje al extranjero y la expansión de ultramar protagonizada por los ingleses estaba influyendo de una manera decidida en la práctica del turismo en su conjunto.<sup>132</sup> Las relaciones comerciales que había establecido Inglaterra con Europa (Francia, Países Bajos, Rusia, etc.), los viajes por mar de Francis Drake, Walter Raleigh y muchos otros viajeros, y la enorme influencia en todo el país del libro *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, escrito por Richard Hakluyt, marcarían el sello de Inglaterra y del turismo colonial,<sup>133</sup> por un lado, y el desarrollo del *Grand Tour* de manos de los ingleses, por otro.

La atmósfera intelectual reinante en la época de la Restauración y las estables condiciones políticas que siguieron a la Paz de Utrecht en 1713 favorecieron el viaje por el continente y el *Grand Tour* va gradualmente ganando terreno. Europa es visitada por *gentleman* y aristócratas, cuyo objetivo era la recopilación de recuerdos visuales e

---

<sup>127</sup> González LEMUS, N. *Viajeros victorianos en Canarias*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1998. Págs., 25-26.

<sup>128</sup> Stoye, John. *English Travellers abroad, 1604.1667*. Yale University Press. London, 1989. Pág., 206.

<sup>129</sup> *Ibidem*. Pág., 207.

<sup>130</sup> Palmer, Richard. "In this our ligtye and learned tyme" en *Medical Histoty*, sup. 10. 1990. Pág., 19.

<sup>131</sup> Pimlott, J.A.R. *Op. Cit.* Pág., 66.

<sup>132</sup> Sigaux, *Op. Cit.* Pág., 36.

<sup>133</sup> *Ibidem*.

imágenes monumentales de la antigüedad clásica, comerciantes por razones de negocio, políticos, *invalids*, etc. Pronto se pasa del viaje con carácter educacional al de salud y de ocio o vacacional. El viaje por Europa se establece como una institución entre las clases altas. Spa (Bélgica), Aquisgrán y Baden-Baden (Alemania), Contrexéville, Montpellier, Niza, Aix-en-Provence (Francia), etc., asisten a un espectacular desarrollo turístico<sup>134</sup> El siglo XVIII pues asiste a la consolidación definitiva del *Grand Tour* de salud invernal. Desde la época de los romanos, no se producía el fenómeno del viaje a gran escala como a partir del *Grand Tour* practicado por los ingleses. «El amor al viaje de los británicos en el siglo XVIII se ha transformado en una pasión» -diría Maxwell-; «Los viajes le importan a los ingleses más que a ningún otro pueblo de Europa» -dijo Le Blanc en sus *Letters* en 1745.<sup>135</sup>

Con la asistencia a los centros médico-turísticos de las nuevas clases surgidas en la era de la expansión económica, ansiosas de mejorar sus *status* social,<sup>136</sup> se abrió paso a una era de frivolidad y ocio. A partir de esos momentos, en estos *health resorts* se yuxtaponen los beneficios para la salud y los más diversos tipos de *clubs* y entretenimientos. Los lugares, no sólo serían deseados y frecuentados como remedio por los enfermos, sino también por la simple novedad, de cambio de ambiente, de una nueva forma de gastar la riqueza y obtención de emociones, de muchos burgueses en su afán de emular a las clases aristocráticas. Actitudes propias de cualquier clase ociosa europea y agravada en la inglesa porque suponía una reacción contra la austeridad puritana.<sup>137</sup>

Fue, pues, determinante en la movilidad turística originada durante el *Grand Tour*, la prosperidad económica que estaba viviendo Inglaterra, la importancia de la cultura clásica en la sociedad inglesa renacentista y barroca y el desarrollo del viaje por razones de salud.

## LOS INGLESES DESCUBREN EL MAR Y LOS BAÑOS EN SUS AGUAS

El aumento de visitantes a los *health resorts* del interior de Inglaterra en el siglo XVII y sobre todo en el XVIII de viajeros menos deseables (clérigos, literatos, artistas, actores, músicos, etc.), lo que era peor, los pertenecientes al otro extremo de la sociedad (estafadores, rateros, proxenetas y otros aventureros), así como la avalancha de húngaros, franceses, italianos, portugueses, irlandeses y escoceses,<sup>138</sup> originaron su masificación. De esa manera, ya difícilmente la elite podía llevar la vida íntima y exclusiva que practicaba. La asistencia de «intrusos y forasteros» presagia que tarde o temprano se producirá la decadencia de los balnearios del interior. A partir de esos momentos la aristocracia comienza a abandonar Bath, Hampstead, Islington, etc., y proceden a trasladarse a la costa, favorecido además por las nuevas concepciones médicas.

Ya desde muy temprano, filósofos y médicos, como Robert Burton (1577-1640) o Francis Bacon (1561-1626), habían recomendado los baños de mar, junto con el aire purificador de la costa y los baños en los ríos y en los lagos, a pesar de ser considerados un prejuicio en el terreno moral, pues también estaban asociados con los excesos y placeres que se practicaron en el Imperio romano. Aún en el siglo XVI los estudiantes de Cambridge eran azotados cuando se les cogía por primera vez y expulsados por segunda si se bañaban en cualquier río u otras aguas. Pero estas obsesiones y prohibiciones no

---

<sup>134</sup> Black, Jeremy. *El Grand Tour in the Eighteenth Century*. London, 1992. Pág. 181

<sup>135</sup> Boyer, Marc. *L'invention du tourisme*. Gallimard. Paris, 1996. Pág., 28

<sup>136</sup> Ibidem. Pág., 44.

<sup>137</sup> Pimlott, J.A.R. *Op. Cit.* Pág.,29

<sup>138</sup> Ibidem. Pág., 44

sobreviven más allá de los últimos años del siglo XVII y las primeras décadas del siglo XVIII. Jugó un importante papel Robert Burton. El baño de mar se consideraba hasta entonces una distracción inmoral, propia del pueblo inculto, y sólo a partir de la obra de Burton se convertiría en una práctica permitida.<sup>139</sup> Así pues, a partir del siglo XVII y siglo XVIII comienzan a aparecer con más insistencia opiniones médicas favorables hacia los baños de agua fría. El médico *sir* John Floyer escribió en 1702:

*Desde que vivimos en una isla y tenemos el mar con nosotros, no podemos dejar de tomar un baño de agua fría pues nos preserva la salud y cura muchas enfermedades.*<sup>140</sup>

Se creía que las aguas de mar tenían efectos curativos sobre las úlceras, usagres (erupción pustulosa que se presenta en la cara y alrededor de las orejas), lepra, callos, tumores, dolores, todo tipo de inflamaciones, artritis, catarro, melancolía, etc. Otra personalidad que destaca por sus recomendaciones del uso de las aguas de mar es el londinés Richard Russell de Lewes (SE de Inglaterra). Es a él a quién podríamos considerar, como bien señala Fernández Fúster, el impulsor de las propiedades curativas de los baños de mar.<sup>141</sup> Russell, prestigioso doctor en medicina y miembro de la *Royal Society* de Londres, con su obra *Dissertation on the use of sea water on diseases of the glands*, publicada en 1752, consagró y promovió los baños de mar en la sociedad inglesa. El libro se agotó en menos de un año y en 1753 salió la segunda edición. Rápidamente también se agotó esta edición y saldría dos más en la década siguiente (1760 y 1769). La calurosa acogida del libro de Russell es un ejemplo significativo de la importancia que adquirieron los baños de mar entre los ingleses. Russell también viajó al continente europeo para estudiar la naturaleza, las propiedades y los usos medicinales de las aguas de Pymont, Spa y Setzers y que recoge en su libro *A treatise on the Nature, properties, etc. of Medical waters* (1757).

Por lo tanto, desde mediados del siglo XVIII, gracias a Russell y otros médicos, los baños de mar son considerados como una panacea y sus opiniones van a ayudar a desviar a las playas, a las aguas frías del mar, a los que hacían “turismo” en la sociedad británica. El modelo terapéutico era la inmersión. Se busca, pues, la exclusividad en el mar. Nacen los nuevos *health resorts* de Scarborough y Brighton. Ambos no tardaron en convertirse en dos balnearios de moda, sobre todo el último. En efecto, Brighton se convirtió desde mediados del siglo XVIII, cuando los baños de mar comienzan a ponerse de moda en Inglaterra, en el primer balneario y centro turístico del país, a donde la nobleza y aristocracia se trasladaba.

Los viajes a las nuevas estaciones balnearias de descanso y ocio desarrollados en la costa durante la segunda mitad del siglo XVIII serían los más frecuentes. Sin embargo, los centros turísticos de la costa originarían un gusto muy singular por la orilla del mar y que se propagaría a lo largo de todo el siglo XIX. Al anhelo de retirada a la naturaleza y la montaña, ahora se añadía la atracción que ejercía la contemplación del mar, los acantilados y el paisaje costero como un nuevo placer espiritual, como parte de la salud.<sup>142</sup>

Resultado de esa relación directa entre el mar y los nuevos aires de la época es la proliferación de clubes náuticos por el país. Los británicos fueron los primeros en formarlos. Sus orígenes se remontan al siglo XVIII, concretamente en 1720, cuando se

---

<sup>139</sup> Cfr. Corbin Alain. *El territorio del vacío...*, p. 91. También *The New Encyclopaedia Britannica*. T. 2. pp. 668-669.

<sup>140</sup> Pimlott, *Op. Cit.* Pág., 50

<sup>141</sup> Fernández Fúster, Luis. *Historia general del turismo de masas*. Alianza. Madrid, 1991. Pág., 131.

<sup>142</sup> Macaulay, G. *Historia social de Inglaterra*. F.C.E. Mexico, 1984. Pág. 422

forma *The Water Club* en Cork,<sup>143</sup> ciudad portuaria del sur de Irlanda. Pronto las regatas en el Támesis se convirtieron en una moda a mediados del siglo XVIII. Pero, será en la segunda mitad del siglo XIX cuando las embarcaciones se promocionan y alcanzan una mayor popularidad. Proliferan por todo el país (Londres, Devon, Wihgt, etc.). Tales *clubs* británicos fueron en la era victoriana y eduardiana la máxima expresión de la diferenciación y respetabilidad social del ocio de las clases altas.<sup>144</sup>

Con la creación de Brighton los británicos se adelantaron cincuenta años a la revolución de los balnearios de costa europeos.<sup>145</sup> En efecto, mientras el «deseo de la orilla» se había despertado entre los británicos a mediados del siglo XVIII, el mismo llega tímidamente al continente europeo hacia 1810-1830.<sup>146</sup> Las primeros *health resorts*, o estaciones balnearias de mar en el continente, se dan en el Báltico por iniciativas principescas. Alrededor de 1802 fue Travemünde y en 1820 la región de la Pomerania tenía una docena. Luego se desarrollarán en el Mar del Norte, donde las de Scheveningen, cerca de La Haya, y Ostende copian los modelos de Brighton y son muy apreciadas por los británicos.<sup>147</sup> Dieppe fue el primer *health resort* de mar de Francia y después de su comienzo aparece Trouville, impulsada por Luis Felipe.

A partir de esos momentos los balnearios de tierra adentro, el termalismo y las aguas minerales comienzan a ser sustituidos por la hidroterapia marina. Fue el primer golpe que encontraron los balnearios, aunque ambos coexistieron a lo largo del siglo XVIII e incluso del XIX.<sup>148</sup>

## EL ALOJAMIENTO EN EUROPA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

Si bien el desarrollo de los viajes, a pesar de las incomodidades de las carreteras y el peligro en épocas de guerra, se correspondió con la mejora de la red viaria y la infraestructura de servicio, la ausencia de posadas decentes hasta la Baja Edad Media fue la característica predominante. Por ejemplo, en la Roma Clásica, si bien existía una excelente red viaria, se ignoraba la industria de los grandes hospedajes o simplemente de posadas bien puestas. Quien no tenía huéspedes con los cuales pasar la noche debía resignarse a tomar sitio en una de los tantos *cauponae*<sup>149</sup> que se alzaban a lo largo de las vías de comunicación o en las grandes ciudades.<sup>150</sup> Eran locales -como ha sido revelado por Pompeya- angostos, destartalados, frecuentados por carreteros, borrachos, “mujeres del partido”, “con camas que debemos suponer llenas y no de la gracia de Dios”.<sup>151</sup> De la educación de los huéspedes que frecuentaban los *cauponae* daba cuenta las grabaciones desvergonzadas que hacían en las paredes. Por eso, según Horacio y otros escritores antiguos, el posadero ha pasado a la historia como un bribón.<sup>152</sup>

La escasez de *health resorts* en el mundo clásico y la Edad Media demandaba hospedería. En una sociedad esclavista como la grecorromana solamente hacía turismo la aristocracia, patricios y miembros de las clases altas. No había hoteles, de forma que los

<sup>143</sup> *Ency. Brit.* 1993. vol xii. Pág., 801. Guimerá Ravina, A y Darias Príncipe, A. *Op. Cit.* Pág., 78.

<sup>144</sup> Guimerá Ravina, A y Darias Príncipe, A. *Op. Cit.* Pág., 78.

<sup>145</sup> Boyer, Marc. *Op. Cit.* Pág., 81.

<sup>146</sup> *Ibidem.*

<sup>147</sup> *Ibidem.*

<sup>148</sup> Fernández Fúster, L. *Op. Cit.* Pág., 131.

<sup>149</sup> *Caupona-ae* en latín significaba taberna, hostería, venta negocio de tabernero o ventero abacería, etc. Un *caupo* era el hostelero, el mesonero, el tabernero, etc.

<sup>150</sup> Paoli, Ugo E. *Urbs. La vida en la Roma antigua.* Iberia, 1990. Pág., 303.

<sup>151</sup> *Ibidem.*

<sup>152</sup> *Ibidem.*

que viajaban solían pernoctar en casa de algún amigo. La hospitalidad caracterizaba a las familias en el mundo clásico.

Por su parte, en la Edad Media, los nobles y señores solían hospedarse en los castillos o palacios, bien suyos propios o de algún amigo, pues la hospitalidad siguió siendo una tradición. O se alojaban en los monasterios, tanto cluniacenses como cistercienses, muy numerosos en los reinos europeos. Desde el siglo XIII en las ciudades lo hacían en conventos de frailes mendicantes, sobre todo franciscanos y dominicos.<sup>153</sup> En última instancia, solían disponer de tiendas de campaña bien acondicionadas. No obstante, ya en la Edad Media aparecen las ventas y posadas como formas de alojamiento, aunque desde luego para el hospedaje de los viajeros menos acaudalados.

Por lo general, en la Edad Media las posadas no fueron dependencias que destacaron por su limpieza y comodidad. Pero a partir de la segunda mitad del siglo XIV en Europa se comienza a establecer toda una serie de posadas de cierta calidad. Estaban establecidas fundamentalmente en casitas pequeñas, normalmente de dos plantas, consecuentemente, el número de huéspedes que podían pernoctar era muy limitado. A pesar de esa limitación, las posadas fueron los sistemas de alojamiento que predominaron en Europa hasta bien entrado el siglo XVIII. Muchas eran posadas de campo situadas a lo largo de los caminos y rutas principales entre las distintas ciudades. Algunas estaban establecidas en enclaves apartados de las carreteras rodeadas de preciosos jardines y en lugares pintorescos. En las ciudades también abundaban, además de las casas particulares pequeñas, otras no lo eran tanto. El francés Michel de Montaigne (1533-1592), además de gran pensador y filósofo, fue un turista *invalid* que recorrió gran parte de Europa en busca de salud, retrató en su *Diario de viaje por Italia, Suiza y Alemania* el estado de la hostería en el continente europeo en el siglo XVI. La posada de Baden-Baden, en la cual se hospedó, tenía un comedor con capacidad para trescientas personas y ofrecía setenta camas.<sup>154</sup> «Hay diecisiete salas con estufas y once cocinas y un edificio vecino al nuestro tenía cincuenta habitaciones amuebladas». El viajero francés se quedó impresionado por el estado de la hospedería en Baden-Baden, lugar donde se encuentra los famosos baños.

Había diferencias entre las posadas de unos países y otros, e incluso entre regiones de un mismo país. Las posadas alemanas y suizas eran bien distintas de las inglesas, y éstas a la vez eran bien distintas de las francesas. En Francia, por ejemplo, mientras las posadas de la provincia de Lorena eran agradables y cómodas en otras regiones las posadas eran diferentes, con pocas habitaciones individuales. La mayoría tenían dos, tres o cuatro camas en una sola habitación. El mobiliario no era bueno. Pero el esplendor del *Grand Tour* a finales del siglo XVII y todo el siglo XVIII obligó a que se desarrollara una considerable mejora en la hospedería en Europa, incluida Francia. Según Arthur Young, un viajero inglés que visitó Francia en 1788, las comidas y las bebidas eran mucho mejores que las de las posadas de Inglaterra y Escocia, aunque al doble de precio. Las posadas de Francia parece que estaban dentro de los aspectos ingleses de vida y que los ingleses valoraban mucho.<sup>155</sup> En centros receptores de turismo inglés se solían ofrecer un sistema de alojamiento de alta calidad, pues se tenía en cuenta el alto nivel de vida de las posadas inglesas, consideradas de alta calidad.

Efectivamente, la hospedería inglesa tenía fama de ser de las mejores. Desde el siglo XV en Inglaterra se establecen posadas en estilo rústico, muy pintorescas y con espléndidos jardines, bien provistas de mantelería y ropa de cama. Como señala William Harrison «el que llega [huésped] puede estar seguro de que dormirá en sábanas limpias, de que nadie las ha usado desde el momento en que salieron por última vez de la vandería

---

<sup>153</sup> García de Cortázar, José María. *Los viajeros medievales*. Santillana. Madrid, 1996. Pág., 40.

<sup>154</sup> Montaigne, M. *Op. Cit.* Pág., 21.

<sup>155</sup> Maczak, Antoni. *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*. Omega. Barcelona, 1996. Pág., 71.



o del agua donde se lavaron... Si pierde algo estando en la posada, el patrón está obligado a restituirle lo perdido, por lo que no hay seguridad mayor para los viajeros que en las más grandes posadas inglesas». <sup>156</sup> Esta situación no se daba en las de Londres, ciudad donde se encontraban las peores de toda Inglaterra. Esta alabanza de las posadas inglesas coincide con las opiniones de otros autores, tanto ingleses como extranjeros. Por ejemplo, el pintor y escritor español Antonio Ponz (1725-1792), secretario de la Academia de San Fernando en 1776, en su libro *Viaje fuera de España* (1785-92) escribe sobre la hospedería en Inglaterra:

*No puedo dejar de comentar a usted, en alabanza a los ingleses, el buen trato en las posadas, el aseo y la abundancia [comida] que he observado incluso en los lugares más remotos por donde he pasado durante este viaje, la limpieza y aún la delicadeza de las camas ... No gastan muchas palabras cuando se trata de agasajar al pasajero, quien se ve precisado, como yo en estas circunstancias, a alabar estas buenas costumbres; y aunque en realidad las posadas son muy caras, al acordarse uno del buen trato que se experimenta, no le queda acción para rebajar la cuenta que le presentan.* <sup>157</sup>

El orgullo que sentían los habitantes de Albión de sus posadas, junto con la carne de buey, la ropa, el clima y los valores de los habitantes, era un aspecto importante del sentido de identidad de los ingleses. <sup>158</sup> Era un factor que se prestaba a comparaciones cuando el inglés viajaba lejos, sobre todo cuando buscaba dónde pernoctar en Escocia, Irlanda o la mayor parte de Europa. <sup>159</sup>

La otra hospedería de calidad era la alemana. Desde el siglo XIV Alemania se dota de una serie de hoteles rurales y urbanos de imponente calidad, limpieza confort y estilo. Ciudades como Cochem, Oberwesel, Feuchtwangen, Rothenburg, etc., comienzan a ofertar un alojamiento desde los siglos XIV y XV punteros en los comienzos de la Europa Moderna, con unas habitaciones bien amuebladas y limpias. Según Montaigne, las escaleras que llevaban a las habitaciones de los huéspedes del hotel donde se alojó estaban cubiertas de alfombras de lienzo. El lienzo es una prueba del esfuerzo por mantener una limpieza extrema. <sup>160</sup>

A Montaigne también le sorprendió la limpieza y los servicios de los albergues en Suiza, Austria e Italia, que aunque no tenía punto de comparación <sup>161</sup> con los del centro europeo, también eran buenos y confortables, sobre todo las situadas en el norte. Por ejemplo, Rovereto tenía unas posadas donde sobresalía la limpieza germánica en las habitaciones y los muebles. La hospedería italiana del sur sin embargo era de menor calidad. Pero, en general, a pesar de tener una hospedería de cierta calidad en el norte, la italiana no tenía punto de comparación con la alemana. Era un tercio más baratas y se aproximaban mucho al nivel de las peores de Francia. <sup>162</sup> Cuanto más se desplazaba el viajero a los países europeos del sur y orientales, más difícil lo tenía para encontrar un buen lugar donde pernoctar. Eran en las posadas de estas latitudes de Europa donde se ofrecían unos alojamientos más pésimos, con escasa higiene y habitaciones más sucias.

No obstante, en general, a pesar de estos altos y bajos, en el Antiguo Régimen los turistas que se salían de las rutas usuales se encontraban con unos alojamientos en muy

---

<sup>156</sup> Ibidem. Págs., 70-71.

<sup>157</sup> Ponz, Antonio. *Viaje por España*. Madrid, 1947. Pág., 734.

<sup>158</sup> Maczak, Antoni. *Op. Cit.*, Pág., 71.

<sup>159</sup> *Ididem*.

<sup>160</sup> Maczak, Antoni. *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*. Omega. Barcelona, 1996. Pág., 49.

<sup>161</sup> Montaigne, Michel de. *Diario del Viaje a Italia*. Debate. Madrid, 1994. Pág., 64.

<sup>162</sup> Ibidem.

estado. Incluso en Alemania. En la Francia rural, por ejemplo, la falta de limpieza en las posadas era muy frecuente y los turistas se quejaban insistentemente de la enorme cantidad de chinches y pulgas que solían encontrarse en las camas,<sup>163</sup> hechos que no sucedía en las ciudades mayores a partir del siglo XVIII, momento del proceso de urbanización en Europa. La ciudad dieciochesca adquiere protagonismo por sus nuevas construcciones urbanísticas (edificios, plazas, jardines, etc.) y el aumento de población no sólo fue como consecuencia de la emigración rural del campo a la ciudad sino que en este proceso también participaron la burguesía y la nobleza, que trasladó su residencia principal a las ciudades de manera casi general, utilizando la casa de campo como residencia de verano. El siglo XVIII fue también la edad dorada del *Grand Tour* y la afluencia de turistas y viajeros hacia en viejo continente fue asombroso, a pesar del mal estado de las carreteras que aún predominaba, las hostilidades políticas entre los países, las mismas convulsiones políticas y sociales, e incluso a las ocasionales guerras. Comenzó a desarrollarse una hospedería en los centros urbanos, cuyos establecimientos se parecen más a hoteles de calidad que a posadas. Inglaterra, Italia, Francia, Alemania y Países Bajos, asisten a un desarrollo de la hospedería espectacular, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, aunque también se podía encontrar posadas de muy baja de calidad. La mejora en los hoteles situados en las ciudades es significativa. Aparece la *table d'hôte*. Es decir, en las posadas hasta entonces la comida se servía en torno a una gran mesa donde se sentaban juntos los turistas y sus acompañantes y normalmente el menú era fijo. A partir de ahora se permite la posibilidad de elegir entre dos o más platos, un horario fijo y acompañados en la mesa con otros huéspedes. Además, están al frente personas con ciertas cualidades para dirigirlos. Se dotan de hall y se vende prensa extranjera. En el Hotel d'Inglaterra en Brunswick (Alemania), en 1770, William Philip Perrin encontró espaciosas salas de reunión donde había periódicos y revistas alemanas, francesas e inglesas.<sup>164</sup> La oferta de alojamiento en territorio del Imperio germano sigue destacando por su calidad y ciudades como Praga, Munich, Aquisgrán, Hannover, Francfort y otras, la mayoría de los pueblos suizos y austriacos ofrecían generalmente un alojamiento bueno.

Roma, Génova, Lyon, Montpellier, París, ciudades de una gran afluencia turística, tenían todas una gran variedad de hoteles. La oferta hotelera iba desde hoteles buenos a pensiones o *boarding houses* malas.<sup>165</sup> Por ejemplo, el Hotel L'Impératrice de París, muy popular entre los turistas aristócratas en aquella época destacaba por su confort y limpieza. Tenía un elegante comedor y dormitorios tipo cámara con dos camas, incluso de una cama y con apartamentos para los sirvientes.<sup>166</sup> Mientras esa era la situación del L'Impératrice en París, el hotel de Ville en Roma era sucio y nada satisfactorio, según los viajeros de la época.

La mayoría de los turistas se hospedaba en los hoteles. Sin embargo, era muy frecuente que muchos aristócratas y los más acaudalados se alojaran en palacios y casas particulares. Muchos de los viajeros podían contar con la camaradería de la aristocracia internacional, que les facilitaba, pese a las diferencias nacionales y políticas, un cortés recibimiento.<sup>167</sup>

---

<sup>163</sup> Black, Jeremy. *The Grand Tour in the Eighteenth Century*. St. Martin's Press. New York, 1992. Pág., 141.

<sup>164</sup> *Ibidem*. Pág., 139.

<sup>165</sup> *Boarding house* es una pequeña casa privada donde los residentes pagan por alojamiento y comida, muy similar a una casa de huéspedes, pero en la *boarding house* el huésped está más tiempo.

<sup>166</sup> *Ibidem*. Pág., 140.

<sup>167</sup> Hale, John. *Op. Cit.* Pág., 177.

## VIAJAR POR CANARIAS EN EL SIGLO DE LAS LUCES

### EL VIAJE BARROCO POR MAR. LAS CANARIAS

En general, Europa estaba viviendo unos años de convulsión como consecuencia de la tirantez entre católicos y protestantes y que desembocaría en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). La confrontación bélica sacudió la estabilidad interna de la mayoría de los gobiernos europeos. Una atmósfera de desorden y violencia se prolongó a lo largo del siglo XVII. La guerra desempeñó un papel cada vez más importante y el poder militar fue considerado esencial para la reputación y autoridad de un gobernante, y por añadidura de una nación.<sup>168</sup> Tal vez por los problemas del rey de Inglaterra para formar una flota potente, por la desconfianza y tirantez entre las naciones, por la necesidad de estabilizar las adquisiciones realizadas, por la preocupación dominante de la explotación de los nuevos mundos,<sup>169</sup> o tal vez por la inseguridad en los mares como consecuencia de la piratería dominante, el siglo XVII fue un siglo de escasez de viajes. A Canarias sólo se venía por razones económicas. Eran los años de la producción de la vid, razón por la cual también se asiste al establecimiento de una colonia extranjera formada fundamentalmente por ingleses y holandeses. La fama que adquirieron los vinos canarios en las cortes europeas, principalmente en la inglesa, y el fuerte despertar del interés científico que se desarrolla sobre todo en Inglaterra a partir de la segunda mitad del siglo, favorecieron la visita a las islas de una gran cantidad de viajeros. La actividad comercial fue fuente permanente de viajeros a Canarias. A lo largo del siglo XVI y XVII las islas se convierten en un centro de producción de vino importante, significando la popularización de las islas en el mundo barroco. Las Indias, Europa, y especialmente Inglaterra conocerán los caldos y pronto el vino se convierte en el más importante producto de venta para el exterior, con cuyo comercio las Canarias del siglo XVII vivirían un esplendor económico. La exclusión de Canarias del monopolio sevillano permitió el comercio directo con las Antillas y evitar en los años difíciles de las prohibiciones del comercio con Inglaterra y Holanda la pérdida de la escala en nuestros puertos. Eso favoreció la presencia de destacados mercaderes ingleses y holandeses, de banqueros flamencos y alemanes en suelo canario, presencia que se proyectará en muchos apellidos de familias isleñas hasta nuestros días.

Favorecieron decisivamente los viajes la amplia facilidad que la Inquisición en Canarias les daba a los extranjeros herejes y la relativa paz que España estaba viviendo con algunas de las potencias europeas tradicionalmente enemigas: Holanda e Inglaterra. En efecto, las tempestuosas relaciones de España con Inglaterra, su principal enemiga en ultramar, se disiparon con la llegada al trono de los Estuardos, reconociendo que el primero de ellos, Jacobo I, no albergaba sentimientos de animosidad contra España como sucedió con Isabel I. Consecuentemente, la paz llegó en 1604 con el Tratado de Londres. Una política de paz que se proyectará a lo largo de la mayor parte de la dinastía de los Estuardos, a pesar de las contradicciones y ciertos escollos diplomáticos. España conseguía así despejar el Atlántico de un poderoso enemigo. Las buenas relaciones impidieron conflictos armados entre las dos naciones, excepto la guerra de 1656-59 bajo el período republicano de Oliver Cromwell, consecuencia de la cual la

---

<sup>168</sup> Spielvogel, Jackson J. *Civilizaciones de Occidente*. 2 vols. Thomson, E. México. 1997. v. ii. Pág., 514.

<sup>169</sup> Martínez Shaw, C. Y Alonso Mola, M. *Europa y los nuevos mundos en los siglos XV-XVIII*. Síntesis. Madrid, 1999. Pág., 133.

escuadra de Robert Blake atacó el puerto de Santa Cruz de Tenerife en 1657.<sup>170</sup> El monarca inglés suprimió el corso y proclamó que los piratas serían perseguidos y ajusticiados. Fue el caso del corsario Walter Raleigh. Raleigh había salido de Plymouth en 1595 con cinco naves y otras tantas pinazas con destino a la conquista del mítico Dorado. En tierras americanas tuvo sus encontronazos con las tropas españolas, pero la tregua de los Doce Años permitió al inglés visitar el archipiélago durante su última expedición realizada a la Guayana en 1617-1618. Llegó a Gran Canaria a finales de agosto de 1617 y el gobernador Fernando Osorio le ofreció venderle todo lo que quisiera al estar España e Inglaterra en paz.<sup>171</sup> Raleigh prefirió ir a Lanzarote a adquirir víveres y hacer aguada, pero allí tuvo serios enfrentamientos con los naturales conejeros –los ingleses perdieron dos hombres-, no obteniendo las provisiones. En La Gomera el gobernador Diego de Guzmán y Ayala le permitió abastecerse de cuanto necesitara para seguir rumbo a la isla de Trinidad. El odio de los españoles a Raleigh sirve de pretexto a Jaime I para detenerle a su regreso por los graves incidentes que provocó en las islas y lo encerró en la Torre de Londres hasta que el 29 de octubre de 1618 fue ahorcado. Con su vida se extinguió la época de los perros del mar.<sup>172</sup>

En efecto, en la segunda mitad del siglo XVII comenzó la agonía de la piratería. El monopolio ibérico sobre América ya no existía, por lo cual las potencias rivales no necesitaban el acoso bélico. Es verdad que hubo la práctica de corso a finales del siglo, muy ligadas a las guerras que enfrentaban a las metrópolis europeas, pero difícil de aplicar en los períodos de paz. Hecho que permitía la visita a nuestras islas de algunos de los últimos corsarios en los mares como el explorador William Dampier, probablemente el viajero más notable de cuantos visitaron las islas en el setecientos. El explorador inglés comenzó sus aventuras como filibustero y como tal, en compañía de bucaneros, saqueó entre 1680 y 1691 las costas del Imperio español en América. Pero, a pesar de su naturaleza pirática, William Dampier fue uno de los más grandes exploradores del siglo XVII, además de un gran observador y naturalista. Sus observaciones recogidas en *El viaje alrededor del mundo* (1697) provocaron un enorme impacto en la sociedad europea del momento, considerándose por tal razón un precursor de los viajes científicos del siglo XVIII.<sup>173</sup> Visitó Tenerife en enero de 1698, recorrió la isla por la vertiente norte y fue uno de los mejores cronistas de la sociedad canaria del momento.

Con William Dampier visitó las islas otro de los más grandes corsarios ingleses: Wood Rogers. El viaje de Rogers se recordará porque en su diario, *A cruising voyage round the World*, describe la vida de Alexander Selkir, un bucanero escocés que había sido abandonado por su capitán en una playa de la isla de Juan Fernández en septiembre de 1704, a unos 640 kilómetros al oeste de Valparaíso (Chile), y que serviría a Daniel Defoe para la creación de su *Robinson Crusoe*. También visitaron Canarias los capitanes John Clipperton, William Betagh y George Shelvocke. El primero, un pirata y rebelde inglés que merodeaba por los mares del Caribe y de América, desertó al Pacífico cuando se dirigía en la expedición de Dampier en 1704 al Pacífico. En 1705 convirtió la isla que lleva su nombre en su guarida para refugiarse. Pero una vez se le permitió regresar a Inglaterra (1719), el gobierno británico le da la patente de corso junto a Shelvocke y ambos partieron del muelle de Plymouth el 13 de febrero de 1719 hacia Juan Fernández. Clipperton viajaba en el *Success*, con 36 cañones y 180 hombres, y Shelvocke en el

<sup>170</sup> Rumeu de Armas, A. *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*. 5 vols. Gobierno de Canarias, 1991. v. iii. Págs., 133-206.

<sup>171</sup> *Ibidem*, v.iii. pág., 24.

<sup>172</sup> Lucena Salmoral, Manuel. *Piratas, bucaneros, flisteos y corsarios en América*. Mapfre. Madrid, 1992. Pág., 128

<sup>173</sup> Bradley, Peter T. *Navegantes británicos*. Mapfre. Madrid, 1992. Pág., 277.

*Speedwell* con 24 cañones y 106 hombres. El *Success* llegó a Canarias el 6 de marzo. Estuvo en Tenerife, El Hierro y La Gomera. A pesar de estar en guerra España contra Inglaterra, la visita a las islas de Clipperton estuvo libre de incidentes. John Clipperton partió desde La Gomera rumbo a Cabo Verde el 15 de marzo. Los viajes de Shelvocke y Cipperton fueron las últimas expediciones de corso que se autorizaron en Gran Bretaña rumbo a los mares del Sur. El viaje del capitán inglés George Anson inicia una nueva etapa, signo de que el gran momento de la piratería estaba acabando. Pero en el siglo XVII se acentúa el interés por el conocimiento de los recursos naturales y culturas de los habitantes de las nuevas tierras descubiertas, siendo Thomas Herbert, comerciante, viajero y universitario del *Jesus College* de Oxford, ejemplo de ello. En el comienzo de la Guerra Civil se puso al lado del parlamento, siendo asignado como comisario de las tropas de Lord Fairfax y por su talante y amistad con el rey, fue nombrado por el parlamento para que acompañara al rey Carlos I durante las últimas semanas en la celda hasta la hora de su ejecución en el Cadalso. Herbert, en su excesiva y extensa obra de viaje, realiza unas significativas e interesantes observaciones de las costas de los continentes africano y asiático que merecieron el reconocimiento del rey, con el cual entabló amistad, y fue nombrado *sir*. Durante su estancia en las islas camino a Goa (la India) en 1624, presta atención a la cultura guanche. La estancia en Canarias de uno de los mayores comerciantes y viajeros ingleses del setecientos como eran William Dampier y Thomas Herbert supuso un gran reconocimiento para las islas, pues sus viajes y actuaciones fueron rápidamente difundidos y elogiados en Inglaterra.

Pero esta preocupación por la naturaleza insular va a encontrar su plena expresión en la botánica. Durante el período renacentista y barroco, en pleno florecimiento de los herbolarios, la recolección de plantas fue una actividad que se impuso en los hombres de ciencia. Precisamente el presidente de la *Royal Society* Hans Sloane, sucesor de Isaac Newton, va a protagonizar el interés por la vegetación de las islas. En 1687 el médico y naturalista Sloane se embarcó para Jamaica como médico del duque de Albermale. Durante su travesía se dedicó al estudio de la naturaleza animal y vegetal de Madeira, las Barbados y Jamaica, recogiendo numerosas muestras, muchas de ellas desconocidas hasta entonces.<sup>174</sup> Reunió una magnífica colección de historia natural, antigüedades, monedas, 3.500 manuscritos y 50.000 libros, adquirida por el Gobierno británico por £20.000, y fue una de las autoridades científicas más destacadas del Barroco inglés. Sloane no pasó por Canarias pero se interesó mucho por su vegetación. Por tal razón, para dotarse de muestras de especies vegetales, recurrió al viajero y comerciante Thomas Simmons, el cual solía visitar las islas para comerciar con los preciados vinos, para que le hiciese llegar plantas y semillas del archipiélago. En 1694 Simmons realizó uno de sus viajes a Canarias y aprovechó su estancia para recoger muestras de muestras de especies vegetales y se las envía al médico y naturalista Hans Sloane. La documentación consistía en una relación de la vegetación insular, así como una relación detallada de semillas de frutas, verduras y hortalizas que se producían en Canarias. De la lista de árboles y semillas se encontraban el castaño, el pimiento, el cardón, la baya -probablemente moras-, salvia, la sandía, el poleo, etc.<sup>175</sup> En el siglo XVIII se pasa del Barroco a la Ilustración y el interés por la Ciencia Natural isleña aumentará.

Por otro lado, desde mediados del mismo siglo XVII, se produce un cambio en el desarrollo de las ciencias que afecta decisivamente en la percepción del mundo. Las viejas teorías aristotélicas sobre la astronomía y la mecánica comenzaron a dejar de ser útiles, de tal manera que las fuertes críticas a ellas las dejaron heridas de muerte. Las

---

<sup>174</sup> E.U.I. T.LVI. Pág., 1016.

<sup>175</sup> B.L. (Sloane 3328).

revoluciones científicas iniciadas con Copérnico, Kepler, Galileo y Newton dieron al traste definitivamente a la vieja ciencia aristotélica para inaugurar una nueva, con nuevos problemas: se acentúa la observación como principio cognitivo, la experimentación constituye la base de la técnica, se delimita el campo de la ciencia y la magia, incluso entre ciencia y religión. A partir de este momento se pasa de vagas especulaciones a formas racionales de acercamiento a las montañas, las cuales fueron vistas como objetos bellos porque la gente empezaba a ver sin temor la naturaleza.<sup>176</sup> La aparición del barómetro, el instrumento que posibilitó la medida de la altura de las montañas, el incremento de la capacidad del hombre en interpretar el entorno e influir con su actuación en el planeta,<sup>177</sup> la erupción del Etna en 1669 y otra serie de circunstancias despertaron aún más el interés entre los naturalistas y filósofos de finales del siglo XVII por el estudio de la superficie terrestre y la formación de las montañas y volcanes, que culminaría en el siglo XVIII. A pesar de que la botánica es la ciencia de moda a lo largo del siglo, la geología adquirió protagonismo, de tal manera que a finales del siglo XVII el estudio de la naturaleza terrestre y muy especialmente la génesis de los volcanes adquiere importancia en la ciencia europea. Según la mentalidad de la época, la tierra y las montañas son aspectos de la naturaleza a estudiar, pues en ellas se encuentran los elementos y minerales que marcan el ritmo del progreso. El Teide, considerada la montaña más alta del mundo, se proyecta como una montaña a investigar y a experimentar la sensación que produce su ascenso, pues los cambios que se estaban operando provocó también un cambio en la mentalidad de la gente.<sup>178</sup> Precisamente llamó la atención a la *Royal Society* de Londres, fundada oficialmente en 1662 bajo los auspicios de Carlos II, que además de responder a las nuevas actitudes culturales, intelectuales y psicológicas surgidas a raíz del avance de la ciencia, trataba de favorecer el desarrollo mercantil de la nación.

En la medida en que las compañías mercantiles y los comerciantes ingleses estaban estrechamente conectadas con la investigación de la naturaleza (Inglaterra comprendió desde el primer momento que los problemas de la navegación y el desarrollo de la agricultura dependían del avance de las ciencias), existía una familiaridad de las islas entre los viajeros, factores e ingleses residentes en el archipiélago, además del espíritu emprendedor y explorador del pueblo inglés, no era de extrañar que fueran los ingleses los protagonistas en la tarea de realizar la primera de las mayores excursiones al Teide. Se trata de la realizada por los mercaderes Philips Ward, John Webber, John Cowling, Thomas Bridges, George Cove y un tal Clappham. La fecha de la ascensión no está nada clara. Según el Register I, pp. 36 de la nota 200 de la *History of the Royal Society*<sup>179</sup>, el ascenso se produjo en agosto de 1646. Wölfel lo sitúa en 1650.

## EL VIAJE ILUSTRADO A LAS CANARIAS. EL TEIDE COMO RECLAMO

En el siglo XVIII sucedió todo lo contrario al precedente. El gran desarrollo del pensamiento intelectual y científico basado en la razón y la experimentación invita al viaje. Los auténticos protagonistas a lo largo del siglo XVIII fueron los franceses, tanto por el mayor número de expedicionarios que nos visitaron, como por los viajes científicos organizados expresamente para el estudio de la naturaleza del Teide. París se

---

<sup>176</sup> Bowler, Peter J. *Historia Fontana de las ciencias ambientales*. FCE. México, 1998. Pág., 101.

<sup>177</sup> Litér, C., Sanchis, F. Y Herrero. *Op. Cit.* Pág., 39.

<sup>178</sup> *Ibidem*. Pag. 80.

<sup>179</sup> Morales Lezcano, Víctor. *Op. Cit.* Pág., 93.

había convertido en el centro cultural de Europa. Luis XV apostó decididamente por las ciencias, siguiendo el ideal de su bisabuelo Luis XIV. Éste, que había alentado a la fundación de la *Académie Royale des Sciences* en 1666, depositó la confianza en su ministro Jean Colbert para el desarrollo del proyecto científico en Francia. Colbert atrajo a París a famosos científicos nacionales y extranjeros para que ingresaran en las filas de la Academia. París supera a Londres, entre otras razones porque, mientras en Francia la ciencia fue asumida como una política de Estado, en Inglaterra la ciencia dependía más de agrupaciones de comerciantes, compañías, organizaciones particulares, etc. París fue la Meca de la mayoría de los ilustrados isleños que viajaban a Europa. En el Siglo de las Luces se va a abordar uno de los mayores problemas que se había planteado en la navegación de ultramar a las potencias europeas (Francia, Inglaterra y Holanda) y en la que va a jugar un papel destacado Canarias: la longitud. La latitud de un lugar era relativamente fácil de resolver, solía tomarse como referencia la estrella polar y nos decía cuánto subimos hacia el norte. En los años de la expansión atlántica, el Teide era el punto de referencia de los europeos en su ruta hacia el sur. La longitud nos dice cuánto nos desplazamos hacia el este, ¿pero al este de qué, si no había una línea divisoria clara? La resolución de este problema, que se venía arrastrando del siglo anterior, era de suma importancia para Francia. ¿Porqué era importante más importante para Francia que para el resto de las naciones europeas? Los comerciantes franceses se habían quejado a su monarca porque los portugueses y españoles, entonces bajo la misma Corona, atacaban y apresaban sus barcos de vuelta de sus viajes a las Indias en las zonas ya cercanas a las costas y puertos españoles, ataques que, según su interpretación, vulneraban los acuerdos internacionales por los que sólo podían abrirse hostilidades al este del primer meridiano y al sur del Trópico de Cáncer. Los comerciantes franceses, indignados, habían solicitado a Luis XIII permiso para atacar y apresar a los navíos ibéricos en cualquier lugar, incluso al este del primer meridiano, pero el monarca francés decretó en 1634 una ordenanza que pretendía conseguir un área de seguridad en la navegación al oriente del primer meridiano y al norte del Trópico de Cáncer, en tanto que permitía los ataques a los españoles y portugueses al oeste de este punto hasta que la Corona de España no abriera los puertos de las Indias al comercio libre. Para poder aplicar su resolución, Luis XIII necesitaba saber dónde estaba exactamente ese primer meridiano y a cuantos grados estaba de París. Resolver el problema le permitía conocer exactamente el punto exacto del primer meridiano para orientar a sus navíos, trazar la línea correcta para paliar el problema de la piratería del área y acabar de una vez con el baile de los meridianos, pues cada nación tenía el suyo.<sup>180</sup> El cardenal Richelieu fue el encargado de poner en ejecución la orden del monarca Luis XIII. Pero las permanentes guerras entre Francia y España a lo largo de prácticamente todo el siglo XVII retrasarían el proyecto.

Mientras eso sucedía en el exterior, en el interior del país la Real Academia de Ciencia de París, formada en 1666, estaba desarrollando un amplio programa científico. Uno de los fundadores, Jean Picard, matemático y astrónomo que utilizó el telescopio para lograr medidas exactas de los pequeños ángulos y no sólo para meras observaciones como se venía haciendo, utilizó la triangulación o el razonamiento trigonométrico para cartografiar Francia en 1668, ya que un objetivo fundamental que se había marcado la Academia era conseguir un mapa del país mucho más fiable de los existentes hasta entonces.<sup>181</sup> Fue la primera cartografía del mundo. Por su parte, el

---

<sup>180</sup> Llegaron a existir más de 15 meridianos y no finalizó hasta 1884, cuando en la International Meridian Conference, celebrada en Washington se acordó como único meridianos de referencia Greenwich.

<sup>181</sup> Ruiz Morales, Mario y Ruiz Bustos, Mónica. *Formas y dimensiones de la Tierra*. Ed. del Serbal. Barcelona, 2000. Pág., 110.

primer director de la Academia, Cassini, construyó un mapa circular para ir fijando todos los puntos geográficos, donde representaba el meridiano en El Hierro, pero aún no sabía bien a cuantos grados estaba la isla canaria. Una vez se produjo la reconciliación de ambos países en 1722 bajo el reinado en Francia de Luis XV, se va a permitir un clima propicio para la realización del proyecto trazado por la Academia de Ciencias en París.

Así pues, aprovechando las buenas relaciones entre las dos naciones, la Real Academia de Ciencia de París envía a Canarias en 1724 al astrónomo Louis Feuillée<sup>182</sup> para que fijase el primer meridiano –en El Hierro, siguiendo la tradición ptolomaica- y fijase la altitud del Teide, dado la importancia del mismo tanto para la geografía como para la cartografía de las islas. Además de las condiciones políticas favorables ya habían sido inventados el octante, el sextante, el círculo, termómetro, el barómetro, entre otros. Este última permitía realizar observaciones barométricas que junto con la geodesia iban a permitir realizar los experimentos encomendados, entre ellos medir la altura de la montaña de Tenerife. Feuillée midió las longitudes de La Laguna, del Teide, de El Hierro y La Orotava y fue el primero determinó la altura del Teide con el empleo de operaciones trigonométricas. Según sus cálculos la montaña de Tenerife medía 2.193 toesas, que después de ciertas correcciones resultaron definitivamente 2.213 toesas (4.313 metros).<sup>183</sup> Cuando Feuillée subió al Teide no pudo llegar hasta la cima y encarga a Verguin que haga una medición con el barómetro. Pero aún Laplace no había resuelto la fórmula (conocida fórmula de Laplace) para resolver el problema de los cambios de temperatura y de presión que distorsionaban la correcta medida con el barómetro. Una vez en El Hierro decidió observar la posición extrema del Teide para situar la isla, pero en la medida en que la altura de la montaña era errónea lógicamente la posición de El Hierro fue errónea. Los resultados de los trabajos realizados por Louis Feuillée fueron estudiados con interés por sus colegas miembros de la *Académie Royale des Sciences* en París. A pesar de que Feuillée utilizó el método correcto en sus cálculos, cometió errores que le llevaron a dar una altitud incorrecta. Las mediciones la realizó con una cadena de 5 toesas para formar una base de 210 toesas y el plano no estaba totalmente horizontal (tenía un grado de inclinación). Era muy difícil realizar la triangulación, pues se necesitaba una gran precisión de los ángulos y un plano bien horizontal para cometer los mínimos errores. Los trabajos de Feuillée no se publicaron. Los jóvenes astrónomos Maraldi y Le Monnier lo expusieron en la Academia en 1742 con fuertes críticas. En 1746 Lacaille publicaría un extracto, con comentarios críticos al final.<sup>184</sup> La longitud de El Hierro y la altitud del Teide seguían pendiente de resolver.

De nuevo la tirantez entre España y Francia retrasó los experimentos. Las mediciones se sucedieron en los años posteriores, incluso algunos seguían considerando el Teide como la montaña más alta del mundo, caso de Thomas Astley en 1744, aunque tal afirmación ya era compartida con las de otros (M. Adanson en 1749, F. Perón en 1783, o J.M.J. Figaro en 1786) que la consideraban “una de las más altas” y “no la más alta”, o por último con los que hablaban de “la montaña más célebre” en lugar de “la más alta”, como fue James Cook en 1776.

Por fin, la medición correcta del Teide la daría en 1776 el matemático Jean Charles Borda, uno de los científicos más reconocidos en la Francia del momento y miembro también de la Real Academia de Ciencia de París. Borda vino a Tenerife en 1771 con Alexandre G. Pingré y Verdun de la Crenne para probar unos relojes marinos,

---

<sup>182</sup> Herrera Piqué, A. *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico*. Rueda. Madrid, 1987. Pág., 6.

<sup>183</sup> *Ibidem*, Pág., 16.

<sup>184</sup> Puig-Samper, Miguel Ángel y Pelayo, Francisco. *El viaje del astrónomo y naturalista Louis Feuillée a las Islas Canarias (1724)*. C.C.P.C. La Laguna, 1997. Pág., 93.



momento que realiza mediciones del Teide, pero los resultados fueron incorrectos. En ese año obtuvo una altitud del Teide de 1.742 toesas (3.395 metros) en tierra y 1.701 toesas a vela (desde el mar), equivalente a 3.315 metros.<sup>185</sup> Pero en 1776, en compañía de los españoles José Varela y Luis de Arguedas, visitó de nuevo la isla. Precisamente la escala de James Cook durante su tercer viaje en Santa Cruz de Tenerife para reponer lo perdido en la travesía como consecuencia de las inclemencias del tiempo y tomar víveres y provisiones en la isla, va a coincidir con la presencia de Jean Charles Borda. El *Resolution* fondeó en el muelle de Santa Cruz de Tenerife el 1 de agosto de 1776. Le acompañaban en esta ocasión a James Cook el pintor John Webber, el médico cirujano William Anderson y dos jóvenes que llegarían a ser grandes navegantes, George Vancouver y William Bligh, que más tarde sería el comandante del *Bounty*. Los viajeros desembarcaron el día siguiente. Cook aprovechó la estancia en Tenerife para situar la longitud y latitud del Teide. El 4 de agosto de 1776 James Cook abandonó Tenerife rumbo a Brasil. Jean Charles Borda, empleando el sistema de triangulación, obtuvo como resultado la altitud correcta de la montaña de Tenerife 1.905 taesos (3.712,8 metros).

El correcto conocimiento de la altitud del Mont Blanc, el acercamiento a la naturaleza de las montañas en la segunda mitad del siglo XVIII y primeras décadas del siglo XIX, y las exploraciones en los interiores de África y Asia, acabaron con la imagen mítica de la montaña de Tenerife: El Teide dejó de ser el punto más alto de la Tierra. Sin embargo, si bien varias montañas de Suecia y de Noruega, el mismo Mont Blanc, en Europa, las cumbres de los Andes, el Antisana o el Chimborazo en América, el Kilimanjaro o el Himalaya los sobrepasan en altura, el Teide siguió siendo admirado porque su imponente y majestuosa vista desde el mar estaba más al alcance de los viajeros que las colosales montañas que lo superaban en altitud. El Teide se presentaba ante los ojos del navegante en todo su esplendor y su mirada lo recorría desde la base hasta la cima. Además, la visibilidad del Teide en la ruta oceánica tenía la ventaja de orientar y corregir la longitud de los navíos, mientras las recién descubiertas estaban en los interiores de los continentes y no al alcance de la vista del observador en el mar.

Al año siguiente de la segunda visita de Borda, llegó a Tenerife el jardinero escocés, natural de Aberdeen, Francis Masson (1741-1805). Joseph Banks, entonces representante y benefactor de *Kew Gardens* de Londres, partidario de enviar emisarios a todas las regiones del mundo para recolectar plantas con el objeto de llevarlas a los jardines reales de la capital británica, lo envió en 1776 a Madeira, Azores y Tenerife. Masson fue el primer colector de plantas de los jardines de Kew.<sup>186</sup> Procedente de Madeira llegó a Tenerife el 31 de mayo de 1777. Masson recolectó entre las islas cerca de 100 especies, muchas ofrecidas desde Tenerife y otras recogidas a lo largo del camino durante la ascensión al Teide.<sup>187</sup> Pero el primer director de los jardines, William Jackson Hooker (1785-1865) sustituyó la política de Banks de enviar jardineros al extranjero por el intercambio y compra de plantas,<sup>188</sup> acabando así los envíos de botánicos británicos a Tenerife.

*El Teide, lugar de peregrinación de exploradores ilustrados, románticos y aventureros.*

En el siglo XVIII, al calor de la Ilustración, va a nacer el explorador como lo entendemos hoy en día. El afán de curiosidad, conocimiento y especulación despertado

---

<sup>185</sup> Herrera Piqué, Alfredo, *Op. Cit.* Pág., 54

<sup>186</sup> Desmont, Ray. *The History of the Royal Botanic Gardens.* Harvill Press. 1995. Pág., 433.

<sup>187</sup> *Ibidem.* Pá., 107.

<sup>188</sup> *Ibidem.*

por el Siglo de las Luces, acaparó la atención de la mayoría de los intelectuales de la sociedad, ya fuese oficial de marina, militar, religioso, botánico o astrónomo. Todos deseaban viajar, convertirse en exploradores para encontrar e investigar las plantas y flores que descubrieran en tierras lejanas; para cartografiar el cielo y la tierra; o para resolver el enigma del origen del hombre y conocer el estado de las sociedades de los seres que habitan las tierras lejanas. Por su parte, las Coronas muestran una firme voluntad de orientar sus esfuerzos para la exploración geográfica por razones comerciales y políticas, incluso de prestigio.

Además, con la concepción filosófica de Jean-Jacques Rousseau basada en despertar una nueva sensibilidad hacia la naturaleza en vez de a la sociedad, y reflejada en el *Emilio* (1762), obra que irrumpió en la conciencia del europeo, así como la veneración por los escenarios de montaña de la moralidad protestante,<sup>189</sup> potenciado en Europa por los ingleses durante el *Grand Tour*, comienza a producirse una notable transformación hacia la montaña. Poco a poco se despierta una actitud hacia ellas totalmente innovadora, un cambio de mentalidad que paulatinamente conllevaría a la aceptación de las irregularidades de la naturaleza como fuente de belleza y cuando a finales del siglo surgió el romanticismo, las montañas, como el Teide, se volvieron objetos de culto, expresiones de lo sublime, y alentó su exploración. Las posturas hacia las montañas habían cambiado significativamente, y muchos viajeros las exploraban por su grandeza escénica,<sup>190</sup> aunque ese mismo espíritu impregnó a la mayoría de los naturalistas de la época. El Teide reforzaría su categoría cultural en la civilización europea en la medida en que definitivamente se va a conocer el paisaje inhóspito de la montaña y entorno, Las Cañadas. Al contrario de esos lugares horribles que suponían los Alpes, los Pirineos y las cordilleras andinas, el Teide, aislado y elevado en solitario, invitaba a su ascenso, pues desde su cima, lugar privilegiado por antonomasia, el excursionista percibía la armonía del universo.

Es en este contexto en que debe situarse las visitas a Tenerife para ascender al Teide de la mayoría de los expedicionarios extranjeros rumbo a Oriente, África, o para la exploración del Pacífico y el continente austral a partir de la segunda mitad del siglo. Nos referimos a los navegantes extranjeros porque la corona española, que contaba con el imperio colonial más grande del mundo, no fue especialmente activa en materia de exploración geográfica durante buena parte del siglo XVIII. Los pocos que lo hacían se limitaban a acompañar a sus colonias a los exploradores de otras naciones para vigilar sus campañas y participar al mismo tiempo en sus trabajos,<sup>191</sup> y que luego llegarían a ser destacados ilustrados nacionales. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, escoltan a los académicos franceses a los Andes para la medición del meridiano; en 1769 se designa a dos oficiales españoles para que acompañen al astrónomo Chappe d'Auteroche en su viaje a California para observar el segundo tránsito de Venus, todavía en 1777 se deniega al naturalista francés J. Dombey la autorización para viajar a América del Sur, si no es con la condición de que acepte la presencia a su lado de dos botánicos, Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón; el astrónomo francés debe además a compartir con ellos los frutos de su campaña en el momento del regreso.<sup>192</sup> Por lo que afecta a Canarias, Jean Charles Borda visitó Tenerife para medir el Teide en 1776 en compañía de los españoles José Varela y Luis de Arguedas. Los primeros borbones organizaron numerosas expediciones, pero más que expediciones de descubrimientos geográficos, fueron organizadas con el fin de vigilar las costas americanas, evitar el asentamiento de

---

<sup>189</sup> Turner, Louis y John Ash. *La horda dorada*. Endymión. Madrid, 1991. Pág., 60.

<sup>190</sup> Bowler, Peter, *Op.Cit.* Pág., 100.

<sup>191</sup> Vovelle, Michel. *El hombre de la Ilustración*. Alianza. Madrid, 1995. Pág., 275-76.

<sup>192</sup> *Ibidem*.

otras potencias enemigas y obstaculizar el comercio ilícito.<sup>193</sup> Pero cuando, en 1782, aparece en la sección «Géographie» de la *Encyclopédie Méthodique* un artículo de Masson de Morvilliers ¿«Qué se debe a España»? la polémica provoca en la Península un sobresalto de orgullo nacional: las dos últimas décadas del siglo contemplan el envío de varias expediciones geográficas y científicas que, con el patrocinio oficial de la Corona, tienden a demostrar a partir de ahora la capacidad científica española. Ruiz y Pavón, que se habían quedado en el terreno tras el regreso de Dombey a Francia, continúan hasta 1788 su exploración de Chile y Perú; el botánico José Celestino Mutis recibe el encargo de realizar una expedición botánica a Nueva Granada, y el médico Marin de Sessé encabeza en 1787 una exploración de Nueva España. Pero, sobre todo, la vuelta al mundo encomendada entre 1789 y 1794 al navegante genovés Alejandro Malaspina constituye la réplica a los viajes de Cook y La Pérouse por aguas del Pacífico,<sup>194</sup> que precisamente a su llegada a la Península fue denunciado y encarcelado por sus ideas liberales y los resultados científicos de su viaje quedaron enterrados en los archivos hasta 1885.<sup>195</sup>

Pero junto a los objetivos geoestratégicos, hay que añadir los económicos. El aumento del tráfico comercial fue uno de los mayores empeños de la Monarquía, razón por la cual la presencia de barcos españoles en aguas americanas y filipinas creció paulatinamente, demandándose, entre otras mejoras para la navegación, el perfeccionamiento de la cartografía,<sup>196</sup> que con respecto a Canarias destaca las siluetas del Teide en la isla de Tenerife. Debe mencionarse a Tomás López (1731-1802), formado en geografía y cartografía en París, el cual realizó en 1780 un mapa de las Islas Canarias, otro de La Palma y La Gomera, y un tercero de Gran Canaria, según la documentación comunicada por Fernando Magallón y las observaciones de los dos oficiales de la marina española agregados a la expedición de la *Boussole* y *L'Espliege* de Borda en 1776, José Varela y Miguel Arguedas.<sup>197</sup> Otros españoles que se ocuparon también de la cartografía de las islas y que destacan aún más el Teide en Tenerife fueron Prosper Casola en 1634, Pedro del Castillo en 1688, Antonio Riviere en 1740, Francisco Javier Machado en 1762 y Andrés Amat de Tortosa en 1776, Fernando Magallón en 1780,<sup>198</sup> y por supuesto el mapa de Tenerife de Leonardo Torriani de 1588.

Así pues, prácticamente ninguna de las expediciones marítimas españolas organizadas durante los reinados de Carlos III y Carlos IV tuvieron presente el Teide como meta, todo lo contrario de los grandes viajes de circunnavegación de los franceses e ingleses, los cuales mediatizados por su afán de conocer y dominar todos los rincones del planeta, tenían la ascensión al Teide como objetivo, además de dar a conocer las singularidades naturales de las islas. Los expedicionarios tenían la ventaja de encontrarse Canarias, y en particular Tenerife, en su ruta, lo que les evitaba desviarse para conseguir sus objetivos. Por ejemplo, la expedición francesa al océano Pacífico de las fragatas la *Boussole* y la *Astrolabe*, comandadas por J.F. de Galaup, conde de La Pérouse, y P.A. Fleuriot de Langle, respectivamente, alcanza el puerto de Santa Cruz en agosto de 1785 y permanece unos días para que algunos de los de a bordo subieran al Teide, como el meteorólogo Lamanon, que midió la altura del Teide con su barómetro, el ingeniero Monneron, el botánico La Martinière, que herborizó por el camino, entre otros. Las mismas razones traería a la isla en agosto de 1791 al contraalmirante A.R.T.

<sup>193</sup> Bernabéu Albert, Salvador. *Expediciones marítimas españolas*. Lunwerg. Madrid, 2000. Pág., 172.

<sup>194</sup> Vovelle, M. *Op. Cit.* Pág., 276.

<sup>195</sup> Brosse, Jacques. *Op. Cit.* Pág., 92

<sup>196</sup> Bernabéu Albert, S. *Op. Cit.* Pág., 173.

<sup>197</sup> Berthelot, S. Y Webb, P. *Op. Cit.* T-II, V-I. Pág., 33.

<sup>198</sup> *Ibidem*, Págs., 34-35. Véase también Tous Meliá, Juan, *Tenerife a través de la cartografía*. Santa Cruz de Tenerife, 1996.

de Bruni, caballero de Entrecasteaux, durante su búsqueda del conde La Pérouse –la *Baussole* y la *Asrolabe* desaparecieron por las alrededores de las islas de la Amistad entre marzo y abril de 1788, pereciendo todos sus ocupantes- con el objeto de que algunos de sus miembros realizaran una expedición al Teide, entre ellos los naturalistas Louis Ventenat y J.J. Houtou de La Billardière, el único superviviente de la tragedia que vivió la expedición, y que a su regreso a Francia el 13 de marzo de 1796 se pone a trabajar en *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse*, publicado en 1799.<sup>199</sup>

Entre la salida J.F. de Galaup, conde de La Pérouse en agosto de 1785 y el regreso de los supervivientes de la expedición de A.R.T. de Bruni, caballero de Entrecasteaux, en 1796 se realizaron tres viajes ingleses en los cuales el Teide va tener un singular protagonismo. El primero es el dirigido por el capitán Arthur Phillip, que partió de Inglaterra el 13 de mayo de 1787 al frente de la *First Fleet*, expedición encargada de transportar setecientos cincuenta presos a Australia, para formar una colonia penal en *Botany Bay*, como remedio al alarmante aumento del número de reclusos en el país, y como beneficio secundario ver la posibilidad de obtener mástiles y madera para las embarcaciones que podrían usar las flotas inglesas de la India.<sup>200</sup> Algunos de sus miembros hicieron una excursión hasta Las Cañadas por ser imposible encontrar un guía que se atreviera a ascender al Teide en esa época del año. En los diarios de los oficiales (Arthur Phillip, Watkin Tench, John White, entre otros) y algunos convictos (George Barrington) de la travesía de la *First Fleet* quedaron las huellas del Teide impresas, incluso Australia emitió en 1987 con motivo del “200 Aniversario” tres sellos con una panorámica de Santa Cruz en 1787 coronado por el Teide.

La segunda sucedería tres años después. El 15 de marzo de 1791, partió de Spithead con destino a Nueva Gales del Sur la *Third Fleet*, 11 barcos bajo el mando de los capitanes John Parker, acompañado de su esposa Mary Ann, y Francis-Grosse, para sustituir el destacamento de infantes de marina establecido desde el primer asentamiento británico realizado con la *First Fleet* por el nuevo cuerpo de recién creado, llamado *New South Wales Corps*. La flota hizo escala en Tenerife, momento durante el cual Peter Rye, lugarteniente del *Gorgon*, uno de los barcos de guerra del Almirantazgo, junto con el botánico de la expedición realizan una excursión al Teide.

La tercera de las expediciones inglesas donde el Pico de Tenerife tiene su impronta es en la realizada en 1792 con motivo del viaje del vizconde de Dervock y barón de Lissanoure, *lord* George Macartney, para negociar los derechos comerciales de la corona británica en la China. Entre los dos más destacados acompañantes del embajador, George Staunton y su secretario John Barrow, sólo éste intentó subir al Teide. Tuvo suerte de conseguir en La Orotava, después de muchas dificultades, a unos guías, arrieros y muleros, que lo acompañara a la excursión, ya que era octubre, fecha difícil de encontrar a alguien que se atreviera a subir la montaña. Durante su partida las gentes los llamaban ¡*locos ingleses!*, en vista del peligro que significaba subir al Teide esos días. A pesar de eso, Barrow y sus compañeros lo intentaron. Una tormenta de viento y lluvia los cogió en Las Cañadas. Habían llevado una gran cantidad de provisiones de La Orotava, pero no habían podido conseguir una tienda para ponerse a

---

<sup>199</sup> Brosse, Jacques. *Les tours du monde des explorateurs*. Bordas. París, 1983. Pág. 92 (existe traducción en español realizada por Purificación Mayoral bajo el título *La vuelta al mundo de los exploradores*. Reseña. Barcelona, 1994).

<sup>200</sup> Hughes, Robert. *The Fatal Shore*. Collins and Pan Books. Sufforlk, 1988. Pág., 73 (existe edición en español traducción de Ángela Pérez y José M. Álvarez bajo el título *La costa fatídica. La epopeya de la fundación de Australia*. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2002). Sobre la estancia de la *First Fleet* en Tenerife, véase Ángel Pérez Rodríguez, *Cinco siglos de historia y filatelia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1994).

cubierto. Se protegen en una roca y la única forma que tenían de descansar era acostándose en el suelo. En el lugar hicieron noche poco protegidos del viento, la lluvia y el aire frío. Desde que amaneció, los viajeros se levantaron. Apenas habían podido descansar y sus vestidos estaban mojados por la lluvia que había caído durante la noche. Algunos viajeros, de acuerdo con los guías, propusieron renunciar ir más lejos, mientras otros decidieron subir tan alto como pudieran. Sólo un guía permaneció con los que decidieron continuar la ruta para subir a la cima del Pico. Continuaron para cruzar Montaña Blanca pero el viento continuaba soplando con violencia, la lluvia aumentaba y la cima del Teide estaba cubierta de nubes oscuras. Entretanto, la tormenta aumentaba, el termómetro estaba por encima del punto de congelación y la lluvia caía en gotas condensadas, no quedándole otra alternativa que dar la vuelta y regresar sin poder conseguir la cima del Pico completamente cubierta de nieve. No llegaron más allá de Montaña Blanca.

La experiencia del intento de ascensión al Teide de John Barrow es sumamente significativa pues no hace más que confirmarnos hasta donde llegaba en el hombre de la época el deseo de conquista de la cima de la montaña. A pesar de las condiciones meteorológicas adversas, la forma cósmica de su existencia se manifiesta a través de la lucha contra las adversidades de la naturaleza y la percepción sublime del entorno, expresión de la ilusión del hombre romántico. Resguardado de la intensa lluvia y apenas iluminado por una vieja vela de navío escribió:

*Los crujidos de esa amplia hoguera, el ruido de la tormenta y la oscuridad de la noche, concurrían para producir una escena romántica, escena que se volvió aún más sublime por la devoción de los guías, que cantaron a coro el himno de medianoche en honor de la Santa Virgen.*

El Teide se va a despedir del siglo XVIII con la visita de uno de los más grandes viajeros de todos los tiempos, que aunque impregnado de espíritu romántico está lejos de ser un romántico puro: Alexander von Humboldt. Sin duda, el más importante naturalista que visitó las islas en el siglo XVIII, que eclipsaría al resto de los viajeros. El viaje emprendido por Humboldt desde 1799 hasta 1804 hacia tierras hispanoamericanas y narrado en su libro *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* fue una expedición de suma importancia, pues fue el que le sirvió a Humboldt para su futuro establecimiento de las bases científicas de la geografía vegetal. Todo empezó en abril de 1798. Humboldt decide irse a dar con su hermano Wilhelm que se encontraba en París. En aquellos momentos se estaba planeando en la capital francesa un viaje alrededor del mundo dirigido por Louis-Antonie de Bougainville. Humboldt fue invitado a tomar parte. Sentía una gran admiración por el gran explorador francés y la idea de viajar con él le fascinaba. Sin embargo, Bougainville tenía 70 años y como el viaje duraría unos cinco, el veterano almirante fue sustituido por Thomas Nicolás Baudin. La expedición de Baudin fracasó como consecuencia de los efectos de las guerras napoleónicas. Humboldt vio frustrado sus deseos y Sudamérica y las Antillas quedaban aún lejos de su alcance. Pero durante la elaboración del proyecto expedicionario conoce a Aimé Goujaud Bonpland, un médico y botánico francés cuatro años más joven que él. Comienza una amistad leal entre los dos naturalistas que se proyectará hasta el final. Ambos deciden ir a España para, desde Cádiz o Cartagena, dirigirse a Oriente. Sin embargo, se dirigen a Madrid, donde llegan en febrero de 1799. En la capital del reino, Humboldt conoce al barón Forell, Ministro de la Corte de Sajonia en España, hombre de amplios conocimientos de mineralogía e interesado en los progresos de la Ilustración. El barón Forell le presentó a Mariano Luis de Urquijo, Ministro del Exterior y favorito de

la reina María Luisa. Éste logra una audiencia con el rey. Humboldt presenta una memoria de su proyecto a la América española y obtiene del Consejo de Indias dos pasaportes, uno para él y otro para Bonpland. Constituye una concesión sin duda única, ya que España había seguido la política de mantener alejados de sus colonias a los extranjeros. El mismo Humboldt comentaría extrañado que *nunca se había hecho una concesión mayor a la realizada y nunca el gobierno español había dado muestras de confianza a un extranjero*.

El puerto principal de donde debían coger el barco para Cuba era La Coruña. Aún no habían embarcado, pero parecía que todas sus ilusiones expedicionarias se hacían realidad. Llenos de esperanzas, marchan hacia el puerto gallego en mayo, donde les aguardaba la corbeta *Pizarro*. El General Rafael Clavijo, responsable de los barcos postales a las colonias, los recibe. El General español le promete a Humboldt que el barco se detendría en Tenerife algunos días, respondiendo a la solicitud hecha por el propio naturalista alemán *para visitar el Puerto de La Orotava y ascender a la cima del pico del Teyde*. Cuando el *Pizarro* comienza su travesía el 4 de junio Humboldt escribe a su amigo Freiesleben:

*¡Que suerte esta!. Pierdo la cabeza de alegría. Parto con la fragata española Pizarro; hemos de hacer escala en las islas Canarias y arribar en la costa de Venezuela y Sudamérica. ¡Que tesoro de observaciones me esperan...!*

El sueño de toda su vida se hizo realidad. Comenzó por fin su gran viaje, necesario para adquirir los conocimientos científicos y culturales que le permitiera elaborar el *corpus* de su teoría geográfica.

En Tenerife pudo conocer el Jardín de Aclimatación instalado por el marqués del Nava en 1795, el Drago de Franchy, Sitio Little y el Teide, verdadero objetivo por el cual visitó Tenerife. El ascenso al Teide fue la labor científica más importante de Humboldt en Tenerife. Pero mientras ascendía a Las Cañadas, le vino a la mente la idea fundamental de la geografía botánica, que más tarde cogería cuerpo cuando viaja a través de América: los pisos vegetales. Fue el primero en ordenar la vegetación en diferentes zonas de acuerdo a la temperatura decreciente según la altitud. Su célebre esquema de las cinco zonas forestales según la topografía, los microclimas y diferencias de temperatura según altitud constituye una aportación excepcional al desarrollo de la geografía moderna.

De nuevo en Santa Cruz, el 25 de junio de 1799 zarpó el *Pizarro* para tierras hispanoamericanas, con gran pena de Humboldt.

La corta estancia del alemán en Tenerife durante el viaje a bordo de la fragata *Pizarro* acompañado del botánico francés Aimé Bonpland para explorar gran parte del territorio de la América del Sur y Central fue trascendental para Canarias. En primer lugar, Humboldt eleva al Teide al mayor pedestal al compararlo con las montañas y volcanes más altos hasta entonces sobresalientes entre los viajeros y naturalistas dieciochescos. En segundo lugar, porque fue el único viajero utilizado en la isla como escaparate con fines turísticos a lo largo de la siguiente centuria. En tercer y último lugar, porque su ascensión al Teide, la teoría de la geografía de la vegetación y la exploración del famoso drago milenario de la casa Franchy en La Orotava, proyecta la curiosidad no solamente científica sino también “turística” de esta parte de las Canarias.

Por otro lado, Humboldt hizo contribuciones importantes en los estudios de la geología, la climatología y especialmente en la geografía botánica al establecer una estrecha relación entre las franjas de vegetación a diferentes alturas y las zonas geográficas. Precisamente el plan globalizador del estudio de la naturaleza de

Humboldt invitó e inspiró a muchos naturalistas a buscar puntos de la ciencia y a visitar Tenerife. Algunos de los mayores científicos del siglo XIX sintieron esa invitación hecha por el naturalista alemán, pues la influencia que ejerció en el mundo intelectual y científico de la época fue enorme. Sus páginas serían las que más cautivaron a la serie de naturalistas posteriores a él. Por ejemplo, uno de ellos fue su íntimo amigo, el geólogo Leopold von Buch. Buch con el botánico Christian Smith, se traslada desde Londres a las islas para estudiar los fenómenos de los climas tropicales “animado” por él. Leopold von Buch escribiría la primera obra importante sobre los fenómenos volcánicos de Canarias,<sup>201</sup> con el título *Description physique des Îles Canaries* (París, 1836), autor además del *Atlas zur Physicalischen Beschreibung der Canarischen Inseln* (Berlín, 1825). Fundador de la volcanología científica, sus trabajos dieron lugar a la inclusión de términos usuales en el habla canaria en parte del vocabulario científico, como es el caso de "caldera". Fue el autor de la primera teoría que trataba de explicar la formación de Las Cañadas que estuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX. Esta teoría, la de los cráteres de levantamiento, también fue aplicada a otras calderas volcánicas, el Teide estuvo en su origen.<sup>202</sup> Trató también la erupción de los volcanes en Lanzarote de 1730 y 1736. La otra erupción de Tao, volcán Nuevo del Fuego y Tinguatón en 1824, fue estudiada por alemán Georg Hartung en 1850.<sup>203</sup>

A pesar de la importancia de Buch, fue con el viaje del británico Charles Lyell a las islas del Atlántico cuando comienza realmente la nueva era del conocimiento geológico de las islas.<sup>204</sup> Pero Lyell investigó minuciosamente las islas de Madeira y La Palma y apenas tocó Tenerife por encima. Fueron Georg Hartung, alumno y compañero de viaje del geólogo británico, Wilhelm Reiss y Karl Wilhelm Georg von Fritsch, los auténticos realizadores de la construcción geonóstica de Tenerife.<sup>205</sup> Elaboraron el mejor estudio del siglo sobre la geología de la isla y su mapa geológico publicado en 1867.<sup>206</sup>

Tampoco estuvieron ajenos a la influencia de Humboldt el francés Sabin Berthelot y el británico Philip Barker Webb, cuya obra *Historie Naturelle des Îles Canaries* es obligada referencia para el estudio antropológico y natural de las islas, y donde Las Cañadas del Teide está ampliamente tratado, o en el naturalista Charles Darwin, que por la sospecha de cólera entre la tripulación de su viaje las autoridades de Santa Cruz de Tenerife le impidieron tomar tierra, precisamente al naturalista que más ilusión mostró en conocer la isla:

*El 6 de enero por la tarde entramos en el puerto de Santa Cruz. Ahora me encuentro por primera vez medianamente bien, y me estaba imaginando el deleite de la fruta fresca que crece en hermosos valles y leyendo la descripción de Humboldt de las magníficas panorámicas de las islas, cuando (quizás puedas suponer nuestra decepción) un hombrecillo pálido nos informó que debíamos guardar una estricta cuarentena de doce días. En el barco se hizo un silencio*

---

<sup>201</sup> Herrera Piqué, A. *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico*. Rueda. Las Palmas de Gran Canaria, 1987. Pág., 175.

<sup>202</sup> Villalba Moreno, Eustaquio. *El Teide en la historia de la ciencia*. [www.atan.org/teide/](http://www.atan.org/teide/) . Pág., 6. [historiaciencia.htm](http://historiaciencia.htm)

<sup>203</sup> Hartung, Georg. *Betrachtungen über Erhebungskrater ältere und neuere Eruptivmassen nebst einer Schilderung der geologischen Verhältnisse der Insel*. Leipzig. 1862.

<sup>204</sup> Fritsch, Karl y Reiss, Johann. *Geologische Beschreibung der Insel Tenerife*. Winterthur. Wurster, 1868. Pág., XII.

<sup>205</sup> *Ibidem*.

<sup>206</sup> Fritsch, K., Hartung, G., Reiss, W. *Tenerife, geologisch topographisch dargestellt*. Winterthur. Verlag von J. Wurster and Co. 1867.

*sepulcral hasta que el capitán gritó «arriba el foque» y dejamos aquel lugar por el que tanto habíamos suspirado.*

*Durante el día estuvimos sin viento entre Tenerife y Gran Canaria y aquí experimenté por primera vez algún placer. La panorámica era magnífica. El Pico de Tenerife, visto entre las nubes, parecía otro mundo. El único inconveniente era nuestro deseo de visitar esta magnífica isla.<sup>207</sup>*

Los textos recogidos en los grandes libros de viajes, así como los mapas impresos, van a ser fuentes de información para los artistas grabadores europeos que aparecieron en el siglo XIX. Sus grabados, inicialmente reflejando la imagen del Teide desde el mar y posteriormente desde la meseta de Las Cañadas, van a convertirse en testimonios visuales en el romanticismo. La visión romántica del Teide ocupa buena parte de su historia (Tenerife y la silueta de su pico fue el recurso de la mayoría de los dibujantes y grabadores de la época) y de la literatura de viajes. En efecto, la exaltación romántica de la montaña canaria está presente en un gran número de ilustradores y viajeros como en Pierre Brunet (1803) que no se “cansaba de admirar esta masa imponente que, desde el fondo de los abismos, elevándose sobre los mares, parece tocar la bóveda de los cielos” o en Pierre-Louis-Antoine Cordier (1803). Para este mineralogista y geólogo francés de Abbeville, que fue el primer viajero que describió el cráter del Chahorra<sup>208</sup> no había inclemencia del tiempo u obstáculos naturales que impidieran al viajero hacer la excursión al Teide con toda tranquilidad. *Le aseguro a usted –afirma- que el frío era muy soportable, que los licores no habían perdido en absoluto su fuerza, que los vapores hidrosulfurosos no eran malos de respirar, y que la rarefacción del aire no nos molestaba en modo alguno, aunque nos hubiera obligado a realizar frecuentes paradas al acercarnos a la cima.* La altura, el silencio y la soledad devenían en él el sentimiento más puro y hermoso que podía experimentar.

*La noche era magnífica, sin nubes y casi en calma. El color del cielo parecía negro profundo; las estrellas titilaban con vivos destellos de luz, con la que apenas se percibía vagamente la vaporosa oscuridad que velaba todo cuanto se hallaba a nuestros pies. Cada vez que me levantaba a observar el termómetro, me detenía a percibir los encantos de un lugar tan hermoso y tan extraño. Elevado a esas alturas del cielo, sentado apaciblemente sobre aquel montón de ruinas humeantes, aislado en medio del océano, el único despierto en medio del silencio de la naturaleza, admiraba con devoción la majestuosidad de su sueño, evocaba recuerdos, y aguardaba pacientemente la hora en la que iba a satisfacer la curiosidad que me había traído desde tan lejos a uno de los más antiguos volcanes de la tierra.*

En pleno romanticismo Jacques-Étienne-Victor Arago, romántico francés que formó parte como dibujante de la expedición organizada por Louis Freycinet a bordo de los buques *Uranie* (1817-20), fue preso de los mismos sentimientos que su contemporáneo y compatriota Pierre-Louis-Antoine Cordier. Aunque el Teide ya había sido destronado por el Mont Blanc, el Chimborazo y el Himalaya, no le desanimaba alcanzar la cima para poder experimentar uno de los mayores placeres del hombre. Mientras se encontraba descansando en el Teide antes de alcanzar la cima, exclamó:

---

<sup>207</sup> Darwin, Charles. *Autobiografía y cartas escogidas*. Alianza Editorial. Madrid, 1997. Pág., 275.

<sup>208</sup> Masferrer y Arquimbau, Ramón. “Sucinta noticia de una excursión al Teide”. *Anal. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.* Tomo VIII, 1879. Pág., 35.



*Sin embargo, me había adormilado. Cerca de la medianoche, me despertaron el frío y las pulgas, y pude disfrutar de un espectáculo fascinante. A mi alrededor no había más que silencio; allá, a lo lejos, el Atlántico a mis pies, unos pueblos contruidos con lava; sobre mí, el Pico, con sus fantásticas fumarolas, despedía, de vez en cuando, una luz pálida y tenue y, a modo de cúpula, la inmensidad de los cielos, tachonada de multitud de estrellas brillantes que centelleaban con un fulgor que dañaba la vista. Era un espectáculo mágico y religioso a la vez, que invitaba a meditar. Me encontraba allí prácticamente solo, puesto que mis amigos seguían durmiendo y, sin querer, me trasladé hasta esa patria ausente que permanece siempre en nuestro corazón. En mi incansable imaginación me pareció verla alzarse en medio del mar. La saludé con la mano y rogué que algún día me fuera devuelta con todas sus riquezas y toda su gloria.*

La inestabilidad política de Francia y los disturbios de la Revolución francesa (1789-1799) frenaron las iniciativas en ultramar de los franceses en beneficio de los ingleses. Francia estaba preocupada por los descubrimientos y asentamientos de Gran Bretaña (en 1795 se apodera de la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza, en el transcurso del mismo año el explorador Mungo Park penetra en el interior de África, se implantaron en la costa oriental de Australia, etc.), y llegado el año 1800 se preparaba en Londres una nueva expedición, cosa que no ignoraba el gobierno francés.<sup>209</sup> Restaurado el orden interior, Napoleón se apresura a organizar un viaje con el objeto de afirmarse en las costas todavía inexploradas de Australia ante una Gran Bretaña con la que estaba en guerra. La expedición llegó el 1 de noviembre de 1800 a Tenerife. Se trataba de la goleta *Le Casuarina*, dirigida por el comandante Louis de Freycinet, la gabarra *Le Naturaliste*, al frente de la cual estaba el capitán Emmanuel Hamelin, y la corbeta *Le Geographe*, comandada por el capitán de navío Nicolás Baudin, que había realizado por cuenta del Jardín du Roi, convertido en 1793 en Museo de Historia Natural, dos viajes botánicos al Extremo Oriente y a los mares del sur y un tercer viaje a las Antillas en 1776,<sup>210</sup> momento que visita Tenerife, y donde viajaba el naturalista y sacerdote André Pierre Ledru. A bordo había médicos, astrónomos, botánicos, ingeniero geógrafos, geólogos, pintores, dibujantes, jardineros y zoólogos. Viajaban los zoólogos Jean Baptiste Genevière Marcellin Bory de Saint-Vincent, François Peron y dibujante Jacques Milbert. Precisamente Bory de Saint-Vincent es autor de un ensayo sobre las islas *Essais sur les îles Fortunees et L'Atlantique ou précis de L'Histoire General de L'Archipel des Canaries*, libro polémico por las omisiones de ciertas fuentes y planteamientos controvertidos sobre la antropología del pueblo canario. Bory de Saint-Vincent subió al Teide pero en lugar de describir su excursión se detiene en hacer un repaso histórico de las ascensiones, minerales existentes y las diferentes altitudes dadas por los viajeros.

La expedición fue un desastre. El insoportable autoritarismo y las erróneas rutas tomadas por Nicolás Baudin, así como las enfermedades contraídas a bordo, desencadenaron descontentos, deserciones y abandonos en tierras lejanas. Bory de Saint-Vincent y Jacques Milbert se quedaron en isla Mauricio. Estos problemas como los naufragios eran muy comunes. Precisamente la siguiente expedición francesa de la *Uranie* (1817-1820) se vio sorprendido por un huracán en febrero de 1820 frente a Tierra del Fuego, razón por el cual perdió gran parte de los objetos que habían recogido a lo largo del viaje.

---

<sup>209</sup> Brosse, J. *Op. Cit.* Pág., 95

<sup>210</sup> *Ibidem.* Pág., 96.

De nuevo los viajes de exploración de las grandes potencias se interrumpieron como consecuencia del estallido de una nueva guerra en Europa en 1803, conocida como las guerras napoleónicas. La contienda no terminaría hasta que el 7 de julio de 1815 cuando los aliados tomaron por segunda vez París. Napoleón fue confinado en la isla de Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821. Por el mismo año renacía de nuevo un interés por la exploración de los continentes lejanos, como consecuencia de la publicación en París, entre 1815 y 1825, del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* de Humboldt, obra que sirvió de modelo. Por su parte, los naturalistas británicos comenzaban a inventariar las riquezas del continente australiano, cuyas costas topografiaba el capitán King ayudado por el botánico Allan Cuninghame, y en 1816 John Ross zarpaba hacia el norte de América en busca del paso del Noroeste que Cook no había encontrado.<sup>211</sup> Francia, humillada por los tratados de 1815, tenía que ondear de nuevo sus banderas en los mares lejanos, recuperar el prestigio, y solamente lo podía hacer reemprendiendo grandes campañas marítimas. Luis XVIII, el soberano de la Restauración y la Monarquía de Julio, organiza una serie de viajes científicos. El primero fue el de la corbeta la *Uranie* en septiembre de 1817, a cuyo frente estaba el capitán Louis C.D. de Freycinet, y en la que viajaban los prestigiosos cirujanos y zoólogos Joseph Paul Gaimard y Jean René Constant Quoy, y el segundo el de la *Coquille*, en agosto de 1822, bajo las órdenes de Louis Isadore Duperrey, y de segundo de a bordo estaba el teniente de navío Jules Sébastien Cesar Dumont D'Urville. El *Uranie* fondea en la rada de Santa Cruz de Tenerife, pero el gobernador exige que se observe la cuarentena. Por mediación del propio Freycinet, consiguió que la redujera a 10 y después a 8 días, pero desmoralizado se hizo a la vela al quinto día, permaneciendo del 22 al 28 de octubre de 1817.<sup>212</sup> Al *Coquille* también se le aplicó la cuarentena de ocho días cuando llegó a puerto el 28 de agosto de 1822.

Pero lo importante del paso de estas dos expediciones por Tenerife es que iban a bordo tres hombres que se quedaron con las ganas de satisfacer el deseo de todos los navegantes y viajeros: subir al Teide. Se trataban de Jules Sébastien Cesar Dumont d'Urville, Joseph Paul Gaimard y Jean René Constant Quoy. Los tres vendrían juntos en la expedición del *Astrolabe*, organizada en 1826 para la búsqueda de los restos del naufragio de La Pérouse y otras misiones como la localización de fondeaderos para los grandes barcos de guerra desde donde operar contra las posesiones inglesas en Australia y Extremo Oriente.<sup>213</sup> El *Astrolabe* hace escala en Tenerife donde Urville esperaba encontrar al capitán P.P. King, que acababa de zarpar de Inglaterra, para charlar sobre la marcación de las costas australianas hechas por el inglés. Desafortunadamente para Urville, el capitán King había partido justo unos días antes.<sup>214</sup> Es esta ocasión, Dumont d'Urville, Joseph Gaimard y Jean Quoy arriendan un caballo y por fin hacen la tan deseada ascensión al Teide. Al año siguiente de su regreso, 1830, Dumont d'Urville se consagra a la redacción de sus viajes bajo el título *Voyage pittoresque autour du monde*. Cuando contaba con 47 años, Luis Felipe piensa en él para explorar el Polo Sur en 1837, de nuevo con la nave el *Astrolabe* en compañía de la corbeta *Zélée*, ocasión que le brinda para visitar Tenerife desde el 30 de septiembre hasta el 7 de octubre de 1837 y realizar una excursión al Teide.

Cuando llegamos a las primeras décadas del siglo XIX eran tantas las descripciones del Teide que algunos viajeros se preguntaron qué se podía decir novedoso

---

<sup>211</sup> Ibidem. Pág., 139.

<sup>212</sup> Pico, Berta y Corbella, Dolores. *Viajeros franceses a las Islas Canarias*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 2000. Pág., 269.

<sup>213</sup> Ibidem. Pág., 300

<sup>214</sup> Brosse, J. *Op. Cit.* Pág., 152.

para no repetir lo que se ha dicho “mil veces”, afirmó Louis Claude Desaulces de Freycinet en 1817. Para René Primavère Lesson (1823), el Teide ya debía su celebridad por los innumerables relatos que lo describen.

## **EL PAPEL DE LA TEMPRANA PRESENCIA BRITÁNICA EN LAS ISLAS EN EL DESARROLLO DEL TURISMO**

Al mismo tiempo que Canarias recibía la visita de los más destacados viajeros y exploradores de los siglos XVII y XVIII, en las islas se formó una colonia extranjera, fundamentalmente británica, que también favoreció el conocimiento del archipiélago en el exterior y por consiguiente ayudó al despegue del turismo aquí. Pero, a la vez, suponía la visita de audaces comandantes y capitales que se encargaban de dirigir las naves desde su país de origen a los puertos canarios para realizar las transacciones comerciales. Comienzan a establecerse en las islas de realengo, fundamentalmente en los pueblos de La Laguna, Garachico, La Orotava y el Puerto de la Cruz en la isla de Tenerife, en Santa Cruz de La Palma, Las Palmas de Gran Canaria y en menor medida en Lanzarote. La presencia inglesa se remonta al siglo XVI, incluso probablemente al siglo XV, pues, desde las mismas postrimerías de la expansión de Occidente, durante el siglo XV. Tan pronto como los viajes de los portugueses a la costa oeste africana comenzaron a dar beneficios comerciales, los ingleses siguieron sus pasos para intentar compartir el mercado, llevando sus manufacturas y regresar con especias. Portugal descubrió la Costa de Guinea alrededor de 1471 y diez años más tarde los ingleses intentaron llegar allí. En la medida en que la Corona de Castilla había sido excluida de la ruta del Este por decisión papal a favor de Portugal, los españoles intentaron emplear a esos ingleses en la navegación para eludir esta obligación.<sup>215</sup> El duque de Medina Sidonia utiliza a los ingleses establecidos en los puertos andaluzes para comerciar con la costa africana. En el año 1481, John Tintan y William Fabian, comerciantes residentes en Andalucía, prepararon una flota hacia la Costa de Guinea, auspiciados por el duque de Medina Sidonia.<sup>216</sup> El proyectado viaje nunca se realizó, ya que la Corona portuguesa envió dos embajadores a visitar al rey de Inglaterra para que le mostraran el edicto papal donde se especificaba la exclusividad de Portugal sobre la soberanía y la navegación en la Costa de Guinea. En aras de evitar el deterioro de las buenas relaciones entre las coronas, pidieron al rey inglés que prohibiera a sus súbditos que realizara tal expedición, petición a la que accedió Eduardo IV. El intento quedó frustrado. Años después, las buenas relaciones entre España e Inglaterra favoreció la firma del Tratado de Medina del Campo en 1489, donde se permitía a los ingleses el derecho de comerciar en todos los dominios españoles, incluida las Canarias, en tanto que lo dirigieran, como los mismos españoles, a través de Sevilla y las regulaciones que imponía la Casa de Contratación creada en 1504.<sup>217</sup> Esto familiarizó nuestros puertos con algunos mercaderes.<sup>218</sup> La actividad mercantil se vio favorecida a partir de 1508, momento en que se autorizó a los mercaderes a comprar en Canarias y llevar a las Indias todo tipo de productos no prohibidos por la Corona, aunque

---

<sup>215</sup> Kerr, Robert. *Op. Cit.* . Pág., 213.

<sup>216</sup> Kerr, Robert. *A general History and Collection of Voyages*. London, 1811.v. vii. Pág., 213. Rumeu de Armas, A. *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*. 5 vols. Gobierno de Canarias, 1991. v.i . Pág., 269.

<sup>217</sup> Davis, Ralph. *La Europa atlántica, desde los descubrimientos hasta la industrialización*. Siglo XXI. España, 1976. Pág., 84.

<sup>218</sup> Morales Lezcano, V. *Relaciones mercantiles entre Inglaterra y los Archipiélagos del Atlántico Ibérico (1503-1783)*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 1970. Pág., 53.

al amparo de la permisibilidad practicaron el contrabando. A partir de entonces comienza la presencia inglesa en las Islas. Los comerciantes ingleses frecuentan Canarias. Cargaban sus barcos con paquetes de ropa de varias clases y de diferentes colores, bramantes, jabones y otras mercancías para venderlas en las costa de la Berbería y en los puertos isleños.<sup>219</sup> A su vez, regresaban con azúcar, pieles de cabrito y orchilla (usado mucho en el pasado como tinte). El londinés John Chilton, que estuvo afincado en Cádiz durante siete años, cargó su navío de mercancías en las islas y zarpó rumbo a las Indias.<sup>220</sup> Las islas también eran lugares de paso, lo cual permitía que sirvieran como centros de aprovisionamiento de agua fresca (fundamentalmente de La Gomera), pan, carne y otras necesidades para los barcos rumbo a África, Oriente y América.

Así pues, al amparo de ese comercio existente en el área, algunos ingleses se establecieron desde el siglo XVI en ciertos puertos y ciudades de las islas donde se realizaba la actividad mercantil. Si bien desde 1512 tenemos constancia de la llegada a Las Palmas de William Flanigan, mercader inglés que había venido de Inglaterra cargado de pan y a consecuencia de un pleito estuvo detenido en la isla durante tres años,<sup>221</sup> los inicios del asentamiento se da en la década de los veinte, justo cuando comienza el crecimiento de la producción y demanda exterior de los caldos isleños. Según Richard Hakluyt, ya en 1526 se establecen en Santa Cruz como agentes de Nicholas Thorn, comerciante de Bristol que operaba con las Indias desde Andalucía, Thomas Midnal y William Ballard, mercaderes también de Bristol que residían en Sanlúcar. En 1553<sup>222</sup> ya había británicos establecidos en Las Palmas de Gran Canaria de la compañía londinense de Anthony Hickman y Edward Castelin, en La Palma Edward Kingsmill, en Tenerife Thomas Nichols, etc.

En ocasiones, algunos de los muchos mercaderes que traficaban con las islas se establecían por periodos de varios años para atender el suministro de los barcos de sus compatriotas. Robert Thomson, un mercader inglés de Andover que se dedicaba a comerciar con las Indias y Méjico se estableció en La Laguna por 18 meses, entre 1556 y 1558, para suministrar los productos agrarios canarios a sus colegas.

Por la tanto, para la mayoría de estos inmigrantes británicos el motivo fundamental de su presencia era el económico. Se encargaban de exportar hacia Inglaterra y Las Indias azúcar, orchilla (usado mucho en el pasado como tinte), piel de cabrito y vino, sobre todo La Palma, que gozaba de buena fama entre los comerciantes ingleses,<sup>223</sup> y posteriormente los de Tenerife, que en el siglo XVII se convertiría en la principal isla productora. Otros entablaban estrechas relaciones empresariales con isleños para realizar conjuntamente los negocios. Fue el caso del *armador*<sup>224</sup> inglés John Hawkins y el regidor de Tenerife Pedro Ponte<sup>225</sup> o Diego Pérez Machado con respecto a Marmaduke Rawdon. Los ingleses no venían sólo por los vinos sino también por las ventajas que les ofrecía Canarias para realizar el comercio con las Indias, dado el régimen privilegiado del que gozaba el archipiélago en la adquisición de la plata acuñada; la posibilidad de

---

<sup>219</sup> Kerr, Robert. *A general History and Collection of Voyages*. London, 1811.v. vii. Pág., 213.

<sup>220</sup> *Ibidem*, v. i, Pág., 295.

<sup>221</sup> Aznar Vallejo, E. *Documentos canarios en el registro del sello (1476-1517)*. La Laguna, 1981, doc., 924 y Lobo Cabrera, M. *Op. Cit.* pág., 33.

<sup>222</sup> Morales Lezcano, V *Relaciones Mercantiles entre Inglaterra y los Archipiélagos del Atlántico Ibérico*. La laguna, 1970. Pág., 53.

<sup>223</sup> Hawkins, Richard. *Viajes hacia los mares del Sur*. London, 1705.

<sup>224</sup> Se llamaban armadores a las personas que preparaban por su cuenta un barco para las tareas comerciales, normalmente siendo ellos mismos los dueños de los barcos y las embarcaciones.

<sup>225</sup> Véase para más información Rumeu de Armas, Antonio, *Canarias y el Atlántico* (5 volúmenes) los vols. 1 y 2. Gobierno de Canarias. Madrid, 1991.

suministrarse productos exóticos americanos, etc.<sup>226</sup> Desde muy temprano fueron acreedores de muchos labradores y cosecheros, que por razones de liquidez, les proporcionaron dinero en metálico o géneros a cambio del preciado caldo del malvasía.

Con estos primeros asentamiento nos encontramos en los albores de la comunidad británica en Canarias. Sin embargo, en esta primera fase de inmigración británica aún no podríamos considerarla comunidad como tal, pues no existía entre sus miembros una función social propia, hecho que sólo se dará a finales del siglo XIX, como veremos más adelante. A lo sumo, son los inicios o comienzos de la formación de su *colonia* en las islas. Aunque el término colonia es un tanto ambiguo, comenzando a usarse en el siglo XIX, consideramos que es el más acertado para denominar a ese grupo todavía reducido demográficamente. Era una *colonia* establecida temporalmente en suelo canario para realizar la exportación/importación en beneficio, cuando no exclusivamente de su país, a título individual. Desde la perspectiva económica eran personas que se establecen por la existencia de unos recursos cuya explotación llamaba su interés, a la vez que importaban manufacturas de su país. Jugaban el papel de intermediarios entre los cosecheros isleños y los *wine's merchants* de Londres.<sup>227</sup> Sus pautas de comportamiento eran las propias del grupo social de comerciantes, agentes, etc., establecidos en enclaves concretos de las islas y el contacto con los isleños se limitaba a las elites comerciales y agrarias. Desde la perspectiva social, la mayor parte de ellos, una vez acabado su actividad comercial, volvían a su país de origen o se trasladan a otros centros mercantiles. Es decir que no llegaban con la intención de avecindarse. Tampoco compraban propiedades ni realizaron, salvo muy pocos, matrimonios con algún miembro de las familias locales.

Pero la presencia inglesa se vería afectada cuando la luna de miel entre España e Inglaterra acabó con la muerte de la reina María, en 1558, y la posterior subida al poder de Isabel I Tudor, reina de Inglaterra desde 1558 hasta 1603. En su juventud Isabel había abrazado el catolicismo, pero en 1559 restablece la autoridad del *Book of Common Prayer*, libro oficial de plegarias de la Iglesia anglicana que había sido suspendido por su hermana María Tudor. Eran los años en que la Reforma y el cisma de la Iglesia católica estaba provocando violentos y cruentos enfrentamientos y también el momento que los ingleses comenzaban a tratar de romper el monopolio comercial con América.<sup>228</sup> La tirantez política entre la Inglaterra isabelina y la España de Felipe II, acérrimo defensor del catolicismo, poco a poco se va increpando hasta la ruptura definitiva en 1568. Bajo este clima de confrontación ideológica y prebélica se va a desatar el hostigamiento y persecución de los británicos protestantes<sup>229</sup> en territorio español. Se suspendieron las garantías que tenían los comerciantes ingleses protestantes en suelo nacional y los reconocidos en el tratado de 1576, que ofrecía seguridad no sólo a los ingleses sino también a los pertenecientes a otras naciones protestantes (Holanda). La Inquisición se haría cargo de su acoso. La persecución alcanzaba a los asentados en suelo isleño y a los mercaderes que operaban por aguas cercanas. Bajo este encrespado clima no es de

---

<sup>226</sup> Bethencourt Massieu, A. «Canarias e Inglaterra. El comercio de los vinos (1650-1800). *A.E.A.* n° 2. Las Palmas de Gran Canaria, 1956.

<sup>227</sup> Morales Lezcano, V. *Op. Cit.* Pág., 81.

<sup>228</sup> Lobo Cabrera, M. *Op. Cit.* Pág., 40.

<sup>229</sup> A partir de ahora utilizaremos el término británico protestante para referirnos a los pertenecientes a la Iglesia Anglicana para diferenciarlo del católico y converso, es decir, de aquellos que se acogían a la religión católica, procedimiento que hacían algunos, pues le permitía disponer de un *status* diferente en suelo español, como ventajas para ejercer el comercio, oficios, ocupar cargos, etc. Para una información de las conversiones de británicos en las islas consúltese los libros de Francisco Fajardo Espinola *Reducción de protestantes al catolicismo en Canarias durante el siglo XVIII: 1700-1812*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977 y *Las conversiones de protestantes en Canarias. Siglos XVII y XVIII*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1996.

extrañar las extralimitaciones de las autoridades isleñas. La exigencia de llevar las contabilidades en castellano, los abusos cometidos por las autoridades pidiendo recompensas, de que tuviesen que registrar el dinero obtenido de sus negocios y en general de las arbitrarias molestias de la Inquisición contra algunos ingleses<sup>230</sup> harán que en 1561 el embajador inglés en la capital de España presente quejas a Felipe II en nombre de los mercaderes de su país establecidos en dominio español.

Se desata el conflicto entre las dos naciones, aunque en un principio de manera desimulada a través de contrabando y ataques corsarios. Pero poco a poco las relaciones se deterioraron hasta que los sucesos de San Juan de Ulúa en México en septiembre de 1568 y la ocupación de los tercios de Amberes (1585), eje del comercio inglés y que apuntaba a Inglaterra en pleno corazón,<sup>231</sup> despiertan un sentimiento nacional inglés de matices anticatólico y antiespañol. Aparecieron escritos criticando el oscurantismo de la monarquía española, se crítica y rechaza a la Inquisición, se desaprueba la acción española en América, etc. Es el comienzo del sentimiento antihispánico que durará hasta 1660, de la Leyenda Negra, como lo acuñó Julián Juderías. Las acciones corsarias en el mar se multiplican. Las aguas Canarias no se vieron libres del recrudecimiento de estas operaciones antiespañolas. Felipe II se propone terminar con Inglaterra, ya que se enfrentaba a sus intereses en todas sus rutas y envió contra ella la Gran Armada con la misión de desembarcar un cuerpo expedicionario en las costas inglesas. La reacción no se hizo esperar, aumentando el sentimiento inglés anticatólico y antihispánico.<sup>232</sup> La derrota de la Armada en 1588 supuso el inicio de la supremacía marítima inglesa. Estas tensiones en Canarias se notaron de una manera drástica, pues apenas hubo constancia de relaciones con Inglaterra,<sup>233</sup> y sus aguas en ocasiones se vieron sometidas a tensiones bélicas. El episodio más importante ocurrido en el siglo, el ataque a la ciudad de Las Palmas en octubre de 1595 por el célebre marino Francis Drake está analizado por el profesor Antonio Rumeu de Armas.<sup>234</sup>

Pero una vez firmada la paz en 1604 bajo el reinado de Jacobo I los súbditos británicos protestantes no serían tan severamente molestados. Es decir, se estipuló que no se molestasen a los ingleses y escoceses que llegasen a España para comerciar siempre que no realizasen públicamente proselitismo. A partir de entonces, la presencia del comerciante inglés llegaría a ser significativa. Los lugares de asentamiento fueron Garachico, el Puerto de la Cruz, cuando éste se convierte en la capital comercial de la isla, La Laguna, Santa Cruz, Las Palmas de Gran Canaria y La Palma.

Pero el ataque inglés a Cádiz, 1625, supuso la reanudación de la guerra entre España e Inglaterra. En consecuencia se volvieron a prohibir las relaciones comerciales con Inglaterra y tener tratos con súbditos británicos.<sup>235</sup> Además, se les dio un plazo de 20 días para marcharse, aunque reservadamente se ordenó tratar con miramiento a los escoceses e irlandeses.<sup>236</sup> Varios ingleses protestantes fueron expulsados del Puerto de Garachico por orden del Gobernador. Una vez restablecida la paz en noviembre de 1630 vuelven las garantías del libre comercio entre ambas naciones y el respeto a la libertad privada de religión. Un ejemplo de la permisividad admitida lo tenemos en el mercader inglés Marmaduke Rawdon. Afincado en la Hacienda de Los Príncipes (Los Realejos), trajo consigo a un párroco protestante, llamado Burch, en la temprana fecha de 1641.

---

<sup>230</sup> *Ibidem* Pág., 42.

<sup>231</sup> Péronnet, Michel. *El siglo XVI*. Akal. Madrid, 1990. Pág., 283.

<sup>232</sup> *Ibidem*. Pág., 284.

<sup>233</sup> Lobo Cabrera, M. *Op. Cit.* Pág., 45.

<sup>234</sup> Para la piratería en Canarias véase la obra de Rumeu de Armas, Antonio, *Canarias y el Atlántico*. 5 vols. Gobierno de Canarias. Madrid, 1991.

<sup>235</sup> Fajardo Spínola, F. *Op. Cit.* Pág., 100.

<sup>236</sup> Domínguez Ortiz, A. *Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII*. Sevilla, 1996. Pág., 114.

También traería a un médico, Evan Pieugh.<sup>237</sup> A partir de ese momento los residentes en Tenerife contarían con un pastor protestante, además de un médico. No obstante, estas garantías en ocasiones eran atropelladas desde las islas. Por ejemplo, el 7 de agosto de 1651 George Fisher, secretario de la Agencia de la República de Inglaterra, se quejó al Consejo de Castilla porque en algunos lugares del Reino, y particularmente en Canarias, se les hacen vejaciones y agravios a los navíos y mercaderes de su nación que hacen escala en sus puertos, con notorio perjuicio de la sinceridad y buena fe con que se pretende establecer este negocio.<sup>238</sup>

Pero en líneas generales, ni las sucesivas hostilidades entre las dos naciones, en muchas ocasiones tensas, ni los intermitentes estados de guerras, ni las marcadas diferencias religiosas, incluso ni la existencia de la Inquisición, impidieron que los comerciantes ingleses vinieran a las islas. La acción del Santo Oficio, aunque causaba sus perjuicios sobre los extranjeros no católicos afincados en las islas, no les impidió su asentamiento. La tolerancia en las islas fue significativa, al menos mientras fuesen comedidos en cuestiones de fe,<sup>239</sup> como en el resto de España, entre otras razones porque la economía del archipiélago dependía totalmente de su actividad comercial -controlaban el comercio de exportación y en la medida en que en las islas había escasez de víveres las manufacturas importadas por ellos eran imprescindibles-. Además, las clases dirigentes canarias eran complacientes con ellos porque eran las más beneficiadas de sus negocios. En la medida en que eran los dueños de las tierras, y consecuentemente de los productos agrarios, la expulsión de los mercaderes ingleses protestantes significaba perjuicios gananciales. Las élites locales eran los máximos beneficiarios de la inmensa mayoría de los víveres importados. Relata en su biografía Marmaduke Rawdon que cuando llegaban a las islas víveres de Inglaterra, él «convocaba al alcalde, de tal manera que sea el primero en elegir, luego a los señores importantes del pueblo, después a las otras personas de menor rango».<sup>240</sup> Pero no sólo por cuestiones económicas eran tolerados sino también por cuestiones sociales. Por ejemplo, el doctor inglés Pieugh se hizo tan famoso en Tenerife por profesionalidad, de tal manera que se buscaba ansiosamente sus servicios médicos.<sup>241</sup>

Desarrollaron un comercio de exportación de caldos, fundamentalmente los de Tenerife, La Palma y Gran Canaria. El *Malvasía*, el mejor vino que producía las islas, y el *Canary-Sak*, ambos cosechados en el valle de La Orotava y la costa oeste de Tenerife eran exportados desde el Puerto de la Cruz -junto a Garachico el principal centro residencial de la colonia inglesa en las islas- a Europa continental (Holanda y Hamburgo), Escocia e Irlanda y sobre todo a Inglaterra, donde el gusto por los caldos del primero estaban bastante arraigados, tal como lo refleja William Shakespeare en sus obras *El Rey Enrique IV*, *Noche de Reyes* y *Las alegres comadres de Windsor*. El otro vino, el *Verdona* o vino verde, que se producía en las islas, de menor calidad. Era para el consumo local y se embarcaba desde Santa Cruz a la América hispana, su principal mercado. A la vez, realizaban la importación de géneros y manufacturas de su país (ropas, paños, tejidos, bacalao, jabón, bramante, etc.). Las compañías exportadoras eran inglesas. Pero, los problemas existentes en virtud del acercamiento de Carlos II a Portugal, la balanza de pagos favorable a Tenerife -las importaciones inglesas no compensaban los elevados desembolsos del malvasía-, así como otros hechos históricos favorecieron notablemente los vinos de Madeira, en detrimento de los de Canarias. Para superar ese desequilibrio en

---

<sup>237</sup> Guerra Cabrera, Juan Carlos. *Marmaduke Rawdon. Un mercader inglés en Tenerife en el siglo XVII*. Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz, 1994. Pág., 18.

<sup>238</sup> Domínguez Ortiz, A. *Op. Cit.* Pág., 115.

<sup>239</sup> Fajardo Spínola, Francisco. *Op. Cit.* Pág. 343.

<sup>240</sup> Guerra Cabrera, Juan Carlos. *Marmaduke Rawdon. Un mercader inglés en Tenerife en el siglo XVII*. Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz, 1994. Pág., 58.

<sup>241</sup> *Ibidem*, pp., 68.

la balanza de pagos, en 1665 los comerciantes ingleses crean en Londres la *Canary Islands Company* con la intención de controlar la exportación de vinos, fijar los precios que se debían abonar a los productores, así como el control de los precios de las manufacturas. Las condiciones impuestas por este monopolio traerían consigo unas campañas anglófobas violentas.<sup>242</sup> Corresponsales y agentes ingleses fueron expulsados de Garachico, se prohibió a los cosecheros vender los caldos a la *Canary Islands Company* y la crispación llega a su extrema violencia, cuando en 1666, los cosecheros, atenazados por la presión comercial y cansados de que las protestas fueran en vano -pues mientras la Audiencia defendía a los cosecheros, el Capitán General defendía a los ingleses- atacaron los almacenes de las casas inglesas. Un gran número de barriles de vinos fueron reventados durante la noche por bandas de campesinos enmascarados, y el vino fue enviado a través de las cunetas al mar.<sup>243</sup> La guerra con Francia fue la excusa para que se gravara la entrada de malvasía un 50%, creando así el gobierno británico una balanza de pagos más favorable.<sup>244</sup> Esta brusca alza de los precios hace que los gustos se desvíen hacia el consumo de otros caldos. Se abandona de esa manera el gusto por el malvasía y el mercado inglés se pierde. Los británicos ya se habían acostumbrado al sabor de los vinos portugueses y el mercado con el Reino Unido ya no sería el que fue. Algo de malvasía se seguía exportando desde Tenerife, que continuaba siendo consumido, sobre todo, por las clases altas de Inglaterra, pero en 1676 solamente en el Puerto de la Cruz había 47 ingleses, y unos años después, en 1683, había 81.<sup>245</sup> Pero a partir de esos momentos, la crisis vinícola se había agudizado y los comerciantes ingleses abandonaron los puertos isleños, fundamentalmente el Puerto de la Cruz y Garachico.

La aceptación de los ingleses en suelo insular fue una «tolerancia represiva», parafraseando a Herbert Marcuse. Les estaba prohibido la celebración pública del servicio divino. Se les autorizaba la estancia para realizar el comercio siempre y cuando se abstuvieran de causar escándalos y no atentaran, de palabra o de obra, contra la religión católica, estándoles prohibido manifestar públicamente sus concepciones religiosas, exteriorizar sus opiniones, las nuevas ideas del siglo, etc. Incluso se les tenía prohibido realizar otras actividades económicas que no fueran las puramente comerciales, como la de mesonero o fondero. El 19 de mayo de 1620 el Tribunal de la Santa Inquisición estableció «que no sean ospitaleros ni tengan casas de posadas en los Puertos los extranjeros ni recogan a ingleses, escoceses ni holandeses». Es decir, que ni podían ser hospedados ni podían tener casas de posadas los protestantes ingleses, escoceses y holandeses. Tal medida afectaba también a aquellos huéspedes que «son recibidos por dinero, [viajeros] pero no a aquellos otros de factores y agentes, los cuales pueden recibir a los correspondientes y personas que con ellos vinieren a tratar y comerciar».<sup>246</sup> En otras palabras, solamente se permitía el hospedaje si venían por asuntos comerciales. La orden

---

<sup>242</sup> Arbelo García, A. y Hernández González, M. *El Antiguo Régimen*. C.C.P.C. La Laguna, 1988. Pág., 28. Sobre la historia de la Compañía véase además, los trabajos de A.L. Simon, *History of the wine trade*, London, 1906; C.A.J. Skeel, *The Canary Company*, E.H.R., 1916; Bethencourt Massieu, A. *Canarias e Inglaterra, el comercio de vinos (1650-1800)*, A.D.E.A., 1956; V. Morales Lezcano, *La Compañía de Canarias, un capítulo sobre la historia económica del Archipiélago*, A.U.H., 1966, y *Relaciones Mercantiles entre Inglaterra y los Archipiélagos del Atlántico Ibérico*, La Laguna, 1970; Cioranescu, A. *Historia de santa Cruz de Tenerife*, 1977 y J. Miguel Rodríguez Yanes, *Tenerife en el siglo XVII*, La Laguna, 1992.

<sup>243</sup> Viera y Clavijo, J. *Noticias de la Historia general de las islas Canarias*. 2 vols. Goya. Santa Cruz, 1971. Págs., 254-55.

<sup>244</sup> Arbelo García, A. y Hernández González, M. *Op. Cit.* Pág., 29.

<sup>245</sup> Sánchez Herrero, José. «Población de las islas Canarias en la segunda mitad del siglo XVI». *A.E.A.* Las Palmas, 1975, núm. 21.

<sup>246</sup> Fajardo Spínola, Francisco. *Reducción de protestantes al catolicismo en Canarias durante el siglo XVIII*. Santa Cruz de Tenerife, 1977. Pág. 35



seguiría aplicándose hasta bien entrado el siglo XVIII. En 1751 se establecen en el Puerto de la Cruz para abrir un mesón la irlandesa Sara Burk Williams y su hija. Denunciadas a finales de ese año, son interrogadas por miembros de la Inquisición, cumpliendo orden de la Suprema, para saber si eran católicas y cumplían los preceptos de la Iglesia «y si dixeran haber venido por causa de comercio, estando con ellas su marido, se les permita su residencia, no dando escándalo; pero se les mandara dexar el mesón dentro de un breve termino por estarles así prohibido». Habiéndose declarado ambas mujeres protestantes, el Inquisidor ordenó el 13 de mayo de 1752 que abandonaran la isla en el plazo de dos meses, lo que hicieron el 30 de ese mismo mes.<sup>247</sup> Es decir, a pesar de la relativa tolerancia hacia los herejes extranjeros en las islas, los permisos concedidos a los protestantes se reducían estrictamente a cuestiones de comercio. Podían tener libros prohibidos en sus casas, siempre que fuesen usados exclusivamente por ellos. A pesar de tener un estilo de vida completamente incompatible con la religión y costumbres de las islas, los protestantes ingleses se comportaban externamente como lo hacían los católicos.<sup>248</sup> La vida de los extranjeros protestantes, especialmente la de los ingleses, considerados herejes y enemigos, y su persecución por parte del Santo Oficio de la Inquisición ha sido objeto de diversos estudios.<sup>249</sup>

Dado el ambiente de la época, el aspecto religioso planteó dificultades de convivencia e integración. Por ejemplo, la adscripción religiosa del británico anglosajón le impidió que contrajera matrimonio con naturales. El primer casamiento entre una mujer católica isleña y un protestante se celebró en febrero de 1817 entre el angloamericano Benjamín Renshaw Hutchinson y la isleña Francisca de Paula Guillermina Orea y Luna Machado Vargas y Médicis. Se celebró en Madeira en la medida en que su Obispo era el único que tenía licencia pontifical para poder celebrar el sacramento del matrimonio entre disidentes. Por lo tanto, aquellos protestantes que querían consumir la alianza se trasladaban a la isla portuguesa.

Se les tenía prohibido la instalación de templos en suelo español. La muerte de un protestante planteaba el horrible problema a la hora de dar inhumación a los que fallecían en nuestro país. La superstición, la intolerancia y el fanatismo religioso de las clases populares, no sólo de las islas sino del resto del Estado, fueron serios obstáculos con los que se encontraron los británicos protestantes. Antes de 1604 no se les permitía sepultar a sus muertos en tierra, viéndose obligados a arrojarlos al agua. Sin embargo, a pesar de que el acuerdo realizado en Valladolid en ese año garantizaba sepultura en tierra siguieron habiendo serios obstáculos. En 1662, por ejemplo, murió en Santander el secretario del embajador inglés y se denegó autorización para su entierro. El cadáver fue lanzado al mar, pero los pescadores, temiendo por sus capturas mientras el féretro de un hereje yaciese en sus aguas, lo izaron y lo arrojaron de nuevo a tierra tan pronto se marchó el embajador.<sup>250</sup>

---

<sup>247</sup> Fajardo Spinola, Francisco. *Los extranjeros y la Inquisición de las Islas Canarias: 1700-1812*. Memoria de licenciatura. Universidad de la Laguna. 1971. Agradezco a su autor las facilidades dadas para su consulta.

<sup>248</sup> *Ibidem*. Pág., 384.

<sup>249</sup> Sobre la Inquisición en Canarias se encontrará lo indispensable en Henry Kamen, *La Inquisición española*, Barcelona, 1988; L. Alberti y A.B. Chapman, *English merchants and the Spanish Inquisition in the Canaries*, Londres, 1912; H.C. Lea, *The Inquisition in the Spanish Dependencies*, New York, 1922; Bartolomé Bennasar, *Inquisición española: poder político y control social*, Barcelona, 1981 y A. Millares, *Historia de la Inquisición en las Islas Canarias*, Tenerife, 1994. Para detalles sobre la Inquisición y su incidencia sobre la vida cotidiana de los ingleses en las islas, Fajardo Spinola, Francisco, *Los extranjeros y la Inquisición de las Islas Canarias: 1700-1812*, La Laguna, 1971 (memoria de licenciatura inédita); *Reducción de protestantes al catolicismo en Canarias durante el siglo XVIII*. Santa Cruz de Tenerife, 1977, y *Las conversiones de protestantes en Canarias. Siglos XVII y XVIII*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Por último el trabajo de Manuel Moreno Alonso Creencias religiosas de los ingleses en Canarias (1587-1700), en *IV CHCA*, 1984, (1ª P. T.II).

<sup>250</sup> Grice-Hutchinson, Marjorie. *El cementerio inglés de Málaga*. Universidad de Málaga. 1989. Pág., 15.

En Santa Cruz de Tenerife, como en el Puerto de la Cruz, y posiblemente en otros lugares de las islas, se daba una actitud agresiva en los entierros, que en ocasiones se manifestaba en el lanzamiento de piedras.<sup>251</sup>

A raíz de la indecorosa situación del enterramiento de los británicos protestantes en suelo español, Inglaterra insistió en disponer de lugares decentes donde se efectuaran las sepulturas de sus súbditos. Es decir, de contar con lugares sagrados donde pudieran ser enterrados los que profesaban distinta religión. En el tratado de amistad y comercio que se estableció entre España e Inglaterra en 1665, en el artículo XIII se recoge «que debe designarse y concederse un lugar decente y apropiado para enterrar a los súbditos del Rey de Gran Bretaña que muriesen en los dominios del Rey de España».<sup>252</sup> España tenía que proporcionar lugares para llevar a cabo la inhumación de los fallecidos no católicos en su territorio. Se establece así el cementerio protestante del Puerto de la Cruz en el siglo XVII. Fue el primero que se establece no sólo en Canarias sino en España. En la medida en que la inhumación de los extranjeros residentes en el Puerto de la Cruz solía hacerse desde aproximadamente 1680 en los llanos de San Felipe,<sup>253</sup> unos terrenos cedidos por el ayuntamiento, se designó el lugar. Sin embargo, si bien el terreno tenía delimitación y estaba amurallado, los cadáveres no constaban donde se enterraban.<sup>254</sup> Su establecimiento se debía a los acuerdos tomados en 1665 y posteriormente en la Paz de Utrech de 1713 - ratificados por España y los Países Bajos el 26 de junio de 1714- donde se recogía el respeto a la libertad de culto de los que ejercían el comercio en tierras extranjeras.

La Corona británica elegía a los mercaderes, al menos los más solventes, para la creación de sus respectivos consulados. El Real Consulado Británico residiría en el Puerto de la Cruz desde su creación en siglo XVII hasta 1831, el 4 de noviembre del mismo año.<sup>255</sup> es trasladado a Santa Cruz nombrándose nuevo cónsul a Richard Bartlett, A partir de esa fecha en el Puerto de la Cruz se mantendrá un viceconsulado británico, además del de los EE.UU, que había sido establecido desde la temprana fecha de 1795, dado el creciente comercio que se realizaba entre Canarias Norteamérica.

### *Los irlandeses en Canarias*

El ascenso al trono del primer monarca de la Casa de Borbón, Felipe V, nieto de Luis IV, favoreció las relaciones con Francia, hecho que determinó la llegada a las islas de franceses para avecindarse. Sin embargo, a pesar de la reducción de la colonia inglesa, tras la pérdida del mercado del azúcar por la competencia del antillano y del vino por el maderiense a finales del siglo XVII y primeras décadas del XVIII, la colonia británica continuaría siendo hegemónica, pero ahora protagonizaba por los irlandeses. Según el informe del cónsul británico en 1770, el 76 por ciento de las casas comerciales británicas establecidas en Canarias eran irlandesas.<sup>256</sup> Esto indica que el peso económico en las Canarias dieciochesca recayó sobre ellos. No obstante, no significa que los ingleses desaparecieron del todo. En 1760, una década antes del informe consular, había diez importantes firmas británicas (entre inglesas, escocesas e irlandesas) en el Puerto de la Cruz<sup>257</sup> y varias en Santa Cruz (Pasley, Forstall, Russell, etc.).

---

<sup>251</sup> Fajardo Spínola, F. *Op. Cit.* Pág., 49.

<sup>252</sup> Domínguez Ortiz, A. *Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII.* Sevilla, 1996. Pág., 116

<sup>253</sup> Gzález Lemus, Nicolás. *Comunidad británica y sociedad en Canarias.* Edén Ediciones. Gúímar. 1997.

<sup>254</sup> Álvarez Rixo, José Agustín. *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872).* Puerto de la Cruz, 1994. Pág., 83.

<sup>255</sup> Archivo Familiar Noel Reid

<sup>256</sup> Guimerá Ravina, A. *Burguesía extranjera y comercio atlántico.* C.S.I.C. Madrid, 1985. Pág., 48.

<sup>257</sup> *All Saint'.* Puerto de la Cruz, 1976.

También había residentes ingleses que ejercían otras profesiones, como la medicina, aunque para ello tenían que «reducirse», es decir, convertirse al catolicismo. La reducción fue una práctica que se dio a lo largo de los siglos, bien por convicción religiosa o bien para gozar de un *status* que le facilitara desempeñar sus funciones, pues de lo contrario podían ser expulsados de las islas. Fue el caso de Thomas Heberden,<sup>258</sup> médico y miembro de la *Royal Society* de Londres. Llegó a Las Palmas en la década de los cuarenta del siglo XVIII y fue preso en las cárceles porque «para inclinar y atraer a su deseo a diferentes mujeres de todos los estados que solicitaba *ad turpia*» les insinuaba que tales relaciones no era pecado y que «no era necesario cofesar éstos, ni ningún otro pecado, ya que no era preciso para salvarse la confesión».<sup>259</sup> Solicitó reducirse, lo cual terminó en una reprehensión, pues de lo contrario, «hubiera sido, como mínimo, expulsado de las islas».<sup>260</sup> En 1751 se traslada desde Las Palmas a Tenerife, permaneciendo siete años en La Orotava. Era hermano de William Hederden, prestigioso médico de Londres, que usó por primera vez el término angina de pecho en 1772.

Así pues, la mayoría de los residentes británicos en Canarias en el siglo XVIII era de nacionalidad irlandesa. Según la matrícula de extranjeros realizada en 1791, el 83,8% de los británicos residentes en la isla de Tenerife estaban domiciliados en el Puerto de la Cruz. De un total de los 31 británicos, el 80,6% eran irlandeses, el 9,6% eran escoceses y el mismo porcentaje de ingleses.<sup>261</sup> Esta nueva colonia contó con la protección legal y la benevolencia del Gobierno por su adscripción a la religión católica. Todos se establecerían aquí definitivamente y se integrarían plenamente en la sociedad isleña. No nos vamos a detener en la actividad comercial emprendida por los irlandeses en las islas durante el siglo XVIII y la notoria influencia económica sobre el Archipiélago,<sup>262</sup> labor que sobrepasa las intensiones de este estudio. Nos detentremos en la importancia social que supuso la colonia irlandesa en las islas.

Los lugares preferidos por los irlandeses para su asentamiento fueron el Puerto de la Cruz, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de La Palma. Es decir, ciudades portuarias desde donde se realizaban la exportación de los vinos producidos en las islas hasta las primeras décadas el siglo XIX. Las cifras son elocuentes.

La llegada de los irlandeses se debió a razones tanto políticas como económicas, aunque para la mayoría de los inmigrantes el motivo principal de sus asentamiento era el económico.

a.- Las políticas fueron como consecuencia de la ocupación a la que fue sometida Irlanda por Inglaterra tras la derrota en la batalla de Boyne en 1690. Cuando Jacobo II fue derrotado en la batalla del río Boyne el 1 de julio de 1690 por las tropas inglesas de Guillermo III, huyó a Francia, donde murió en 1701, sin haber puesto nunca más un pie en las Islas Británicas.<sup>263</sup> Con esta victoria se puso definitivamente el poder de Irlanda en las manos de la clase gobernante de ascendencia anglicana. Muchos combatientes

---

<sup>258</sup> Fajardo Spínola, F. *Op. Cit.* Pág., 72.

<sup>259</sup> *Ibidem*.

<sup>260</sup> *Ibidem*.

<sup>261</sup> Según matrícula de extranjeros de 1791. Cfr. Ruiz Álvarez, A. *Matrícula de extranjeros en la isla de Tenerife a finales del s. XVIII*. R. de H. n. 105-108, 1954. Pág. 102.

<sup>262</sup> Sobre la actividad económica desempeñada por los irlandeses en el Antiguo Régimen y su importancia en el Archipiélago, véase, entre otros, los trabajos de Agustín Guimerá Ravina, *Burguesía extranjera y comercio Atlántico*; V. Morales Lezcano, *Relaciones mercantiles entre Inglaterra y los Archipiélagos Atlánticos*, Bethencourt Massieu *Canarias e Inglaterra: comercio de vinos (1650-1800)*; Arbelo García, A. y Hernández González, M. *El Antiguo Regimen*, y Brito González, Oswaldo, «La presencia extranjera en Tenerife» en *Strenae Emmanvelae Marrero Oblatae*.

<sup>263</sup> O'Beirne Ranelagh, John. *Breve historia de Irlanda*. F.C.E. México, 1989. Pág., 78; Guimará Ravina, A. *Op. Cit.* pp., 40 y Brito González, O. *Op. Cit.* Pág., 218

irlandeses emigraron y se unieron a los ejércitos católicos de Francia y España, enemigos de Inglaterra en Europa, para continuar, desde dentro de sus filas, combatiendo contra Guillermo III. No hay que olvidar que estos ejércitos, fundamentalmente el español, desde la ruptura de Inglaterra con Roma en el siglo XVI, llegaron a Irlanda para combatir la institucionalización de la Iglesia Anglicana en suelo irlandés. Ejemplos pueden ser las expediciones lanzadas en 1579 por el papa Gregorio III y Felipe II, llamada «cruzada religiosa», que desembarcó en Dingle, condado de Kerry, o la de 1601, cuando más de 3.000 españoles desembarcaron en Kinsale, condado de Cork, para apoyar una rebelión de los irlandeses. La ola migratoria se vería aumentada cuando en 1695, el Parlamento irlandés comenzó a redactar la legislación contra los católicos, conocida como las Leyes Penales, tras las cuales, so pretexto de persecución religiosa, lo que realmente se escondía era la ocupación, empobrecimiento y degradación de Irlanda. Las consecuencias no se hicieron esperar. Se calcula que durante los cien años posteriores a 1691 casi un millón de irlandeses dejaron su país para unirse a las brigadas irlandesas de los ejércitos franceses y españoles. Muchos se licenciaban y se establecían para el resto de sus vidas en Francia o España, como consecuencia de la acogida que le dispensaba sus reyes dada su condición de católicos. Tal política proteccionista les garantizaba la naturaleza española. Canarias «recibió una buena porción de irlandeses católicos».<sup>264</sup>

b.- Las razones económicas venían motivadas por el floreciente comercio vitícola de Canarias con Europa y las colonias americanas.<sup>265</sup> Con la doble nacionalidad (súbditos españoles para España e ingleses para Gran Bretaña) durante todo el siglo XVIII llegarían a jugar un papel destacado en la economía isleña. Por un lado, participando en la red comercial con la América española -coto cerrado a los extranjeros- y Canarias, y, por otro, mediante el control absoluto del comercio de exportación e importación con Gran Bretaña y las colonias británicas en América. De Gran Bretaña importaban fundamentalmente lanas, diversos tipos de mercancías, sombreros, material de ferretería, sardinas, arenques ahumados, trigo (cuando escasea en las islas), etc. De Irlanda sobre todo vacas, cerdos, mantequilla, velas y arenques. De las colonias británicas en América importaban madera, carne de vaca, de cerdo, arroz, duelas para los toneles, y en épocas de escasez de cereales en las islas, maíz, trigo y harina. A cambio exportaban para la «Madre Patria», orquilla, palo de campeche para la extracción del tinte rojo *hematoxilina*, un poco de vino<sup>266</sup> y para sus colonias en América gran cantidad de vino.<sup>267</sup>

A pesar de ser política y religiosamente enemigos de los ingleses, nunca renunciaron a la nacionalidad británica, ya que les permitían ejercer el comercio con Inglaterra y sus colonias de América, incluso siguieron cultivando su cultura dada su educación. Siguiendo el gusto de la nobleza inglesa, los irlandeses establecidos en las islas se hicieron construir sus villas o casas de campo a las afueras de la ciudad para llevar en estas moradas campestres una vida plenamente burguesa. Viviendas para cuya construcción hacían traer el material desde Europa.<sup>268</sup> El mobiliario de importaban de Inglaterra, de tal manera que en los interiores de sus residencias se respiraba ambiente y

---

<sup>264</sup> Latimer, I. *Notes of travel in the islands of Tenerife and Gran Canary*. Simpkin, Marshall and Co. London. 1887. Pág., 120.

<sup>265</sup> Arbelo García, A. y Hernández González, M. *El Antiguo Régimen*; Guimerá Ravina, A. *Burguesía extranjera y comercio Atlántico* y Brito González, Oswaldo, «La presencia extranjera en Tenerife» en *Strenae Emmanvelae Marrero Oblatae*. La Laguna, 47.

<sup>266</sup> Inglaterra, ya había dejado de ser el principal consumidor de los caldos de Canarias en el siglo XVIII.

<sup>267</sup> Glas, George. *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands*. London, 1764. Págs. 327-329

<sup>268</sup> Álvarez Rixo. *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*. Santa Cruz de Tenerife, 1994. Pág. 167

confort inglés. Añadían frondosos jardines. Es el caso de la casa de La Paz (Puerto de la Cruz), mandada a construir por Bernardo Valois, poco después de que comprara los terrenos en 1703; la construcción de la hacienda de San Antonio, en 1777, mandada a construir por otro comerciante irlandés de considerable riqueza, Nicholas White; o Sitio Cullén, construida por Thomas Cullén en 1801. Enviaban a sus hijos a estudiar a los colegios católicos ingleses. Etcétera.

Aparte de practicar la endogamia y elegir a futuros socios comerciales basado en criterios de parentesco de nacionalidad como forma de perpetuar y consolidar la riqueza y la continuidad de los negocios, su condición de católicos les facilitó los casamientos con miembros de la elite local, integrándose de esa manera en el grupo oligárquico. El ideal de la época era casar bien, con una dama de calidad y fortuna. Estos matrimonios supusieron para algunos el control político de la ciudad, como el que se originó en el Puerto de la Cruz a raíz del casamiento entre Bernardo Cologan Valois, Alcalde de Aguas, y Laura Franchi, hermana del Alcalde Real Pedro Franchi. La participación en la política activa fue una constante de todos ellos, ya fuesen como Alcaldes Reales, como sucedería con Nicolás White, Jorge Commins, Diego Barry, Bernardo y Tomás Cologan Valois, o como síndicos personeros, como Guillermo Mahony, Tomás Cullen, etc.

A través de donaciones o de obras como la fundación de la Capilla de San Patricio, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Francia del Puerto de la Cruz en 1700, la pila del bautismo, la restauración de la ermita de La Paz, en 1713, la adquisición de la ermita de San Antonio, o sociales, como la construcción de la fuente en la plaza de la Iglesia (Puerto de la Cruz), la conducción de aguas hasta la vecindad, etc.-<sup>269</sup> adquirirían una reputación distinguida entre los isleños de las clases altas. En Santa Cruz están las huellas de las obras benefactoras de Robert Hant y las familias Forstall y Rusell en la Capilla de San Patricio del convento de los franciscanos, o la de Patricio Power en favor de los niños huérfanos de la población, en 1781 y 1784.<sup>270</sup> O para conseguir prebendas. Entre los años 1778 y 1780 la casa de comercio de los *White* en el Puerto de la Cruz cesió al Rey Carlos III la fragata *El Santiago* para la expedición a las islas de Annobón y Fernando Poo, por la cual «su Majestad le concedió privilegio de poder hacer algunas negociaciones ventajosas en América».<sup>271</sup>

Pero si bien a través de estas obras se mostraría su riqueza y opulencia, no menos importante eran para algunos de ellos el mostrarlas en las ceremonias funerarias, como sucedió con los entierros de Cristóbal White en 1777 y Tomás Cologan Valois en 1810,<sup>272</sup> cuyos fastuosos enterramientos contrastaban con los realizados aquí por los mismos hacendados naturales<sup>273</sup> o con las discretas ceremonias de los protestantes ingleses residentes en Canarias.

Siguiendo la moda de la elite social del siglo XVIII, para quien la literatura era una decoración de la vida, se dotaron de unas bibliotecas de gran contenido teológico y con ciertos ejemplares de autores heterodoxos de la época. Así, junto a la presencia de unas obras de marcado carácter religioso, caso de la biblioteca de Bernardo Valois, desde mediados de siglo aparecen en las mismas una literatura que recogía a autores como Feijoo, Rousseau, Voltaire, La Fontaine, etc.<sup>274</sup> No menos importantes fueron otras bibliotecas como la de la familia White, la del holandés Van Steinfort, etc., y que sin duda

---

<sup>269</sup> Guimerá Ravina, A. *Op. Cit.* Pág. 92.

<sup>270</sup> *Ibidem.* Pág., 104.

<sup>271</sup> Álvarez Rixo, J.A. *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava, 1701-1872.* Tenerife, 1994. Pág., 168.

<sup>272</sup> Álvarez Rixo, J. A. *Op. Cit.* Págs. 98 y 208.

<sup>273</sup> Hernández González, M. *La muerte en Canarias en el Siglo XVIII.* C.C.P.C. La Laguna, 1990. Pág. 148.

<sup>274</sup> Guimerá Ravina, A. *Op. Cit.* Pág. 90.

contribuyeron a que la Ilustración en Canarias fuera una de las etapas de mayor apogeo cultural de la Historia del Archipiélago.<sup>275</sup>

Algunos, junto a hombres de otras naciones europeas, influyeron en la introducción de nuevas ideas como las masónicas. Las actividades de Alejandro French Linch, del francés Pedro Carbonier, etc., son buen ejemplo de ello.<sup>276</sup> No debemos olvidar en este sentido la influencia de Estados Unidos. El Puerto de la Cruz mantenía una relación económica estrecha con Estados Unidos en el siglo XVIII, a donde se exportaban los caldos de Tenerife, junto con los de Madeira, y desde donde se importaban maderas, barcos y harina,<sup>277</sup> además de carne de vaca, de cerdo, arroz, duelas para los toneles y en épocas de escasez de cereales en las islas, maíz y trigo, como hemos señalado. Ese tráfico comercial actuaría como vasos comunicantes para la introducción de ideas francmasónicas entre las elites sociales y que a la postre influirían sobre las nuevas corrientes ilustradas y liberales en la isla. Una cultura que incluso dejaría su huella en la ciudad en la construcción de la casa estilo colonial americano «Sitio Luna» a cargo de Francisco Caballero Sarmiento, comerciante portugués de Filadelfia y estrechamente vinculado al comercio norteamericano.<sup>278</sup>

Los irlandeses se encargarían de la custodia y policía del Cementerio protestante más antiguo de Canarias, el del Puerto de la Cruz. Alrededor de 1844 las autoridades militares hacen entrega de la llave a Andrés Goodall (más tarde vice-cónsul) para ocuparse del riego, de la limpieza y del ornato del mismo, dada la ausencia de un párroco anglicano. Probablemente le fue concedida al Goodall porque tenía una huerta dedicada a papas y millo contigua al cementerio y la entrada exterior era la misma que la del campo santo. Después de su muerte en 1879, la llave la conservaría sus sobrinos Tomás, Andrés y Guillermo Carpenter y Goodall.

Pero, si bien en el siglo XVIII todos los irlandeses, por conveniencia, mantendrían su condición de doble nacionalidad no sucedería así en la siguiente centuria. En efecto, en el siglo XIX los irlandeses que se habían integrado en el seno de la elite local por su confesionalidad católica ya no figurarían como extranjeros. La mayoría se había nacionalizado y las segundas y terceras generaciones perderían muchas señas de identidad británica. Por lo tanto, la progresiva integración de la totalidad de la colonia irlandesa en la sociedad isleña, a través de la adquisición de la naturaleza española, supuso que el peso demográfico de la colonia británica en las islas recayera de nuevo en los ingleses y escoceses, nuevos emigrantes.

A pesar de la presencia de una destacada comunidad extranjera, las islas vivían de espaldas al viaje turístico. Muestra de ello era el estado de la hospedería insular en esos años. Es verdad que la inmensa mayoría de los viajeros, comerciantes o naturalistas que solían frecuentar las islas, normalmente con cartas de recomendación desde su país de procedencia, solían alojarse en las residencias privadas o en los conventos. Según el astrónomo escocés Piazzi Smyth, los naturales de Tenerife, desde el campesino hasta el aristócrata solían ser hospitalarios con el visitante extranjero, sobre todo si se trataba de naturalistas. Los viajeros que visitaban las islas sin cartas de recomendación dirigidas a los hacendados isleños tenían que arrendar una casa para poder pernoctar y donde las condiciones higiénicas parecen que no eran nada halagüeña. Las casas en Canarias se construían sin chimeneas ni retretes y solían estar infectadas de piojos y pulgas. Los

---

<sup>275</sup> Hernández González, M. *La Ilustración*. C.C.P.C. La Laguna, 1988. Pág. 23

<sup>276</sup> Paz Sánchez, M. A. *Historia de la Francmasonería en Canarias (1739-1936)*. Las Palmas de Gran Canaria, 1984. y del mismo autor y Carmona Calero, Emilia. *Canarias: La masonería*. C.C.P.C. 1995.

<sup>277</sup> Hernández González, Manuel. «La proyección de Estados Unidos en la masonería atlántica» en la revista *ISLENHA* nº 8 (Jan-Jun, 1991)

<sup>278</sup> *Ibidem*.

canarios, ya fuesen de clases altas o bajas, parecían no notarlas demasiado, al contrario del inglés que las odiaba, incluso era de mala educación hablar en público de ellas en Inglaterra.

Como consecuencia del abandono secular de la hospedería en Canarias, el viajero de paso tenía serias dificultades para encontrar un alojamiento mínimamente decente. En el tránsito del siglo XVIII al XIX las pocas posadas que había en los puertos seguían manifestando un estado lamentable. Situación que se seguiría dando en el siglo XIX, pues los naturales de las islas se remediaban con sus fondas. Pero este tipo de hospedaje existente no era el que demandaban los visitantes extranjeros.

Los relatos de los viajeros nos proporcionan abundantes testimonios que nos permiten conocer a grandes rasgos el estado de la hospedería. El viajero británico John Barrow al referirse a la posada de Santa Cruz de Tenerife en 1792 no duda en considerarla muy mala.

Nos habían comentado que Santa Cruz contaba con una excelente posada, sin embargo nos quedamos sorprendidos al encontrarnos con todo lo contrario. Los muros estaban desnudos, apenas pintados de cal, con unos muebles lamentables y una suciedad generalizada. La comida consistía únicamente en uvas, pan y vino malo. Eso era todo lo que encontrabas en ese cuchitril durante la estancia, que si bien no era pobreza, si era indolencia.

La fonda de Santa Cruz le causó la misma mala impresión al pintor francés Jacobo G. Milbert que a John Barrow, que le había sido recomendada como la mejor de la ciudad.

Cuando regresé a la ciudad fui a reunirme con varios compañeros a un mesón, o fonda, que nos habían dicho que era la mejor de todas. Esto no hace honor a las otras, pues la comida que nos sirvieron y la suciedad del comedor no pueden compararse a las de los peores mesones de Europa.

La otra ciudad de importancia, La Laguna, también mostraba su cara más lamentable en la hospedería. El mismo Milbert se lamenta del estado en que se encontraban los mesones de la ciudad:

Los mesones de La Laguna son detestables y muy caros. Los platos favoritos de quienes los frecuentan consisten en un gallo viejo, o una gallina, condimentados con azafrán. Algunos de nuestros compañeros pagaron cinco piastras, unos veintiséis francos, por un festín de esta clase, al que se le había añadido huevos y algunos higos.

Pero si lamentables eran los mesones, por el comentario que hace el francés parece que las fondas pecaban del mismo estado. Cuando se encontraba Milbert visitando la ciudad, concretamente el mercado, decidió dirigirse a la fonda para descansar un poco –aunque lo visitó para descansar, él no pernoctó en ella-. Tal era el estado de la misma que comentó aturdido:

Entré en un hostel que tenía una apariencia exterior bastante agradable, pero el interior estaba tan sucio, tan asqueroso, como el mesón en el que se me había ocurrido entrar por primera vez en Santa Cruz.

No obstante, a pesar de la importancia de la ciudad, La Laguna contaba con escasas fondas. Cuando el conde alemán George Henry Langsdorff llegó a La Laguna de visita a Tenerife durante su viaje alrededor del mundo (1803-1807) tuvo enormes dificultades para encontrar una fonda donde pudiera al menos comer algo, superando la deficiencia gracias a la amabilidad de un vecino.

En vano buscamos por los alrededores una posada y nos vimos obligados a pedir hospitalidad a un ciudadano que nos era completamente desconocido. Nos recibió amablemente y logramos conseguir frutas, huevos y vino, asegurándonos de esa manera una comida adecuada para poder continuar nuestro camino.

La desatención a la hospedería por parte de los naturales animó a los extranjeros residentes en las islas, fundamentalmente en Santa Cruz de Tenerife, a establecer las primeras fondas en la ciudad. El francés Juan Francisco Bocher, que había venido como cocinero del comandante general de Canarias, marqués de Branciforte, puso una hospedería en la calle San José, ofreciendo a los huéspedes comida, cama, cuarto y luz. Pronto a Francisco Bocher le salió una competencia desleal que le hacían un sastre y un panadero de la ciudad, ofreciendo cama a eventuales visitantes. Ante tales hechos, el francés lo denunció a la autoridad, a la vez que solicita licencia para poner un cartel en la calle anunciando su fonda. Favor que consiguió. Años después, un milanés que en su viaje a China decidió vecindarse en Tenerife, establece otra fonda. Se trataba de una casa de arquitectura popular canaria: de una planta, con habitaciones espaciosas, el techo desnudo, con enormes ventanas, además de estar mal amueblada y pintada de cal.

## EL NACIMIENTO DEL TURISMO MODERNO EN CANARIAS

Al finalizar las guerras napoleónicas (1793 a 1815) las potencias imperialistas de Europa, fundamentalmente Inglaterra pues aparece como la gran beneficiada a nivel mundial, extendiendo por el mundo entero su Imperio y su comercio, comienzan a fijar la mirada en otros horizontes: África. Hasta la primera mitad del XIX los europeos se habían establecido a lo largo de la costa occidental africana para practicar el comercio, pero muy pocos se aventuraron en su interior. La razón fundamental por la cual evitaron adentrarse en el continente africano fue producto de las afecciones, a veces mortíferas, causadas por ciertas enfermedades, como la malaria, disentería, tifus, fiebre amarilla, entre otras.<sup>279</sup> Sin embargo, con la aplicación de la quinina, primero en Argelia en 1830 por los franceses y luego por los ingleses en la Costa de Oro a partir de 1840 se logra disminuir los efectos fatales de ellas, fundamentalmente, las dolencias ocasionadas por la malaria. África seguía siendo hostil a los europeos, pero psicológicamente la mejora fue importante. Había dejado de ser la «tumba del hombre blanco». Por consiguiente, a partir de esos momentos era un lugar del que los europeos podían tener razonables esperanzas de salir con vida.<sup>280</sup> La consecuencia inmediata fue el incremento de viajeros europeos hacia el interior del continente negro. Los éxitos de tales incursiones motivaron que a partir de 1850 cambiara la visión del mundo del viaje y las exploraciones. Un gran número de científicos, exploradores y aventureros empezaron a interesarse por nuevas tierras africanas, particularmente por el África sub-sahariana. El deseo de explorar, combinado con una cierta confianza y esperanza en que todo podría ser conocido, y que debería ser conocido, fue una razón más para dirigirse a cualquier sitio que no había sido explorado anteriormente. Sojuzgar la naturaleza y ampliar los conocimientos de las ciencias naturales había llegado a ser el objetivo de numerosas organizaciones, como eran la *Royal Geography Society*, *Geology Society*, etc.<sup>281</sup> Por su parte, las sociedades de Berlín, París y Bruselas hicieron lo mismo. En efecto, el conocimiento científico se había convertido en la columna vertebral del proceso de expansión de los imperialismos europeos. Se despertó el interés científico por el estudio de la flora, pesca, etc., de Canarias en relación con África con fines económicos. Por tal motivo, en la segunda mitad del siglo siguieron frecuentando las islas muchos naturalistas. El joven George Crotch (1842-1874), Richard Lowe (1802-

---

<sup>279</sup> Headrick, D. R. *Los instrumentos del Imperio*. Alianza, 1989. Madrid. Pág. 61.

<sup>280</sup> *Ibidem*. Pág., 67.

<sup>281</sup> Riffenburgh, Beau. *The myth of the explorer*. Oxford U.P., 1993. Oxford. Pág. 33.



1874), William Burchel (1781-1863), Richard Murray (1842-1908), por nombrar algunos de los geólogos y botánicos británicos que se acercaron a Tenerife para cumplir su cometido científico. Sin embargo, serán las visitas de otros destacados naturalistas, que bien por la importancia de sus investigaciones, o bien por los puestos que llegaron a ocupar en relevantes instituciones académicas y científicas los que destacarían.

Eran los tiempos en que nuevos campos de la ciencia empezaron a desarrollarse independientemente de la filosofía. Algunas, como la geología, alcanzaron su madurez en las primeras décadas del siglo. Muchos trabajos de campo se realizaron por eminentes geólogos durante la edad heroica de la geología, de 1790 a 1830. Darwin en el viaje del *Beagle* venía leyendo un libro que acababa de ser publicado, *Principles of Geology*,<sup>282</sup> escrito por el geólogo Charles Lyell (1797-1875). Lyell viajó a Madeira y Canarias (Tenerife, Gran Canaria, La Palma y Lanzarote)<sup>283</sup> en diciembre de 1853 para estudiar la geología volcánica de las islas atlánticas y su relación con la costa occidental africana. Estuvo hasta marzo de 1854 en las islas y a su regreso a Inglaterra no dejó de trabajar con Charles Darwin. Lyell había venido en 1853 con el botánico inglés Charles James Fox Bunbury (1809-1886), aunque éste sólo visitó Madeira y Tenerife. La flora de Tenerife seguía impresionando profundamente a los británicos, pero ahora relacionándola con el continente africano. Por consiguiente, muchos destacados botánicos se interesaron por este aspecto novedoso de la flora macaronésica. Aparte de James Bunbury, en 1878 visitó Tenerife *sir* Joseph Dalton Hooker (1817-1911), director de Kew Gardens desde 1865 a 1885. Vino acompañado del miembro de la *Linnean Society* John Ball (1818-1889). Ambos hicieron una expedición a Marruecos con el fin de investigar la flora de la región, investigaciones que se publicarían con el nombre de *Journal of Tour in Marocco and Great Atlas*.<sup>284</sup> Daniel Morris (1844-1933), otro destacado botánico y el director de *Public Gardens* de Jamaica, visitó la isla en 1893. La rica fauna que se estaba descubriendo en la región motiva también el interés por las islas de otras ciencias como la zoología - fundamentalmente, la ornitología y entomología-. Entre 1857 y 1860 visita la región macaronésica el entomólogo inglés John Obadiah Westwood (1805-1893), dejando una serie de 24 acuarelas de lepidópteros de las islas. Por las mismas fechas también el entomólogo Thomas Vernon Wollaston (1822-1878) viaja a las islas, además de Madeira. Como resultado de este viaje elabora un catálogo de coleópteros de las Canarias. La importancia que adquiere la confección de los atlas ornitológicos, traería a Tenerife entre 1887 y 1888 a uno de los mayores ornitólogos ingleses del momento, Edmund G.B. Meade Waldo (1855-1934). No solamente trabajaría sobre las aves canarias sino también sobre las de Marruecos, haciendo un análisis comparativo.

También en los albores de esta segunda mitad del siglo se despertó el interés por la ciencia de la antropología. Así en dicha ciencia, desde que el descubrimiento del hombre del Cro-Magnon en 1868 puso de manifiesto similitudes anatómicas con los indígenas de Canarias,<sup>285</sup> la cultura guanche fue objeto de investigación y curiosidad y que, junto con el deseo romántico de la época de experimentar la sensación de ascender el Teide, atrajeron, consecuentemente, a gran número de viajeros aventureros, a la vez que fueron reclamos turísticos, como veremos más adelante. Uno de esos aventureros fue Richard Francis Burton, quizá el explorador, viajero y aventurero que más destacó durante esta época, y que junto a John Hanning Speek, realizaron la interesante expedición en busca de las

---

<sup>282</sup> Mason, Stephen F. *Historia de las Ciencias. vol. IV. La ciencia del siglo XIX*. Alianza. Madrid, 1986. Pág. 33.

<sup>283</sup> García Pérez, J. L. *Viajeros ingleses en las Islas Canarias*. Santa Cruz, 1988. Pág. 291.

<sup>284</sup> Desmond, Ray. *Dictionary of British and Irish Botanists and Horticulturists*. Taylor & Francis. London, 1977. Pág. 318.

<sup>285</sup> Estévez González, Fernando. *Indigenismo, raza y evolución*. Santa Cruz de Tenerife, 1987. Pág. 19

fuentes del Nilo. Cuando Richard F. Burton (1821-1900) ocupaba el consulado de Fernando Poo, en 1862 solicitó tres meses de vacaciones para ir a descansar a Tenerife. Le fue concedido, aunque solamente por dos meses, pero con tan mala fortuna que en la isla se había declarado cuarentena a causa de la fiebre amarilla. Sin embargo, al año siguiente pudo coronar el sueño de visitar la isla. El viaje lo realizó con su esposa Isabel. Salieron de Inglaterra el 24 de enero de 1863, y después de permanecer un mes en Madeira, siguieron rumbo a Tenerife, donde llegaron el 5 de marzo. En la isla permanecen también un mes, residiendo en La Orotava. Los Burton fueron los únicos ingleses que se atrevieron a subir el Teide en invierno, cosa que no había hecho nadie desde 1797. La ascensión la realizaron el 22 de marzo. Isabel Burton, llena de felicidad por la belleza que sus ojos divisaban, y a pesar del peligro que suponía subir en esa fecha, no deja de manifestar la satisfacción de haberlo subido:

*A las 6 de la mañana, los guías nos recomendaron que desviáramos la mirada: un rayo dorado se proyectaba sobre el mar -el primero del sol-; y gradualmente apareció su borde y majestuosamente se elevó en su completa gloria dorada; por lo que nos encontrábamos en medio del cielo y la tierra -en soledad y en silencio-. La Naturaleza nos permitió disfrutar de este bello momento.*

No sólo el ascenso del Teide ocupó su visita. También exploraron Tenerife, hicieron amigos en la isla y fue el punto de sus encuentros secretos,<sup>286</sup> en la medida en que Burton no consintió que viajara con él a Fernando Poo porque creía que África no era sitio para mujeres. Aquí escribió Isabel su primer libro, y su esposo se lo prohibió alegando que necesitaba más práctica en el ejercicio de la redacción. Con enorme dolor escribiría:

*Aquí, en La Orotava, yo escribí mi primer libro sobre Madeira y Tenerife; pero mi marido no me permitiría publicarlo, porque pensaba que yo no estaba apta para tal objetivo. Creía que yo debía de estudiar y copiar muchos años antes de intentar la profesión de escritora.<sup>287</sup>*

Por esta fecha también visitó Tenerife el naturalista Henry Nottidge Moseley a bordo del buque *Challenger*, la expedición científica auspiciada por el gobierno británico y organizada por la *Royal Society*. Tres años y medio duró la travesía alrededor del mundo (1872-1876) con la finalidad de cartografiar las profundidades y el movimiento, explorar los océanos en busca de organismos marinos, analizar los fenómenos climáticos y recoger minerales.<sup>288</sup> Llegó a la isla el 7 de febrero de 1873 y la abandonó el 14. Permaneció justo una semana. Las observaciones de Henry Moseley (1844-1891) de Tenerife las recoge en su obra *A naturalist on the Challenger* (1878), un libro que es tan importante e interesante como el escrito por Darwin sobre el viaje del *Beagle*.

No todos los que visitaron la isla fueron viajeros propiamente dicho. Con la expansión y consolidación del Imperio británico, crecen los asentamientos de colonos en todos los confines de la tierra. Como consecuencia, aumenta el número de comerciantes a lo largo de los tres continentes (Asia, África y América), de oficiales en los dominios imperiales, de representaciones consulares, etc. Todos ellos aprovecharán su estancia en los puertos canarios para escribir sus impresiones sobre las islas. William Hadfield residente durante muchos años en Brasil y secretario de la *General Steam Navigation*

---

<sup>286</sup> Rice, Edward. *El capitán Richard Francis Burton*. Siruela. Madrid, 1992. Pág., 423.

<sup>287</sup> Burton, Isabel. *The life of Captain Sir Richard Francis Burton*. 2 vols. London. 1893. Pág. 380.

<sup>288</sup> Linklater, Eric. *El viaje del Challenger (1872-1876)*. Serbal. Barcelona, 1982.

*Company* en sudamérica aprovechó una de sus estancias en Santa Cruz y dejó constancia de su recorrido por la capital. Donald Mackenzie, último comisionado especial de la *British and Foreign Society* para Zanzíbar, África del Este y Mar Rojo y fundador de la colonia británica en Cabo Juby (Tarfaya) escribió sobre Tenerife mientras la visitaba por razones diplomáticas. El galés John Whitford, un comerciante en la costa occidental africana, visitó Tenerife en varias ocasiones durante sus viajes comerciales en la década de los setenta. Sin embargo, se da el hecho curioso de que regresa o aprovecha la escala de su vapor en la isla para permanecer una larga estancia y escribir sus reflexiones, no sólo de Tenerife sino también de Gran Canaria. Tal vez esto también sucediera con el capitán del Primer Regimiento de la India A. Burton Ellis, que incluso moriría en Santa Cruz de Tenerife el 5 de marzo de 1894 y fue enterrado en el cementerio protestante de la ciudad.

No creo necesario hablar, ni siquiera esquemáticamente, del desarrollo de cada ciencia, y en particular el interés por el estudio científico de Tenerife en el siglo XIX, y las islas en general, ni enumerar la larga lista de los distintos científicos y naturalistas que la visitaron, por otro lado, imposible de cuantificar. Trataremos sólo la ciencia de mayor interés, que va a marcar el viaje de carácter científico a Canarias, fundamentalmente a Tenerife, en la primera mitad del siglo XIX y que se proyectará hasta las primeras décadas del siglo XX: la climatoterapia. Las experiencias climatoterapéuticas realizadas en Europa y el pronto descubrimiento de la benignidad del clima de Madeira animó a prestigiosos médicos a profundizar en el análisis del clima y su influencia en la salud. De esa manera comenzaron a interesarse por el resto de la Macaronesia, entrando el Archipiélago canario, primero Tenerife y después Gran Canaria, entre sus preocupaciones. ¿Por qué fue Tenerife y no Gran Canaria, y en menor medida La Palma o Lanzarote, entre las islas del Archipiélago?. Muy probablemente se debiera a razones históricas. La popularidad de que gozaron sus afamados vinos durante los siglos XVI y XVII en Inglaterra; el interés científico que había despertado el Teide, considerada la montaña más grande del mundo; las expediciones de naturalistas y científicos proyectadas a la isla (Stauton, Webb, Philip, Humboldt, Anderson, etc.), como los escritos de los mercaderes ingleses (Nichols, Scory, Rawdon, Glas, etc.) contribuyeron desde muy temprano a que Tenerife ganara su conocimiento entre los habitantes de Albión. También pudo deberse a que había un mayor tráfico marítimo entre los muelles de Santa Cruz y del Puerto de la Cruz con los de Inglaterra. No sabemos exactamente cuáles pudieron ser las razones. Pero el hecho es que los médicos británicos que se trasladaron al archipiélago para analizar las propiedades terapéuticas de sus climas lo hicieron primero a Tenerife y posteriormente a Gran Canaria. Gran Canaria sólo despertó el interés a partir de la década de los ochenta del siglo XIX, mucho después que Tenerife.<sup>289</sup> Creo que esta «familiaridad» fue la razón por la cual Tenerife y no Gran Canaria fuera la isla visitada por los médicos para sus análisis climatoterapéuticos.

La visita a las islas de un gran número de médicos y naturalistas se debía fundamentalmente para la convalecencia de ciertas enfermedades, entre ellas la tuberculosis. Era una auténtica epidemia en Europa. A lo largo de toda la segunda mitad del siglo, alrededor del 10% de la población europea moría a causa de la enfermedad. Además, si no determinaba la muerte, dejaba viciado el organismo haciéndolo más débil para resistir a otras enfermedades adquiridas y llevadas irremediablemente a la *consumption*.<sup>290</sup> La patología de la tuberculosis consistía en la presencia de nódulos en

---

<sup>289</sup> Las primeras medidas sistemáticas de temperaturas medias y extremas de Las Palmas fueron tomadas por A. H. Béchervaise entre los meses de diciembre y enero de 1884 por encargo expreso de Olivia Stone.

<sup>290</sup> Debilitamiento del cuerpo causado por cualquier enfermedad, de las cuales la tuberculosis pulmonar avanzada era la más que lo causaba.

diferentes partes del organismo que servía de morada a colonias de basilos de Koch.<sup>291</sup> Solían desarrollarse en el aparato digestivo y los pulmones. Las causas principales de su infusión son la pequeñez de las habitaciones, la falta de aire puro, la falta de luz, la aglomeración de personas en un mismo recinto, etc. Podía prevenirse y curarse con una larga estancia en lugares con climas cálidos y secos. Se recomendaba para el tratamiento espacios abiertos, una vida de reposo, la respiración de aire puro, etc. El clima y el paisaje de Canarias se los proporcionaba. Muy probablemente otros huían de los sofocantes rigores de la sociedad victoriana. Muchos de estos turistas se quedarán en las islas de por vida. Pronto también aparecen los habituales viajeros que se trasladan a los centros de moda como eran el Puerto de la Cruz en Tenerife y Las Palmas en Gran Canaria. Son los que formaban el auténtico turismo de ocio. Los menos serán viajeros cuya finalidad era visitar las islas para conocer su cultura, costumbres y territorio. De ellos nos ocuparemos a lo largo del presente trabajo.

Vamos a comenzar, pues, a tratar a estos visitantes. Con ellos comienza el turismo en Canarias. El interés científico de las islas, los servicios portuarios, el tráfico de escala, el tránsito de barcos en su estiba y desestiba en nuestros puertos de Santa Cruz y La Luz de Las Palmas supuso una ventaja para la afluencia de viajeros y pasajeros a las islas mayores.

---

<sup>291</sup> Robert Koch (1843-1910), médico alemán descubridor del basilos de la tuberculosis.